

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
MAGÍSTER EN ANTROPOLOGÍA Y DESARROLLO

**“Mujeres, madres, jóvenes y temporeras. Una identidad bajo tensión. Estudio
realizado en la comuna de San Clemente, región del Maule”**

Tesis presentada para obtener el grado de Magíster en Antropología y Desarrollo

Alumna: Tatiana Valeska Rojas Leiva
Profesora Guía: Ximena Valdés Subercaseaux
Santiago, 21 de junio de 2010

RESUMEN

Existen dos ámbitos consensuadamente situados en un lugar protagónico para la construcción de identidad y el desarrollo de la vida de las personas: el familiar y el laboral. Estos, se convierten en trazados que preceden, se escriben y se heredan para cada uno de sus protagonistas, particularizando historias de vida y permitiendo observar relaciones de género y construcción de identidad de género en espacios específicos.

El problema que aborda esta tesis concierne a la vida privada de mujeres jóvenes temporeras de la comuna de San Clemente, Región del Maule. Con el propósito de conocer cómo construyen su identidad aquellas mujeres que forman parte de una generación depositaria de tantos cambios, aquella generación protagonista de nuevas formas salariales y por ende, de nuevas relaciones entre los géneros, donde lo dado tradicionalmente está en cuestionamiento permanente, desde dentro y desde fuera, se indaga en la noción de familia, de madre y de mujer. En este contexto hay una tensión permanente en los discursos de las jóvenes entrevistadas, que pugnan buscando sus referentes entre la tradición familiar y la imagen de mujer presentada como modelo en la actualidad.

En tiempos donde la protección social se reinstala con fuerza en la agenda institucional, la idea es aportar con información que sustente y valide intervenciones sociales pertinentes. Si pensamos que sobre la base del conocer se puede situar el hacer, este estudio puede ser insumo para dicho afán, pues contribuye a la construcción de una base de conocimiento acabado de relaciones de género en un escenario particular.

I INTRODUCCIÓN

Cuando el interés de un estudio incorpora la perspectiva de género, se espera el abordaje de los temas desde una mirada integral, la idea es poder observar las problemáticas a partir de interrelaciones de temas y de personas, considerando los significados y las acciones de múltiple impacto que dicha problemática puede presentar.

Efectivamente, y cuando nos detenemos en la temática de fondo que aquí se quiere abordar, vemos que es difícil hablar de mujeres, sin definir el lugar que éstas ocupan en la sociedad y específicamente en la familia. Menos preciso es, si soslayamos su edad y su ocupación. Visto de otra manera, estos elementos de caracterización, se constituyen en acciones o multidimensiones que le dan forma a sus diferentes identidades. Por otra parte, es también difícil caracterizar a un sujeto de estudio sin situarlo, pues caemos en el peligro de perdernos en la generalidad y por ende, los discursos y las acciones vinculadas no son más que gestos inocuos. Es evidente que los temas se entrecruzan, e incluso se traslapan o duplican, pero no hay que perder de vista la particularidad, que estará siempre teñida por lo subjetivo, pues es allí donde podemos encontrar la posibilidad de observar, entender y, si es necesario, evaluar las diversas situaciones de interés. En este caso, esto es cuando nos interesamos por mujeres en determinados contextos, acotando espacios y destacando aquellos elementos que los identifican. *“Otro tema de interés es analizar el peso de la dimensión simbólica y de los discursos en las resistencias culturales al cambio y de las relaciones de género, que permita iluminar los procesos mediante los cuales las sociedades producen o transforman sus representaciones al respecto y construyen las actitudes sociales básicas relativas a la tolerancia, al conformismo y a la orientación al cambio”* (Guzmán, 1997: 8).

Aunque no todas, pero si un agregado importante, las mujeres en América Latina han concentrado energías, durante los últimos treinta años, en la lucha por la inserción en el mundo público, dejando en un segundo plano la discusión del ámbito privado. Sin embargo, es en este intersticio de conciliación entre lo público y lo privado, entre lo productivo y lo reproductivo, donde es posible encontrar algunas respuestas sobre el lugar que ocupamos hombres y mujeres en la actualidad.

La integración de las mujeres al trabajo extradoméstico no ha generado un desplazamiento paralelo de los varones al mundo doméstico y no existe un proyecto político que logre conciliar los aspectos productivos y reproductivos de los individuos. Se debe tener en cuenta que los cambios en las dinámicas familiares y en la distribución de tareas en su interior, va más allá de la disposición personal de hombres y mujeres en cada núcleo familiar, pues se requiere de debate público, estadísticas que lo informen y legislación que permita las modificaciones, en definitiva una profunda revisión cultural. Las políticas públicas deberán ser capaces de re-concatenar intersubjetivamente los aspectos sociales,

políticos y culturales a la hora de plantearse. Para ello, estudios como el que aquí se presenta son de gran utilidad.

En tiempos donde la protección social se reinstala con fuerza en la agenda institucional, la idea es aportar con información que sustente y valide la intervención social con pertinencia de todo orden. Desde este punto de vista, se debe incorporar la perspectiva de género, superando las etapas iniciales de posicionamiento o visibilización de hombres y mujeres por separado, abriendo la posibilidad de observar e instalarse desde un punto de vista relacional que permita superar estereotipos aún presentes sobre mujer, género y familia.

El problema que aborda esta tesis concierne a la vida privada de mujeres jóvenes trabajadoras temporales de la fruta de la comuna de San Clemente, Séptima Región del Maule. El propósito es conocer, cómo construyen su identidad de género aquellas que forman parte de una generación depositaria de tantos cambios, aquella generación protagonista de nuevas formas salariales y por ende, de nuevas relaciones entre los géneros, donde lo dado tradicionalmente, está en cuestionamiento permanente, desde dentro (interior de la familia) y desde fuera (comunidad cercana y sociedad toda). Se ha indagado en la noción de familia, de madre y de mujer, para encontrar que en esta búsqueda, existe una tensión permanente en los discursos de las jóvenes entrevistadas, quienes pugnan por buscar sus referentes entre la tradición familiar y la imagen de mujer que se presenta como modelo en la actualidad.

En principio se presentan algunos elementos de antecedente, donde se asumen definiciones centrales para este estudio, que van de lo general a lo particular. Esto es género, como eje central; luego género y trabajo, para pasar a las características y cambios de la familia, especialmente la familia rural. Por último, las particularidades del trabajo de temporada encarnado en las temporeras, quienes forman parte de un régimen excepcional de trabajo¹.

A través del análisis de la información o en el proceso de análisis de contenidos de las entrevistas que se realizaron para este estudio, se abordan los conflictos que implica el ejercicio cotidiano que llevan a cabo las mujeres para compatibilizar el trabajo remunerado y las tareas al interior de la familia. Se constató que esta problemática se vive diferenciadamente según culturas, sociedades y generaciones; que también se vive de forma distinta según sexo y labores que se desempeñan, por lo tanto estos son elementos configurativos de la identidad de los sujetos, específicamente aquí, de las mujeres.

Así, por medio de una mirada de las relaciones de género en el mundo rural, se configuró un marco teórico que incluye a Nestor García Canclini y su teoría de la

¹ Los regímenes excepcionales de trabajo, son aquellos que se caracterizan por jornadas excepcionales de labores y escasa normativa, control y protección del trabajador, por lo tanto una alta flexibilidad, elementos todos que inciden en los patrones de familia y en las relaciones de género. Nos referimos a las actividades vinculadas fundamentalmente al sector exportador: minería, agro-industria y salmonicultura.

identidad en lo cultural, reparando en la importancia que sus propuestas dan a lo “inter”², las relaciones y las diferencias; luego se adoptó el concepto de cronotopo³, para adicionar a la dimensión cultural, la dimensión de tiempo y de lugar. Sin duda, la familia juega un rol fundamental en este escenario, culturalmente situada en un tiempo y en un lugar, la familia es un espejo de identidad, instalada aquí, casi en un mismo orden de importancia que el que se otorga al trabajo en la constitución de las identidades personales.

Así enmarcado el estudio, los contenidos de los discursos quedaron organizados en tres capítulos: el primero denominado “*La experiencia de ser joven, mujer, madre y temporera*”, en donde se abordan la familia; la trasmisión del saber hacer; el trabajo y el peso de lo económico en las decisiones de vida de estas jóvenes. El segundo capítulo, que tiene por título “Identidad(es)” parte por el abordaje de los referentes en la construcción de la identidad; la tensión entre el ser y el hacer y la dimensión de futuro. Finalmente, se ha querido agregar un tercer capítulo conformado por un acápite que menciona cuál es el rol del Estado y el aporte real que este significa para vida de estas mujeres (lo que es y lo que debiera ser).

Finalmente, este estudio se entrelaza y aporta a una investigación mayor, que forma parte del Concurso Nacional de Proyectos regular FONDECYT 2009: “Familia y trabajo en la economía de exportación: incidencia de los regímenes laborales excepcionales en familias vinculadas a la minería, la fruticultura y salmonicultura”⁴. Esto asegura, que los aportes de esta tesis serán considerados desde el inicio como contribución específica a una mirada general sobre el tema.

² Néstor García Canclini ha desarrollado in extenso el concepto de interculturalidad, permitiendo a través de sus propuestas, analizar las características las realidades que se configuran en los encuentros, lo que se genera entonces en lo “inter”. Lo intercultural, lo intergenérico, lo intergeneracional, etc. En resumen, lo que constituye también las diferencias o particularidades de cada grupo.

³ Cronotopo...

⁴ Proyecto que forma parte del Concurso Nacional de Proyectos regular del Fondo Nacional de Desarrollo Tecnológico y Científico FONDECYT 2009 (1095007), coordinado por Ximena Valdés, Directora del Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer (CEDEM)

II ANTECEDENTES DEL TEMA

A modo de antecedente, se presentarán cuatro subtemas interrelacionados entre sí, que se entrelazan permanentemente en este estudio. El aporte de los estudios de género como un enfoque para comprender las relaciones entre hombres y mujeres en la sociedad actual. El trabajo, desde una mirada de género, que permitirá mostrar que los cambios que se han producido en el empleo a través de la historia se relacionan directamente con la reproducción social e inciden en las relaciones de género. Acotando a un espacio determinado, el estudio se adentra en la realidad de las familias rurales, espacio en el que se verifican determinadas consecuencias identitarias asociadas con el empleo bajo regímenes excepcionales de trabajo, como es el caso de las trabajadoras/es de la fruta. Por último, y en función de la definición del sujeto de estudio, se incorpora una tipología de ocupación específica, la de las/los temporeras/os de la fruta, que son quienes relatarán las formas en que han organizado su vida familiar para enfrentar su rol de asalariadas/os.

2.1 Estudios de género

Los estudios de género, desde una mirada general, surgen de la necesidad de un nuevo enfoque respecto de lo femenino y lo masculino en la cultura occidental. Un “nuevo enfoque” en este caso, es también una nueva construcción cultural, un punto de vista emergente que comienza a cuestionar las diferencias de oportunidades que enfrentan hombres y mujeres, donde las diferencias naturales entre los sexos, pasan a ser soporte de discriminaciones.

“El concepto de género aparece en el debate para dar cuenta de la subordinación de las mujeres ante la ausencia en las teorías sociales dominantes de Occidente de explicaciones sobre las desigualdades entre hombres y mujeres, identificándose la subordinación femenina como producto del ordenamiento patriarcal. En este debate, la categoría patriarcado ha sido criticada por razón de su generalidad y carácter totalizante.” (Porrás, 2009: 17)

Con los estudios de género, se avanza en un campo específico del saber, que se orienta a observar y comprender la posición de las mujeres en las distintas sociedades, a revisar cómo se lleva a cabo la construcción de identidades y cómo se sitúan hombres y mujeres en la sociedad. Además, permite adentrarse en la idea de lo relacional *“El género como construcción social de las diferencias sexuales alude a las distinciones entre femenino y masculino y por ende a las relaciones entre ellos. Por otra parte, los análisis de género propondrán que es preciso estudiar las relaciones entre mujeres y hombres toda vez que en la mayoría de las sociedades sus diferencias producen desigualdad.” (Montecino, 1996:22).*

Por medio de esta perspectiva es posible dar respuestas a por qué las diferencias sexuales dan lugar a desigualdades sociales, que muchas veces actúan en favor de los hombres. Se sitúa la mirada en la discriminación cultural, económica,

laboral, política, etc. a que se ven enfrentadas las mujeres. Aquí se presenta un giro fundacional, pues se desplaza la mirada desde lo diferente a lo desigual, de lo biológico a lo social.

A modo de recuento, existen dos puntos básicos sobre los que se sostiene el concepto y la teoría de género, estos se transforman en un acuerdo mínimo entre quienes se abocan al tema y se pueden resumir así:

- *Se establece el rechazo a la concepción biológica como explicación de las diferencias entre lo que mujeres y hombres pueden y deben hacer, ello se acompaña por la insistencia en el carácter de construcción social o cultural de las diferencias entre lo masculino y lo femenino.*

- *Se debe tener en cuenta que la condición sexuada no es neutra, que sobre ella o a partir de ella se organizan y sostienen relaciones de poder, de dominación y de desigualdad.* (Araujo, 2000: 91)

En Chile, esta perspectiva se instala desde los años ochenta, que fue un período de importante discusión acerca de las mujeres y su papel en el campo social, cultural y político nacional. En esta década, aunque “se avanzó significativamente en visibilizar la situación de postergación de las mujeres y en reconocerlas como nuevas actoras sociales por parte de los sectores y fuerzas más progresistas, no se logró construir la equidad de género como una dimensión impostergable de la equidad social y como tema de política y responsabilidad gubernamental” (Guzmán, 1997: 2). Se comenzaba a instalar aquello como una tarea pendiente.

En esta tarea, se comienza a centrar la atención y la energía en los Estudios de la Mujer y de Género, lo que no significa que el tema de la mujer estuviera ausente antes de ello, sino que se fue transitando cualitativamente en su enfoque, para que de su instalación paulatina en las distintas temáticas sociales se fuese trasladando hacia algunas prácticas y hacia las representaciones tenidas hasta el momento respecto del ser hombre o mujer en nuestra sociedad. Se avanza hacia el desarrollo sistemático de los estudios sobre las relaciones de género y se da inicio a una interesante interdisciplinariedad e intersección epistemológica. En este escenario, se puede observar cualquier aspecto de la realidad instalando el eje desde un enfoque de género. Existe una profundización en la incorporación del concepto de género en los distintos espacios de reflexión, dando paso también, y consecuentemente, a la incorporación de género como un espacio de debate y de políticas públicas lo que ya se constataba de manera importante a fines de los años noventa. *“En la actualidad existen condiciones en el contexto y en el debate político para plantear la equidad de género como tema de política y para implementar una institucionalidad gubernamental responsable de velar por la inclusión de la equidad de género en el diseño de políticas”* (Guzmán, 1997:1)

En tanto género es una construcción social, en un marco cultural, ésta puede ser modificada, aún si existen instituciones y mecanismos que aseguran la perpetuación de las relaciones sociales de género. Para este estudio, es fundamental situarse desde este enfoque pues permite entender la posición de las mujeres en determinado contexto social, visto así, permite también elaborar un

análisis de cómo se construye identidad. *“...toda vez que ser mujer u hombre es un constructo cultural, entonces sus definiciones variarán de cultura en cultura”* (Rebolledo, 1996: 22). He aquí un cruce fundamental, que dice relación con ser mujer en una sociedad compleja, para Rebolledo esto se vincula con el posicionamiento, el lugar que ocupa la mujer en la sociedad. Sociedades complejas en la medida que consideramos la sociedad contemporánea como un nicho contextual... *“estar presente nos impone estar acorde a los tiempos que se viven y en consecuencia, es un tiempo vivo por el discurso que lo enuncia”* (Perez-Taylor, 2002: 16)

Mujer, joven, madre, temporera de la fruta, son elementos que se conjugan en este estudio para dar lugar a una identidad particular. Identidad que se construye en el discurso de las jóvenes entrevistadas. Se particulariza su posición, por lo tanto *“se contrapone a la idea de un universal mujer u hombre y de la fijeza de su identidad, posición y condición”* (Rebolledo, 1996: 23)

2.2 Género y trabajo

Se considera que el trabajo es un factor fundamental en la formación de la identidad de las personas. Es un ámbito que caracteriza a los individuos, asignándoles un lugar en la sociedad, tanto al interior de sus familias como en sus comunidades de origen. Así también es un argumento sustantivo a la hora de revisar la construcción de los géneros (las labores productivas como causa y como consecuencia del lugar que se ocupa).

Cabe aquí una importante distinción/relación, que tiene que ver con la posición de hombres y mujeres respecto del trabajo, en este caso, la referencia está directamente asociada a la división producción/reproducción y por ende a la clásica mirada de lo público y lo privado, revisada en la introducción. Hasta hace un tiempo, esta relación se presentaba casi como una dicotomía, donde unos y otras tenían su lugar definido respectivamente y en el caso de desplazarse de un lugar al otro, se veía más bien como un hecho puntual o como una invasión, más que como un factor de complementariedad.

Desde lo biológico, y proyectado a lo social, en distintas culturas y tiempos, se ha asociado a la mujer con la reproducción de la especie y consecuentemente con las responsabilidades que sobre ello recaen (familia, cuidados, privacidad). En la actualidad y dándole una vuelta al discurso instalado al respecto, reobservando el concepto de reproducción en lo que se refiere al mundo laboral, Todaro dirá que se amplía la mirada para hablar de trabajo y reproducción social *“mientras la reproducción biológica se refiere estrictamente a la creación y desarrollo físico de los seres humanos, la reproducción de la fuerza de trabajo se relaciona con el proceso por el cual esos seres humanos se convierten en trabajadores. Incluye la educación, la transmisión de técnicas de producción, la formación de disciplina laboral, etc”* (Todaro y Yañez, 2004: 21).

En esta línea, es importante destacar tres distinciones del mismo concepto: reproducción en lo social, donde se dan las condiciones de replicabilidad del sistema social, o sea lo que permite que la sociedad se reproduzca y mantenga en el tiempo; reproducción de la fuerza de trabajo tal como se expone en la cita anterior, es la que permite la preparación e inserción en el mundo laboral; y reproducción biológica que se refiere a la procreación y cuidado de los hijos.

Tanto la forma en que se organiza y distribuye el trabajo, como el tipo de empleabilidad, los salarios y las jerarquías del mismo, influyen directamente en la vida de las personas. En lo que proyectan y en sus expectativas. Visto desde un enfoque de género, esto hace visibles las formas en que se relacionan hombres y mujeres con el trabajo. Es decir, con el empleo, al interior de este y desde fuera, a la hora de integrarse a él.

Al igual que otros ámbitos, el trabajo entra en crisis a la par con los cambios sociales. Una de las manifestaciones de ello es la que se vive al analizar la división sexual del trabajo (punto de vista hoy en cuestión), donde el hombre era el proveedor y la mujer estaba a cargo de las tareas del hogar. A modo esquemático y adentrándonos en la especificidad del mundo rural, dentro de las características de la modernización a escala mundial se encuentran, la reducción del rol del Estado, liberalización y flexibilización del mercado de trabajo, especialización, renuncia al objetivo del pleno empleo, privatización de las empresas y servicios públicos, multiplicación del empleo informal, entre otras cosas. Estos antecedentes desencadenarán sin duda fuertes cambios en el agro en las décadas de los setenta y ochenta (Tironi, 1990:35). Estos cambios se están viviendo aún en la actualidad, aunque, asumiendo el motivo de esta tesis en una tensión permanente y con un fuerte componente de hibridación que requiere de la recategorización de los roles y contextos presentes.

Para el caso específico de las mujeres que viven en el campo chileno, y en una caracterización desde el trabajo, la denominada sociedad salarial que se organizaba en torno a la jornada normal de trabajo y a la protección social, donde el hombre era proveedor y la mujer se encargaba de las tareas de reproducción y cuidados, se ha visto trastocada en las últimas décadas. Robert Castel incorpora estos cambios trascendentales dentro de lo que denomina la Metamorfosis de la Cuestión Social, analizando las profundas transformaciones sociales que se han vivido en las últimas décadas en el mundo y en forma globalizada, a consecuencia de la crisis del capitalismo y de la sobrevaloración del neoliberalismo como la fórmula para hacer frente a dicha crisis. Ello ha traído aparejadas fuertes transformaciones en el mundo del trabajo y en sus cimientos, lo que el autor describe como una crisis en la sociedad salarial; además de las consecuentes tensiones que la cuestión social presenta hoy para los individuos y sus identidades. “La erosión de la figura masculina en el modelo actual de familia responde a la flexibilización laboral, que se contrapone al modelo de provisión económica del padre. “la estabilidad laboral y los sistemas de protección social del Estado de Bienestar dieron paso al trabajo inestable e inseguro, y con ello se rompieron las bases del modelo de familia de la sociedad salarial. Podríamos

conjeturar que fue la aplicación del paradigma neoliberal y el papel subsidiario que le cupo al Estado el responsable de la muerte –material y simbólica- del padre industrial.” (Valdés, 2007: 16)

Las mujeres, que antes tenían un lugar predefinido socialmente, comienzan a repartir su tiempo entre el espacio doméstico y el lugar de trabajo, el salario femenino se convierte en la co-provisión económica del hogar y por lo tanto, se comienza a redefinir los roles al interior de la familia. Aunque esto último no ocurre siempre explícitamente, es muy evidente que las relaciones entre hombres y mujeres comienzan a cambiar en base al lugar que estas comienzan a ocupar en el mundo del trabajo.

En este contexto, cabe un contrapunto concreto, que dice relación con uno de los objetivos transversales e implícitos de esta tesis, que es poder aportar a la equidad entre los géneros, lo que se logra sin duda, a partir del conocimiento y reconocimiento de las distintas realidades, pero que además se refuerza en lo práctico con transformaciones que pueden ser empujadas desde lo político. Es desde este espacio, desde donde se puede instar al mejoramiento de la calidad de vida de las mujeres fortaleciéndolas como ciudadanas con plenas posibilidades de participación, toda vez que, como hemos visto, se han incorporado con fuerza al mundo productivo.

Visibilizadas como trabajadoras, su lugar en el mundo laboral se convierte en parte de su identidad desde hace ya décadas. Visto así, nos enfrentamos a una deuda, que tiene directa relación con las condiciones de vida de las mujeres trabajadoras. En 1990, la CEPAL exponía aquellos ámbitos que caracterizaban las condiciones de vida de las mujeres de los noventa, entre ellos estaba el mundo del trabajo y es justamente aquí donde se constituye la deuda, pues casi 20 años después, volvemos a mirar los problemas pendientes de aquella época y vemos como mantienen su vigencia:

- Aún existe subregistro de la participación económica de las mujeres, esto se puede verificar claramente en el ámbito específico en el que se desarrolla esta investigación, el trabajo de temporada.
- No hay consideración efectiva de la participación económica de las mujeres en Chile
- Se requiere de la generación de adecuada infraestructura de apoyo para mujeres y hombres trabajadores/as
- Persiste la discriminación salarial
- Se identifican ocupaciones laborales para hombres y para mujeres (unos y otras se preparan para ello)
- La participación de las mujeres en las organizaciones de trabajadores/as aún es incompleta
- No hay normas laborales que consideren diferencias de género en pos de la igualdad de oportunidades.

Ante este panorama, se hace indispensable pensar en la definición adecuada de los sujetos protagonistas de las políticas públicas y del desarrollo de la sociedad. Se hace indispensable saber quiénes son las mujeres que hoy están caracterizando a la familia y se están integrando al trabajo en un porcentaje exponencial.

2.3 Los cambios en la familia rural.

La familia, al igual que otras instituciones, más allá de su carácter universal, va asumiendo distintas formas según época, sociedad y cultura. En la medida que la sociedad va cambiando, lo hace también la familia, ante lo cual los discursos vigentes se van debilitando y resignificando. En este entendido, hoy enfrentamos una sociedad chilena “preocupada” por el debilitamiento de la familia (tradicionalmente entendida) y sus valores asociados, lo que lleva a asumir diversas estrategias internas y externas, para su mantenimiento. *“Los profundos cambios económicos, tecnológicos, sociales y culturales de las últimas décadas del siglo XX debilitaron los pilares de la familia nuclear completa, con roles sexuales complementarios que sostenían la reproducción de la fuerza de trabajo durante el capitalismo industrial, modelo que caracterizó, hasta los años 70, a las sociedades modernas.”* (Vidal en Montencino, 2008: 380)

En concordancia, lo que se refiere a aquellos elementos que caracterizaron al mundo tradicional campesino se ven alterados en la actualidad. *“El espacio referido a lo local; el tiempo asociado al lugar y vinculado con la organización del trabajo; este ligado a la tarea; el peso de la memoria como soporte de los procesos de reproducción campesina; la importancia de la comunidad, el parentesco y las redes familiares como referentes sociales; los vínculos de solidaridad expresados en intercambios no monetarios, entre muchas otras nociones tradicionales, se van diluyendo y/o transformando.”* (Valdés y Araujo, 1999:127)

Para el caso de este estudio, la observación se centra en la forma que ha tomado la familia y sus integrantes luego de los años 80. Esto permitirá ver en qué medida se mantiene o no su carácter tradicional, aun cuando las mujeres trabajan fuera del hogar y cuál es el lugar que ocupan o que se han tomado las mujeres que en ellas se desenvuelven.

Todos aquellos elementos característicos de la vida campesina, sufren modificaciones que no van aparejadas de un discurso que las refuerce. No existe sincronía entre el cambio y el discurso instalado/construido/legitimado. Se enfrenta el encuentro de dos complejos discursivos (modernidad y tradicional). Esto genera hibridación en los discursos, en las representaciones y en la convivencia.

Desde la Reforma Agraria en adelante, se van instalando nuevas ideas sobre lo que es ser hombre y mujer en el mundo rural. En la medida que las redes y articulación comunitaria del mundo rural se comienzan a desestructurar, el Estado refuerza que la comunidad y la casa son los espacios ideales en los que se debe

desenvolver la mujer. El modelo de desarrollo que hacía de plexo para los antecedentes modernizadores en Chile se empieza a agotar, perdiendo legitimidad paulatinamente, *“este agotamiento se reflejó en la reducción del crecimiento, en una persistente inflación, en una multiplicación y politización de los conflictos sociales, y en partidos políticos cada vez más ideologizados e incapaces de regular estos conflictos. La crisis del orden democrático abrió las puertas a la intervención militar de 1973; y el régimen que nació de ahí actuó drásticamente para dismantelar el modo de desarrollo precedente, lo que se tradujo en el estancamiento o reversión de muchos de los procesos modernizadores anteriores”* (Tironi, 1990: 23).

La Contra Reforma y luego la instalación del modelo neoliberal⁵ llevaron a las mujeres a integrarse a nuevos espacios. *“...El trabajo remunerado para, esta vez, sostener la alimentación y la reproducción familiar. Porque sus pares hombres se encontraron a la intemperie de los sistemas de protección social, cesantes, ocupados a medio tiempo, temporales o estacionales, es que las mujeres deben salir a trabajar.”* (Valdés y Araujo, 1999:277). En este escenario emerge el salario de la fruta al que se integrarán paulatina y masivamente las mujeres campesinas. Durante la expansión de la fruticultura las mujeres concurren al trabajo por necesidades económicas, con el paso del tiempo, la asalarización contempla además, razones culturales: autonomía económica, cambiar rutina del hogar, sociabilizar en espacios diferentes a los del grupo familiar, ocupar un lugar en la sociedad. Se va enfrentando una lógica que transita entre la necesidad y el querer ser. Estos argumentos, socio culturales y de construcción de identidades, riñen con aquellos que evalúan el costo de la salida de las mujeres del hogar. La construcción del rol, mujer/madre/trabajadora es una constante tensión.

2.4 Las temporeras de la fruta

Las temporeras de la frutan son una fuerza de trabajo que se instala como tal al alero del modelo de crecimiento basado en el paradigma neoliberal que vivió nuestro país hace aproximadamente cuatro décadas. Dentro del proceso modernizador de la estructura agraria hacendal, la vida del campo y los actores que eran parte de ella debieron adaptarse, pero no siempre lograron ir a la par de dicho proceso. La Reforma Agraria (1964-1973) fue un tremendo factor de cambio, que no es más que el principio de una serie de fenómenos que se van desencadenando para imprimir una nueva cara al mundo rural, llegando hasta las bases económicas, sociales e incluso culturales. A la fase modernizadora con marcaje de intervención estatal le sigue la globalización y el paradigma neoliberal (tendencias de la modernización exacerbadas por régimen autoritario en Chile): *“En los setenta, se revierte el proceso de Reforma Agraria, se congela el antiguo*

⁵ Durante el proceso de modernización en Chile y como antesala al modelo neoliberal que se instalará, Eugenio Tironi escribe “la urbanización, la extensión del sistema educacional, la industrialización estimulada por el Estado, el desplazamiento de la fuerza de trabajo hacia ocupaciones fabriles, la incorporación sucesiva de nuevos grupos sociales..., y la vigencia de un sistema político abierto y en expansión, fueron algunos signos de ese proceso, respecto del cual existió en Chile un sólido consenso social y político” (1990: 22)

Código del Trabajo, se expulsa a los trabajadores del sector reformado de la agricultura y de las empresas, y lo fundamental, cambia radicalmente la composición del mercado de trabajo en cuanto el trabajo temporal crece en detrimento del permanente. De esta manera, la necesidad económica se constituye en una importante argumentación de las mujeres para salir a trabajar” (Valdés y Araujo, 1999: 108)

Bajo este modelo, las mujeres en el campo comienzan a incorporarse y especializarse masivamente en las labores frutícolas y hortícolas. Este grupo de trabajadoras, junto con las de casa particular, pasan a ser los sectores que emplean más mujeres en el país. Las tareas de las mujeres en el campo van desde labores en los huertos hasta empacadoras (cadena agroindustrial) y se concentran en algunas zonas del país (entre la III y VII región, es decir de Atacama al Maule). La consecuencia directa es que se feminizan estos mercados de trabajo y se segmentan territorialmente (zona central mediterránea y valles de zonas aridas, que además se especializan productivamente).

Es relevante insistir en este estudio que durante la expansión de la fruticultura las mujeres concurren al trabajo por necesidades económicas y con el paso del tiempo, la asalarización contempla además, razones culturales y sociales. Aunque temporal, el salario de la fruta que aportan las mujeres al hogar, según cifras, se convierten en una parte importante de los ingresos anuales. *“Las tendencias actuales son a la creciente heterogeneidad de las formas ocupacionales dependientes, con contratos a plazo fijo, temporales y a honorarios, subcontratación, nuevas formas de servicios a domicilio, junto a una creciente variedad de las jornadas laborales” (Vidal en Montecino 2008: 381)*

Existe un amplio contingente de mujeres (hombres en menor porcentaje) que se vinculan en forma estable a este tipo de empleo cada año, pues permite ser combinado con otros empleos y sobre todo, como se verá en las entrevistas realizadas, permite complementar el rol de madre/esposa, con el empleo remunerado. En otras palabras, permiten que las mujeres puedan compatibilizar el trabajo productivo con el reproductivo.

Paralelamente, las temporeras cumplen sus labores en el hogar con la misma carga de responsabilidades que si no trabajaran, lo que las tensiona asignándoles una doble carga de trabajo (tareas del hogar y las del predio/packing).

Aunque el trabajo como temporeras es una alternativa altamente valorada por las mujeres rurales e incluso urbanas que cumplen con el perfil socioeconómico específico, los problemas que apareja no son menores: *“no existen sistemas de protección social adecuados; las condiciones de trabajo son deficientes; las estructuras familiares tienen gran dificultad para adaptarse a la salida de las mujeres a trabajar y para modificar la división del trabajo en la esfera doméstica; las normativas laborales no favorecen el logro de mejores condiciones de trabajo y limitan a este sector, la posibilidad de negociar colectivamente, derecho que si tienen los trabajadores permanentes, los que son mayoritariamente hombres”*

(Valdés y Araujo, 1999: 122). Esta problemática, se entreteteje con lo expuesto en el apartado anterior sobre género y trabajo, en relación con las deudas que tiene el estado para con las mujeres trabajadoras.

III RELEVANCIA DE LA INVESTIGACIÓN

Los cambios de la realidad social pueden ser observados y comprendidos desde distintos puntos de vista, ejes que sin duda también van variando, de manera causal, complementaria o divergente. En primera instancia, este estudio intenta indagar en cómo los cambios que se van enfrentando en la sociedad, no son unívocos ni tienen repercusiones aisladas, muy por el contrario, permean vastos espacios reproduciéndose de las más diversas maneras, dando lugar entonces, a realidades particulares de observación. *“En apariencia inmóvil, la vida del campo cambia, y la de las mujeres también. Por el comercio y las comunicaciones. Por la industrialización. Por la educación. Por el éxodo rural”* (Perrot, 2008: 142)

Para observar las relaciones de género y la construcción de identidad de género, nos encontramos que el mundo del trabajo y la familia, son dos esferas adecuadas para el análisis, pues además de considerarse como los ámbitos más importantes en la vida de las personas, muestran como han ido mutando y perfilándose los sujetos, hombres y mujeres, a través de la historia, *“concordamos en que el tema del trabajo era fundamental para entender la posición de mujeres y hombres en la sociedad, dado que representa un ámbito privilegiado para analizar la relación público-privada y superar esa dicotomía.”* (Todaro, 2004:15)

En lo que se refiere a la familia, espejo de identidad, nos sumergimos en el mundo privado, espacio que se hace cada vez más presente para poder entender el resto de las esferas que orbitan a su alrededor (considerando siempre la posibilidad de que los ejes centrales pueden cambiar retroalimentándose o interfiriendo permanentemente entre sí). La familia es una construcción de la sociedad (en lo teórico y en lo práctico, en lo simbólico y en lo concreto), por lo tanto los cambios sociales repercuten en ella, reconfigurándola para poder dar respuestas a los distintos desafíos que se han ido presentando a lo largo del tiempo. Los cambios familiares y de sus protagonistas, cohabitan con los cambios en el mundo del trabajo, dando lugar a relevantes cambios en la propia sociedad.

En este apartado sobre la relevancia del estudio, es significativo considerar que *“la comprensión de qué es lo que hace que las cosas sean como son podría tanto impulsarnos a abandonar la lucha como alentarnos a entrar en acción”* (Bauman en Todaro, 2004:16) Afirmaciones como esta, deben ser el motor de una investigación como la que aquí se expone.

Por tanto, y siguiendo la lógica de la acción, si pensamos que sobre la base del conocer, se puede situar el hacer, este estudio puede ser insumo para intervenciones sociales pertinentes pues contribuye a la construcción de una base de conocimiento acabado de las relaciones de género en un escenario particular.

La investigación de esta tesis se inscribe en las relaciones de género al interior del hogar, y trata de dar cuenta de cómo los cambios producidos al interior de las familias de temporeras y temporeros, como consecuencia de las nuevas formas de trabajo remunerado, dan lugar a identidades particulares. Para poder adentrarse en ello, se indaga en aquellas relaciones complejas entre el poder y la vida emocional, intersticios de observación que permiten observar la contradicción en los roles y relaciones que establecen las mujeres frente a un discursos dominante.

IV PROBLEMATIZACIÓN Y OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

Un problema muy recurrente para el análisis de género y trabajo en la actualidad, tiene que ver con revisar el ejercicio cotidiano, que implícita o explícitamente, llevan a cabo las mujeres para compatibilizar el trabajo remunerado y las tareas al interior de la familia. Una mirada al respecto, nos muestra que para explicarse este tránsito permanente entre dos espacios complementarios para las mujeres, se han planteado dicotomías explicativas que hacen de plexo para adentrarse en la comprensión de las relaciones entre los géneros; rol productivo y rol reproductivo, mundo público y mundo privado. *“De una invisibilidad inicial, negadora de los aportes femeninos a los ingresos familiares, a la producción y la reproducción, se pasó luego a una visibilidad centrada en los aspectos reproductivos de las mujeres; la biología y la necesidad de controlarla se hacían así presentes. Luego se redescubre a las mujeres en su dimensión de productoras, para finalmente pasar a la formulación de propuestas que no se centran en las mujeres, sino en las relaciones establecidas entre los géneros de tal modo de avanzar de manera más efectiva en la búsqueda de equidad.” (Rebolledo 1996: 37)*

La problemática planteada, se vive diferenciadamente según culturas, sociedades y generaciones; también se vive de forma distinta según sexo y labores que se desempeñan. Por lo tanto, se asume que también es constituyente de identidades diferenciadas.

Es así que en los lugares en que se desarrollan los denominados regímenes laborales excepcionales, que caracterizan las actividades productivas de sectores exportadores, trabajadores y trabajadoras buscan fórmulas específicas de adaptación para organizar y enfrentar posibles conflictos que se presentan en su vida familiar (caso de las temporeras). Se adaptan y se definen en tanto individuos, según los espacios en que se desenvuelven.

En esta investigación, se hace un zoom específico para analizar esta problemática, considerando sexo, grupo etario y tipo de producción. Entonces, la mirada estará puesta en aquellos grupos familiares más jóvenes, compuestos por hombres y mujeres de generaciones nacidas entre los años 1975 y 1990, que se dedican a la fruticultura. Este espacio es particularizado pues conforma una fuerza laboral que enfrenta regímenes de trabajo temporal, con turnos diarios y migraciones según épocas del año.

En este aspecto, se puede observar cómo los regímenes laborales excepcionales y las formas salariales, el sexo y la edad, estarían incidiendo en el tipo de estrategias y expectativas que se construyen sobre los roles de género y la posición de hombres y mujeres al interior de la familia. Específicamente, en la identidad de éstas.

Considerando, nos enfrentamos a una forma de reestructuración de los modelos de reproducción social, que tal como veremos en este estudio tensionan y se tensionan, contradicen y se contradicen, a la hora de enfrentar aquellos patrones tradicionales de la familia que hablaban de un padre proveedor y de una mujer en el hogar.

Aún más, para las mujeres más jóvenes, esto implicaría enfrentarse ante un cruce de discursos que les hace situarse y resituarse permanentemente. Si para las generaciones anteriores, ser mujer o ser hombre, y sus roles concomitantes era un hecho dado, hoy en mayor o menor medida son categorías que se construyen y se refuerzan a partir de lo que la sociedad dice o espera de cada cual. Cuando nos internamos en el mundo del trabajo y ahondamos en la construcción de discursos asociados los hombres y sus roles son “lo dado”, en cambio las mujeres son las que encarnan los cambios, se adaptan, entran y salen del hogar, reordenando la familia y sus vidas personales, por lo tanto de ellas depende la reproducción de las instituciones familia y hombre proveedor.

Hoy existen actores e información que se conjugan para permear las imágenes que se asocian a la construcción de los sujetos permanentemente. A diferencia de lo que sucedía antaño, donde el mundo era asible, concreto y cercano, hoy los horizontes se han ampliado y la información instalada a través de distintos medios (medios de comunicación, medios de transporte, migración, discursos institucionales, entre otros) son factores que juegan un rol fundamental en la forma de proyectarse de hombres y mujeres en todas partes, y en muchos casos son el soporte del argumento para el ser y el hacer. Para el caso de las mujeres, los discursos actuales transitan entre la exigencia del cumplimiento de roles tradicionalmente asignados y la reivindicación de la mujer como ciudadana, que participa del mundo laboral y que se hace presente y protagónica fuera de los límites del hogar, espacio antes negado a las mujeres.

Las imágenes de las mujeres que trabajan y participan en sus comunidades, se confrontan con imágenes de lo que fueron sus madres y abuelas. Los hombres también enfrentan lo suyo, pues su imagen de padres proveedores, se va viendo erosionada en la medida que se incorporan a empleos de este tipo (sucede así en la fruticultura, la minería y la salmonicultura, por ejemplo). Lo anterior, genera una tensión permanente en el modelo de familia, lo que requiere de estrategias específicas para superarla por parte de sus miembros.

4.1 Objetivos

Objetivo General

Analizar si las variables de caracterización de las mujeres madres jóvenes y asalariadas de la fruticultura, dan forma a diferentes identidades, reconocibles y abordables desde el exterior.

Objetivos Específicos

1. Describir la incidencia de la estacionalidad del trabajo de la fruticultura en la organización de la actual familia, relaciones de género, pareja, filiación, división del trabajo domestico y administración de recursos económicos.
2. Conocer y comparar las estrategias cotidianas (arreglos entre géneros y generaciones) y las tensiones y conflictos que se producen a raíz de ello.
3. Identificar aquellas tensiones dadas a partir de la emergencia de nuevos patrones de género que coexisten con los tradicionales y que han caracterizado a las mujeres hasta hoy.
4. Conocer, describir las expectativas de vida de cuatro mujeres que trabajan en la fruticultura
5. Indagar en la construcción y resignificación de los discursos circulantes acerca de los roles de género, que hacen hombres y mujeres nacidos entre los años 75 y 90 que trabajan en la fruticultura.
6. Aportar al mejoramiento de políticas dirigidas a las mujeres trabajadoras de regímenes excepcionales, con información sobre la realidad específica de las jóvenes que trabajan en la fruticultura.

V MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL

5.1 Las relaciones de género.

En todas las culturas conocidas, el género es una de las principales determinantes de la organización de las relaciones sociales. Las diferencias que se observan entre las mujeres y hombres de una sociedad pueden atribuirse en gran medida a los patrones culturales derivados de las relaciones de género. Es decir, la masculinidad y la femineidad son imágenes construidas socialmente y no categorías determinadas por la condición biológica, Simone de Beauvoir diría “no se nace mujer, se hace”. Al igual que otros mandatos sociales derivados de la clase social o la etnia a la que se pertenece, el género también ejerce una poderosa influencia en las relaciones sociales de los seres humanos, sus posibilidades en la vida, sus oportunidades, y acceso a los recursos de la sociedad (Chow y Berheide, 1994).

Para llegar al desarrollo de estudios sistemáticos sobre las relaciones de género, hubo un tránsito desde el ámbito de producción de conocimientos teóricos y empíricos sobre la mujer, para avanzar luego a observarla en un contexto determinado y en función de sus relaciones, para lo que se introduce un concepto más idóneo, el de género. Sobre el lugar de la mujer en la sociedad mucho se ha dicho y mucho se ha guardado, una evidencia de ello surge al entender que *“...a las mujeres se las ve menos en el espacio público, el único que durante mucho tiempo mereció interés y relato. Ellas trabajan en la familia, confinadas en casa (o en lo que hace las veces de casa. Son invisibles. Para muchas sociedades la invisibilidad y el silencio de las mujeres forman parte del orden natural de las cosas.”* (Perrot, 2008: 18)

Una vez que se va asumiendo la visibilización de las mujeres y que los temas que les cruzan son sin duda temas sociales y compartidos, “género” se convertirá en un campo epistemológico propio, que se encuentra cruzado por muchas otras disciplinas, aunque capaz de trazar su propia ruta y sus consecuentes resultados particulares. *“El contexto histórico en el cual se desenvuelve la reflexión sobre la mujer y el género está marcado por la existencia de los movimientos feministas, de los diversos espacios de acción de mujeres y por los cambios acaecidos en la división sexual del trabajo, en la estructura social y en la cultura”* (Montecino, 1996:9).

En esta línea, se instala la mirada que daremos a la vorágine de cambios que enfrentan las instituciones tradicionales que han ordenado la vida de los individuos hasta el momento. La familia y el trabajo, son esferas donde los cambios no han sido neutrales puesto que para enfrentarlos, entenderlos y apropiarlos, las personas han ido generando estrategias de mitigación y adaptación, según sea el caso.

La familia, considerada tradicionalmente como un pilar para el desarrollo del resto de las actividades de la vida, se ha ido des-institucionalizando y reestructurándose

de las más diversas formas. A la par, irrumpen nuevos modelos de mercado, que implican también otras formas de trabajo, bajo nuevas condiciones. He aquí una problemática, pues el ámbito laboral contribuye a remodelar la vida familiar generando adaptaciones y arreglos en el uso y la distribución del tiempo social, entre géneros y generaciones según el lugar que ocupen las personas en la esfera de la producción y el régimen de trabajo a que estén sometidos/as (Valdés, 2009; Caro y de la Cruz, 2005).

Es hacia el universo privado hacia donde iremos trasladando la mirada, pues allí también es dónde se acunan las identidades de género *“comprender el sentido de la evolución de los comportamientos privados implica no tratarlos en relación a los supuestos intereses de la sociedad, ni en relación a los individuos y sus aspiraciones sino en relación a la forma en que se construye la sociedad”* dado que *“la familia no es sólo una realidad construida por los individuos, la familia es controlada y por esa vía instituida por la sociedad”* (Comaille y Martin, 1998 en Valdés 2009).

La vida privada es un campo de creciente interés social, cultural y político. En gran medida, este interés radica en que los procesos de modernización no sólo han sacudido los vínculos de las personas con el trabajo, con las formas de sociabilidad, con el mundo exterior y con la esfera institucional, sino también con su propio entorno familiar. La modernidad tienen el atributo de dibujar cada vez más nítidamente a los individuos de distintos sexo y edad, abriéndole el camino a cada cual para ocupar un lugar en la sociedad. Este proceso ha logrado desplazar las fronteras que mantuvieron la vida familiar como secreto, haciendo cada vez más visible el interés público por los asuntos privados (Valdés y Araujo, 1999 en Porras 2009: 13)

Esto supone tratar simultánea y conjuntamente lo que a menudo es abordado de manera separada: la cuestión de la familia (como nudo de organización de la vida privada por parte de los individuos), aquella de los géneros (los tipos de relaciones sociales entre hombres y mujeres) y lo social (en el sentido de las interferencias y compensaciones que atenúan o profundizan las diferencias de recursos entre individuos) (Valdés, 2007: 9)

5.2 Sobre la Identidad

5.2.1 La cultura y lo “inter”, parafraseando a García Canclini

Para abordar el concepto de identidad, necesariamente hay que acercarse a una definición de cultura, pues de no ser así, no existe el referente sobre el cual se construye dicho concepto. García Canclini compartirá con distintos otros autores, que la cultura *“abarca el conjunto de los procesos sociales de significación, o, de un modo más complejo, la cultura abarca el conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación en la vida social.”*(García Canclini, 2004: 34) Este circuito señalado, es central para entender que no existe “una” cultura sino varias que coexisten particularizando individuos y espacios a

través de la interrelación o de la interculturalidad. Alejados de las grandes definiciones, podemos pensar en el espacio particular que, en una suerte de ambivalencia, construye y se construye en el mundo rural hoy día, le da identidad. Aclarar esto interesa mucho, pues en esta tesis se habla y se entiende que estamos ante identidades, no de una identidad.

En esta línea, *“cuando se define a una identidad mediante un proceso de abstracción de rasgos (lengua, tradiciones, ciertas conductas estereotipadas) se tiende a menudo a desprender esas prácticas de la historia de mezclas en que se formaron”* (García Canclini, 2001: 17)

Las mujeres que protagonizan esta investigación forman parte de una cultura, en la cual un mismo objeto, definición o creencia puede transformarse a través de los usos y reapropiaciones sociales. Es por esto que se habla de una tensión, pues en este escenario se cruzan tres elementos fundamentales y que dan forma a estas identidades particulares: el sexo, la edad y el trabajo, en otras palabras ser mujer, joven y temporera es una experiencia que dice relación con aquello que se espera de cada uno de dichos roles o identidades, dentro de los cuales existen transformaciones y reapropiaciones, según sea el caso de cada entrevistada y las relaciones que estas establecen con su medio y con los que lo conforman.

Siguiendo a García Canclini, *“también...al relacionarnos unos con otros, aprendemos a ser interculturales”*(García Canclini, 2004: 34).

Es muy importante hablar de los sujetos en función de sus relaciones, dado que hablar de agregados sociales de manera general, difumina, esconde o invisibiliza, como dijimos al principio. *“Las mujeres son...”La mujer es...’. La verbosidad del discurso sobre las mujeres contrasta con la ausencia de información precisa o detallada. Lo mismo ocurre con sus imágenes. Producidas por los hombres, estas imágenes nos dicen, sin dudas, más sobre los sueños o los temores de los artistas que sobre las mujeres reales. Ellas son imaginadas, representadas, más que descritas o narradas.”* (Perrot: 2008:19)

Lo simbólico y lo material, el significado y el significante, tienen un lugar preferencial en la definición de cultura e identidad que propone García Canclini, dado que existe un plexo compuesto por ciertos elementos concretos que serán los que dan vida a imaginarios particulares. Es lo social y lo cultural, que dirán algunos, ante lo cual el citado autor señala que aunque existe una imbricación absoluta entre ambos espacios *“Todas las prácticas sociales contienen una dimensión cultural, pero no todo en esas prácticas sociales es cultura”*. Existen actos o acciones concretas, materiales pero que tienen una significación más allá de ello. Un ejemplo presente en la realidad de las mujeres del campo, esto se vería a la hora de comprar un artefacto de línea blanca en determinado lugar (en el pueblo o en la ciudad). La compra, la adquisición misma ya significa algo (valor de uso y valor de cambio) y presenta preguntas que abren un camino hacia el debate de las prácticas y sus significados: ¿existe posibilidad económica de adquirirlo?, ¿es de primera necesidad?, ¿da estatus?, ¿facilita la vida?; la

conducta asociada a dicha compra significa algo, me sitúa socialmente en un lugar y marca mis interacciones sociales.

Las jóvenes que entregan sus relatos, están tensionadas entre lo que deben y pueden hacer, social y culturalmente. Existe una tensión bidireccional, hacia adentro y hacia afuera. Una tensión que entre lo que es ser mujeres y madres “*responsables de sus hijos*”, pero jóvenes con ansias de vivir. Entre lo que es trabajar como temporeras y las posibilidades económicas que esto brinda para suplir sus necesidades o, en el mejor de los escenarios, poder acceder a adquirir algún elemento algo más suntuario.

Sus modelos referentes, madres, abuelas, vecinas intentan, en su mayoría, mantener vivo el discurso tradicional de la mujer “en la casa”, “con la familia” Los medios de comunicación dirigen su programación y publicidad hacia jóvenes o madres o mujeres o (en menor grado) a las trabajadoras. Peor aún, las políticas públicas dirigidas hacia ellas las desenfocan, también están dirigidas a madres, a mujeres, a temporeras, a jóvenes; difícilmente están dirigidas a quienes juegan todos esos roles a la vez, pues tal vez no están lo suficientemente “*identificadas*”.

En definitiva, tampoco encuentran allí un modelo sino más bien un híbrido contradictorio. *“En esta época nuestro barrio, nuestra ciudad, nuestra nación son escenarios de identificación, de producción y reproducción cultural. Desde ellos, sin embargo, nos apropiamos de otros repertorios culturales disponibles en el mundo, que nos llegan cuando compramos productos importados en el supermercado, cuando encendemos el televisor...”* (García Canclini, 2004: 36)

Estas mujeres no encajan en el modelo de mercado, ni con la beneficiaria de la política pública, ni con la madre/esposa tradicional, ellas construyen una identidad particular, determinada por la posición que ocupan en un espacio particular. En este sentido, existe un tiempo y un espacio en el que (y con el que) ellas se interrelacionan que permite caracterizarlas, leerlas, conocerlas y comprenderlas, *“...la conexión y la desconexión con los otros son parte de nuestra constitución como sujetos individuales y colectivos. Por tanto, el espacio inter es decisivo.”* (García Canclini, 2004: 26)

5.2.2 El cronotopo en la construcción de identidades. El rol del tiempo y del lugar.

El cronotopo, categoría de análisis tomada y resignificada por el lingüista Mijaíl Bajtín, se entiende como el lugar donde se atan y desatan los nudos de la narrativa, en el campo semántico. Se ha sugerido incluso, por quienes suscriben al concepto, que a los cronotopos pertenece el sentido que moldea la narración. Yuxtapone los ordenamientos espaciotemporales que son internos a una obra con los que son externos, contextuales y plantea que aunque no son iguales, estos ordenamientos son inseparables. Vistos de este modo, todos los textos (prácticas textuales) - la literatura, la historiografía, la antropología, la crítica cultural, etc. - comparten ensamblajes temporoespaciales equiparables.

También los cronotopos pueden ser entendidos como instancias de la regionalidad del conocimiento, ya que todos los significados que "entran en nuestra experiencia (que es experiencia social) deben asumir la forma de un signo que es audible y visible para nosotros (sea jeroglifo, fórmula matemática, expresión verbal o lingüística, boceto, etc.). Sin la expresión temporoespacial, resulta imposible aún el pensamiento abstracto. Dicho en otras palabras, existe una cronotopicidad general del lenguaje. A pesar que los ejemplos y estudios que abordará Bajtín pertenecen sólo a la narración literaria, no hay por qué no extender la discusión hacia otros ámbitos, como él mismo sugiere.

Es así que para esta tesis, se ha extrapolado el concepto con el afán de buscar el sentido de las partes que conforman los discursos de los entrevistados/as, contextualizados ("situados" si se utiliza lenguaje antropológico) en lo espacio-temporal. *"No se puede situar históricamente un acontecer sin recurrir implícita o explícitamente a cronotopos"* (Reynoso, 1998: 25). Para Bajtín *"no existían palabras y frases neutras, monológicas, privadas: todo está cargado de intenciones y acentos"* (Reynoso, 1998: 25) He aquí por qué el cronotopo se convierte en una herramienta de análisis teórico.

Se puede añadir que el recurso fundamental del cronotopo es, obviamente, la descripción y que su objetivo básico es el reconocimiento por parte del lector, su complicidad. Para Paul Rabinow, en sus estudios etnográficos, la importancia de la relación que se establece con el informante o entrevistado es *"la forma en que se va constituyendo el conocimiento etnográfico, como resultado de un proceso complejo en el que el antropólogo y sus informantes tratan de establecer bases de comprensión comunes, viéndose obligados a poner de manifiesto todos sus preconceptos."* (Reynoso, 1998: 35) Esto, en otras palabras es aquella complicidad que en la que nos sumerge el cronotopo y que en Rabinow se asimila cuando propone que *"cada vez que un antropólogo penetra en una cultura, entrena a la gente para objetivar para él su mundo de la vida. En todas las culturas, por supuesto, ya hay alguna objetivación y autorreflexión. Pero esta traducción autoconsciente en un medio externo es más rara. El antropólogo crea un desdoblamiento de la conciencia. Por lo tanto, el análisis antropológico debe incorporar dos hechos: primero, que nosotros mismos estamos históricamente situados a través de las preguntas que hacemos y de las maneras en que buscamos comprender y experimentar el mundo; segundo, que lo que recibimos de nuestros informantes son interpretaciones, igualmente mediadas por la historia y la cultura"* (Rabinow en Reynoso, 1998:35)

El tiempo que se evoca y el lugar que se describe —en forma de la unión inseparable de cronotopo— es una elección del autor pero solamente funciona si es aceptada y entendida por el lector: funciona como un pacto y cada elemento de la descripción como sus detalladas cláusulas, dirá Federico Navarrete en su análisis sobre los cronotopos. Para Vincent Crapanzano cuando se describe otra cultura, lo que se hace en verdad no es describir la realidad de otra cultura, sino

más bien se habla de una “realidad negociada” que se establece entre el antropólogo y sus informantes en la práctica antropológica o etnográfica.

Si traducimos literalmente cronotopo hablamos de "tiempo-espacio", lo que implica la fusión de los índices espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto. El cronotopo, originalmente, establece la imagen del hombre en la literatura, imagen siempre ligada a la relación espacio-temporal. En el caso de esta tesis el cronotopo es tiempo y espacio, también, pero como se plantea en la Dialógica, y lo expone Dennis Tedlock, en el texto de Reynoso, *“si la antropología sociocultural estuviera basada solamente en la observación silenciosa, no habría nada que la distinguiera de las ciencias naturales. Pero de hecho no es así: el estudio cultural se basa necesariamente en un ámbito de intersubjetividad humana. El diálogo antropológico (del investigador con sus informantes) crea un mundo, o más bien crea una comprensión de las diferencias que existen entre las personas que participan en ese diálogo cuando comienzan su conversación”* (Reynoso, 1998: 39)

Cronotopar la investigación nos ayuda a dinamizarla y a comprenderla contextualmente, sincrónicamente, proporcional a la propia experiencia que dialógica desde la que se origina la realidad investigada. En esta experiencia y en esta realidad, co-construida en un tiempo y en un espacio, es donde se desentrañan las identidades de sus protagonistas.

No hay que olvidar a este respecto que los sistemas de representaciones simbólicas que conforman las culturas (y las identidades) son los resultantes de modos específicos de apropiarse la naturaleza y de ubicarse en ella y relacionarse con ella. *“Los códigos mentales se desprenden de estos sistemas simbólicos. De ello mismo se desprende un lenguaje, vehículo que articula una forma de pensamiento particular, y que en el acto de nombrar las cosas y el entorno, implica una relación particular del medio en cuestión. Nombrar es introducir sentido y es también introducir orden, un cierto tipo de orden social del cual se desprenden los valores intrínsecos que van a regir esa comunidad particular.”* (Navarrete, Federico, 2001) Nombrar y nombrarse es también situarse, entenderse y darse un lugar en el mundo, lo que tiene conexión directa con las relaciones que se establecen en él. En la medida que nominamos, nos encontramos con sujetos concretos, que ocupan un lugar determinado en la sociedad y que se interrelacionan de maneras particulares en ella, son sujetos, posiciones y relaciones los que constituyen sistemas simbólicos específicos, unidades o cronotopos, que nos entregan luces sobre qué es ser hombre y qué es ser mujer. Bajtin entrega entonces, esta fórmula para comprender que la organización del tiempo y el espacio en unidades coherentes y cargadas de significado es un elemento fundamental de la vida social, esto es, unidades o cronotopos de sentido que necesariamente son dialógicos.

“Ningún cronotopo puede aspirar a explicar al otro, a someterlo a su propia lógica, sino que tiene que iniciar una relación de comprensión con el otro, un intercambio desde la alteridad irreductible de sus posiciones” (Bajtin en Navarrete 2001). De esta manera, proponemos que no existen palabras o frases neutras, realidades

estáticas o identidades comunes, todo está cargado de intenciones, de acentos y de particularidades no monológicas, sino más bien dialógicas, compartidas, que dejan atrás la creencia de que la historia se basa y se escribe a partir de procesos unitarios, para dar paso a la conjunción de realidades e identidades de la sociedad actual.

5.2.3 La familia. Un espejo de identidad

En Chile, el modelo de familia que logró generalizarse en el siglo XX fue el moderno-industrial, caracterizado por su estructura nuclear y por un tipo de división sexual del trabajo en que el hombre trabajaba por un salario y la mujer permanecía en el hogar a cargo de los hijos y las tareas domésticas.

En los años setenta, menos del veinte por ciento de las mujeres trabajaba en forma remunerada. Este modelo de familia se ve reforzado a partir de las normativas matrimoniales establecidas por el código civil, que otorgó autoridad al jefe del hogar (régimen de sociedad conyugal, patria potestad y potestad marital). Así, la familia de la sociedad salarial se sostiene en el sistema de protección social que en Chile fue creado desde los años de las llamadas “leyes sociales” (1924) hasta los años setenta. El Estado de Bienestar, en este período estructuró políticas dirigidas a institucionalizar a la familia en el matrimonio, esto apoyado con normativa jurídica y políticas públicas congruentes.

Desde los años ochenta del siglo pasado, la relativa homogeneidad que alcanzó hacia los años setenta la familia en la sociedad chilena dio lugar a un proceso de creciente diversificación familiar. El principio de la maternidad moral y el salario familiar que acompañó la industrialización y los valores en que reposó la familia moderno-industrial de la sociedad salarial, se fueron desvaneciendo acorde con los cambios que comenzaron a producirse en el mundo del trabajo. El padre industrial y el tipo de masculinidad forjada al alero del sistema de protección social del Estado de Bienestar fue perdiendo sus soportes materiales, laborales e institucionales (Valdés, 2009)

Es muy importante, al abordar el tema laboral, considerar el fenómeno de la salarización femenina y la feminización de ciertas actividades laborales. Ambos procesos van a incidir en la vida familiar distanciando la organización de la familia del patrón que caracterizó la división sexual del trabajo bajo la sociedad salarial y buena parte del siglo XX. (Valdés, 2009) Hoy, la heterogeneidad y la flexibilidad laboral han modificado el escenario de la sociedad salarial y con ello las formas de vida.

Queda sentado entonces que existe un grupo de aquellos que nacieron antes de 1950, en pleno régimen de hacienda. Un grupo de nacidos durante la reforma agraria y los de los setenta, generaciones que han vivido y reordenado los atributos genéricos, prácticas y las formas de entenderlas a la par de los cambios que se van sucediendo. Para indagar en las mencionadas nuevas formas de vida, se hace el foco en esta última generación.

Los cambios demográficos, la transformación de la familia y las transformaciones habidas en el mercado de trabajo se han dado en el contexto de la globalización, y del cambio en el paradigma de desarrollo por un paradigma neo-liberal de crecimiento que reformuló las bases de las protecciones colectivas que acompañaron la industrialización y el Estado de Bienestar. La separación de dominios masculino-femenino, trabajo-familia, vigentes hasta los setenta entraron en crisis así como los acuerdos sociales básicos que permitieron la estabilidad, continuidad y subsistencia de la familia moderno-industrial.

En este marco de transformaciones, la familia sigue siendo el principal referente y el espacio de mayor significación tanto en la construcción de la identidad como en la relación que establecen los individuos con la sociedad, pero al mismo tiempo es un espacio de inseguridad, una institución en crisis atravesada por la incertidumbre y donde además se producirían las mayores resistencias para incorporar los cambios que los procesos de modernización cultural están impulsando sobre las identidades y relaciones de género, la división del trabajo doméstico y las concepciones sobre la maternidad y la paternidad.

Ejemplo de ello son algunos marcados cambios que viven las mujeres a la hora de casarse y establecer una familia, pues su condición la transforma en dependiente concreta y simbólicamente: *“Dependiente jurídica, cuando se casa...sometida a normas legales cuyo objetivo principal es proteger a la familia. Dependiente sexual, obligada al “deber conyugal” y al deber de la maternidad, que remata su feminidad. Dependiente en su cuerpo...puede ser corregida como un niño desobediente...pegarle a la propia mujer es una práctica tolerada, admitida, siempre y cuando no sea excesiva. Dependiente económicamente, en la administración de los bienes, en la elección del domicilio y en todas las grandes decisiones de la vida familiar, incluidas las relacionadas con la educación y el matrimonio de los hijos”* (Perrot, 2008: 59). Podemos agregar, es más, que esta dependencia enunciada al final, se impone incluso en lo que tiene que ver con la decisión de tener o no hijos.

Así, las mujeres han enfrentado procesos de fragmentación socio-cultural que coexisten con fórmulas tradicionales de vida en común, herederas de las concepciones de familia de la sociedad industrial conviven con otras, más reflexivas y menos sujetas a normas donde cobran relevancia los procesos de individuación y de democratización de la vida privada. (Valdés, 2009:12)

En suma, los fenómenos que se desencadenan a contar de los años ochenta, son indicativos de la transformación y diversificación de la familia, tensionada además por la emergencia de nuevos patrones de género que coexisten con los tradicionales (Valdés, 2009:12). Serán indicativos entonces, de la construcción de identidad de las mujeres desde ese momento.

5.3 El trabajo de las mujeres. Significación del trabajo en la identidad personal.

Ya decía Gabriela Mistral en 1938, “La mujer chilena trabajó siempre. Antes de nuestra moderna incorporación a la economía del mundo, ya ella era buena hortelana, artesana, habilidosa en artes y capaz de enseñarlo en muchas cosas más”⁶ Partiendo de la base que las mujeres siempre han trabajado, que aunque sin remuneración o con una mínima (tal vez incluso a modo de intercambio), Perrot se hace una pregunta que puede servir para iniciar el análisis *¿pueden o deben las mujeres acceder al salario, es decir, recibir una remuneración individual y, sobre todo, abandonar la casa, el hogar que fue siempre su anclaje y su utilidad?* (Perrot, 2008:137)

Esta pregunta encierra en forma subyacente si se quiere, los elementos centrales que acompañan a las mujeres trabajadoras. Remuneración, familia e identidad. Nos enfrenta a diferentes niveles de tensión: el trabajar implica abandonar, obtener remuneraciones implica independencia de la familia (dejar de ser dependientes de otros). La familia o el hogar, antes immaculados, se convierten en espacio de identidad transgredido. Se produce un desanclaje. Las mujeres se integran paulatinamente al mundo del trabajo por diversos motivos ya sea por temas de necesidad económica, por necesidad de reafirmación individual, por autonomizarse e incluso para reforzar autoestima, socavada tradicionalmente cuando la dependencia económica las aísla. Aunque las motivaciones están cruzadas por la edad y el nivel socioeconómico, las variables se mantienen.

Perrot hace una caracterización de la vida de las mujeres europeas en el campo, lo que no dista de lo que hemos analizado como característico de nuestras mujeres campesinas: *“estaba regulada por la vida familiar y el ritmo del campo en una muy fuerte división de roles, tareas y espacios. Al hombre le tocaban la labranza y las transacciones de la feria. A la mujer, la casa, el cuidado del ganado, del corral y de la huerta, cuyos productos vendía en el mercado, como la lechera de la fábula de La Fontaine”* (Perrot, 2008: 140). Lo interesante de revisar otras realidades, es ver cómo estos roles se convierten en roles universales a la hora de analizar el lugar que deben ocupar las mujeres en la sociedad.

Entre los factores que inciden en la socialización laboral y en la significación que el trabajo tiene para la construcción de identidades juegan un papel fundamental los contextos (cronotopos), la familia y el sexo del o la trabajador/a.

Las figuras materna y paterna, serán cruciales a la hora de constituir un modelo para las nuevas generaciones en lo que respecta al lugar que se ocupará en la sociedad. Ya sea cuando hablamos de trabajo al interior del hogar o de trabajo remunerado fuera del hogar. Según los tipos de familia, se dan también las posibilidades u oportunidades (cuando son vistas como tales) de trabajar para

⁶ Gabriela Mistral. El carácter de la mujer chilena. (1938) citado en Mujeres Chilenas. Fragmentos de una Historia. Sonia Montecino, compiladora.

hombres y mujeres. Esto es así, pues al interior de ella se determinan modelos subjetivos y oportunidades concretas de preparación para el trabajo de los hijos en la vida adulta. *“Los progenitores distribuyen oportunidades entre ellos y ellas para que adquieran las actitudes, habilidades y conocimientos necesarios para el desempeño laboral, de acuerdo con las expectativas e imágenes que tienen sobre el futuro de sus hijos e hijas”.* (Guzmán y Mauro en Todaro y Yañez, 2004: 209)

En el apartado anterior se abordó la familia como un espejo de identidad, efectivamente, si adicionamos el componente laboral, es decir abordamos el espacio laboral y el familiar, nos encontramos con un tránsito permanente entre ambos espacios, donde las mujeres se enfrentan y asumen lógicas que a simple vista parecen contradictorias. Guzmán y Mauro proponen que el movimiento va entre el afecto, solidaridad y relaciones personales para pasar luego a espacios en los que prima el rendimiento, la disciplina y la productividad.

5.4 Para encaminarnos hacia la equidad de género. Nuevas identidades a considerar.

Al revisar los cambios sociales que han ido acompañando la construcción de nuevas identidades, desde el cronotopo actual, podemos ver que como paulatina, pero inacabadamente, se han ido socavando aquellos pilares que sostenían el orden anterior donde en el poder, la sujeción y la subordinación eran verdaderas paredes que traspasar para construir equidad de género. Aquellos son los obstáculos fundamentales que se deben considerar a la hora de pensar en igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. A pesar del giro que ha ido dando la mirada al respecto, aún se mantiene un aspecto complejo de superar, esto es la denominada naturalización de las diferencias entre hombres y mujeres. *“Esto significa que lo social teje en sus sistemas simbólicos un discurso que hace creer en la “naturaleza” de ciertos roles y posiciones, y a ellos les ha asignado una causa biológica”* (Montecino, 2008: 397).

Si lo relacionamos con aspectos laborales, reaparece la tensión, dado que en la organización del trabajo, tal como se expone en los antecedentes de este estudio, las mujeres han encontrado mayoritariamente espacios de compatibilidad de las responsabilidades productivas y reproductivas y si seguimos la línea anterior, son ellas las llamadas a desarrollar aquellas labores que naturalmente “saben” o “pueden” hacer.

La conjunción género e identidad, nos debe llevar a acotar espacios de definición pertinentes. Más aún, si uno de los desafíos de esta tesis es presentar elementos de la realidad que sirvan para construir herramientas de acción. Montecino dirá, parafraseando a Moore, que el género, la clase, la generación, la etnicidad y la subjetividad se intersectan, ya lo decíamos anteriormente. Considerar aquello nos permite evitar *“las generalizaciones y los prejuicios androcéntricos y etnocéntricos que han dominado los discursos sociales”* (Montecino, 2008: 396); las naturalizaciones.

En este ámbito, son tres los conceptos clave, y que generalmente inducen a confusión, mala interpretación y por ende, mala gestión o construcción de discursos sobre la base del desconocimiento.

La relación entre estos tres conceptos aparece como un juego de palabras que deben necesariamente especificarse. Hombres y mujeres somos diferentes, aunque merecemos igualdad de oportunidades para desarrollarnos con equidad. Para poder construir políticas con equidad, no podemos olvidar que somos diferentes, es decir nunca soslayar las particularidades de los sexos en pos de la igualdad de género. *“Cuando hablamos de género tenemos que necesariamente especificar las diferencias que existen entre hombres y mujeres y la que se dan al interior de ellos(as). Este doble movimiento nos situará en un nivel donde, más allá de las marcas dadas por la cultura a las distinciones sexuales, podremos identificar las otras señales de diferenciación social”* (Montecino, 2008: 396).

Aunque las mujeres han ido ganando espacios, estos aún son insuficientes pues si profundizamos en ellos, mantienen intrínsecamente diferencias, las que llevan solapadamente hacia la desigualdad.

No olvidemos que *“El concepto de género aparece en el debate para dar cuenta de la subordinación de las mujeres ante la ausencia en las teorías sociales dominantes de Occidente de explicaciones sobre las desigualdades entre hombres y mujeres, identificándose la subordinación femenina como producto del ordenamiento patriarcal. En este debate, la categoría patriarcado ha sido criticada por razón de su generalidad y carácter totalizante. Al respecto, de Barbieri señala que resultó un concepto vacío de contenido y de tal vaguedad que se volvió sinónimo de dominación masculina, pero sin valor explicativo”* (de Barbieri en Porras, 1992:113).

A pesar que, en nuestro país existen avances importantes para pensar en equidad, existen muchas tareas pendientes. Lo pudimos observar al analizar los pendientes de las políticas laborales, es decir, prevalecen aún profundas desigualdades que no se quieren o, en el mejor de los casos, no se pueden ver. Es tarea de todos y todas, mostrarlas, hacerlas evidentes y trabajar sobre ellas. *“Dentro de las políticas públicas se han planteado solo reformas “liberales” (vinculadas a los derechos, laborales, por ejemplo), el mundo de lo doméstico ha sido intocado (a excepción de la violencia intrafamiliar), no discutido. Pese a que las dobles y triples jornadas de las mujeres son conocidas e indesmentibles, la distribución del trabajo dentro del hogar permanece en la mayoría de los casos sin cambios: esto es, lo doméstico es un asunto femenino”* (Montecino, 2008: 400)

VI ENFOQUE METODOLÓGICO

Para poder dar cuenta de los discursos y representaciones individuales y colectivas que se estructuran en torno a la relación familia-trabajo en el mundo de las/los temporeras/os de la fruta, se realizó un estudio exploratorio de carácter cualitativo, con 7 meses de duración.

A consciencia que los resultados obtenidos a través de esta investigación, no son concluyentes, dicha perspectiva cualitativa-exploratoria, se asume dentro de las corrientes comprensivas de las ciencias sociales, es decir, el interés se proyecta hacia la comprensión de un fenómeno, más que hacia la conclusión o el resultado determinante.

Este camino, se considera como el más adecuado para un tema como el escogido, donde hay un énfasis puesto en la esfera simbólica, en los discursos y en los hechos que les dan lugar “(...)los discursos(...), en cuanto expresión manifestativa de los deseos, creencias, valores y fines del sujeto hablante, escapan en su nivel máximo de profundidad y articulación al...enfoque epistemológico ‘cosificador’, y exigen fundamentalmente ser ‘comprendidos e interpretados’. (Ricoeur en Ortí, 1993: 180)

Por medio del enfoque cualitativo o estructural se intenta llegar a lo anteriormente propuesto, es decir a los discursos de las mujeres jóvenes temporeras de la fruta. De esta manera se puede lograr un acercamiento a los sentidos con que éstas van construyendo y comprendiendo su entorno social, es decir su realidad. Atendiendo a ello, se puede explicar, atender y comprender una parte del mundo rural, relevando la subjetividad de sujetos de estudio que se desenvuelven en el, como un elemento cargado de significados posibles de decodificar.

Más cerca de lo hermenéutico y de lo fenomenológico, el enfoque cualitativo de investigación se centra en el análisis de cómo se construye, como se vive y como se proyecta el actuar cotidiano. Desde una perspectiva de este tipo, “*Se pretende conocer los fenómenos sociales desde la perspectiva del sujeto. El acercarnos a lo social como objeto de análisis tiene unas características irrepetibles en otro tipo de investigaciones: el objeto de estudio se va construyendo en las distintas etapas de la investigación y en los distintos momentos de conocimiento empírico del mismo... Si algo caracteriza al método etnográfico...es que el proceso de investigación es abierto, dúctil a los resultados que se van obteniendo y, por tanto, se ve alterado durante su desarrollo...*” (Aguirre B, A, 1995:)

Esta metodología se adopta en tanto forma de enfrentar los datos empíricos con características que aúnan lo observado por el investigador con lo que tienen que decir los propios sujetos de estudio acerca de ello. Ambos enfoques de una misma realidad son validados en función de la comprensión final del estudio, así el punto de vista de las personas mismas, o la perspectiva emic, es tanto o más importante, que la observación y el análisis que de ello se puede hacer. Un enfoque cualitativo se orienta “...(de modo intencionalmente específico) a captar

(...), analizar e interpretar los aspectos significativos diferenciales de la conducta y de las representaciones de los sujetos y/o grupos investigados” (Ortí, 1993:195)

Un estudio enfocado de esta forma se va configurando de manera flexible y debe tenerse en cuenta que en su opción interpretativa, se desarrolla dentro de un juego de subjetividades, entre los sujetos parte de la investigación y el investigador. Lo que se intenta exponer, es que en una investigación cualitativa la presencia del investigador no se anula, esto no significa finalmente que su subjetividad sea modeladora ni manipuladora de los datos del estudio, sino que un tamiz ineludible. Es así, que esto debe ser considerado en el resultado final del estudio, a sabiendas que no se está ante datos objetivos concretos, sino que ante una interpretación de ellos “(...) *las significaciones no son propiamente “recogidas”, sino que se trata de un acto interpretativo, de segundo orden, que los investigadores establecen sobre las interpretaciones que, a su vez, los sujetos configuran respecto a su realidad y sus experiencias.*” (Geertz en Martínez, Vergara, Sepúlveda y Cols., 2002: 31).

Se propone entonces, la posibilidad de comprender la realidad social considerando y aprehendiendo de los elementos más subjetivos de ella, es decir adentrándonos en los discursos, representaciones sociales y significados de quienes, a partir de su trabajo y de su rol social, están permanentemente reelaborando sus vidas y sus discursos. Gabriel Salazar, en un artículo sobre la historia y tradición oral, escribe sobre la emergencia del “sujeto” en las ciencias sociales (por sobre el objeto de estudio o informante como él mismo señala), que los sujetos no son simples portadores de datos objetivos “*sino díscolos generadores de infecciones intersubjetivas como autonomía, movimiento social, soberanía, comunidad local, etc. La parsimonia científica perdió su majestad apolínea y arrastró los pies hacia el pasado. A sus fuentes y a su origen. A espaldas de su fe modernista. Pues los procesos de individuación –sobre los que descansaba, a fin de cuentas, esa parsimonia-, en lugar de disolver los sujetos en la misma vertical de su individualidad, terminaron potenciándolos horizontalmente como actores societales. Libres. Cualitativamente incontrolables. Cualitativamente históricos*” (Salazar, 1999: 2003)

6.1 Universo de estudio y definición de la muestra

El universo de investigación está conformado por mujeres, madres, jóvenes, residentes en San Clemente, región del Maule, provincia de Curicó y que se desempeñan como temporeras.

La región del Maule es una de las zonas que se caracteriza por la fruticultura de exportación, específicamente, este estudio se desarrolla en la provincia de Curicó donde se presenta una alta diversificación frutícola, por lo que los/las trabajadores/as tienen la oportunidad de mantener una jornada anual del trabajo (se extiende el trabajo a lo largo del año, pero en forma diversificada).

A modo de caracterización, cabe mencionar que según el catastro frutícola de la región del Maule realizado por ODEPA en octubre 2007, las especies frutícolas principales de la zona, son la manzana, cereza, kiwi, vid de mesa y ciruelos en los primeros lugares, estos son los frutos que dan lugar al trabajo de temporada, además de algunas hortalizas y el packing.

Puesto que es un estudio cualitativo, no se buscó representatividad estadística en la muestra sino que se trabajó una muestra intencionada, no probabilística que se aproximó a un universo de sujetos que comparten características relevantes para la investigación como son pertenencia a la generación nacida entre 1975 y 1990, estar empleadas/os o tener experiencia en la fruticultura bajo regímenes excepcionales y la tenencia de hijos dependientes. Se trabajó también con familiares o parejas de las jóvenes entrevistadas, quienes en su mayoría también trabajan bajo este tipo de regímenes.

En busca de conocer las concepciones de familia, género y trabajo en el mundo de la fruticultura, se desarrollaron entrevistas semiestructuradas y en profundidad, como las principales técnicas de recolección de información. Las entrevistas se organizaron de la siguiente manera:

Entrevistas grupales: dos (2) centradas en el tema de trabajo y familia. Se organizaron dos grupos, uno de mujeres y uno de hombres, estos últimos debían ser parejas de temporeras que vivían en la región del Maule

Entrevistas Individuales: cuatro (4). Se seleccionaron tres (3) familias y se entrevistó a algunos miembros de cada una de ellas (cónyuge, hijo/a, madre o padre del trabajador/a de la fruta). Las tipologías de familia fueron: una extensa o extendida (formada por un núcleo y más familiares), una de madre soltera y una conyugal (formada por madre, padre e hijo, independientemente de la formalización legal de la convivencia) que vivieran en San Clemente, región del Maule.

6.2 Técnicas de recolección de información

a) Revisión de Fuentes secundarias

Esta investigación se inició con la revisión fuentes secundarias, es decir aquellos documentos o textos basados en fuentes primarias de investigación. Entonces, se desarrolló compilación, análisis y síntesis de literatura e investigación sobre los temas de género, trabajo y familia. Es importante considerar que en estos casos se enfrenta ya una interpretación y análisis de fuentes primarias, que otros u otras investigadores interesados en el tema han realizado, por lo mismo son fundamentales para partir de una base de conocimiento avanzada.

Esta fase, considerada como preparatoria y que se extendió durante el proceso de recogida de información directa e incluso hasta el inicio de la redacción de este documento.

b) Entrevistas

En primer lugar se debe asumir una definición de entrevista. Para este caso se escogió entender las entrevistas como una de las técnicas cualitativas que permiten acceder al sentido del sistema social o realidad. Se pueden definir como un *“proceso comunicativo por el cual el investigador extrae una información de una persona contenida en la biografía de ese interlocutor, entendiendo como biografía al conjunto de representaciones asociadas a los acontecimientos vividos por el entrevistado. En este proceso el yo de la comunicación no es un yo lingüístico, sino un yo especular o directamente social que aparece en un proceso en el cual el individuo se experimenta en función del otro generalizado, es decir, desde el punto de vista generalizado del grupo social al cual pertenece”*, comentará Eduardo Alonso al escribir sobre las entrevistas.

En la entrevista antropológica, se produce un juego de acercamiento y distanciamiento, en el cual el narrador se aproxima a sistemas de comprensión y el investigador se aproxima e implica en una vida, saliendo de sus sistemas conceptuales. Por ello, es preciso que el narrador tenga libertad de palabra y, a la vez, que el investigador oriente progresivamente, y en la medida que su conocimiento de los marcos interpretativos de los informantes se lo permita, las temáticas, de acuerdo a los objetivos de la investigación.

Se identifican fundamentalmente tres tipos de entrevistas: la entrevista abierta o inestructurada, la entrevista semiestructurada y la entrevista estructurada. Para esta tesis se optó por las entrevistas no estructuradas y semiestructuradas.

b.1) La entrevista abierta, en profundidad o entrevista no estructurada.

Es aquella entrevista que se realiza sin una pauta previa que estructure las preguntas y contenidos a ser consultados al entrevistado, *“la entrevista abierta debe ser en toda su extensión una técnica abierta (valga la redundancia), el uso de cuestionarios o guías está fuera de lugar”*. (Ibañez, 1986: 71)

La técnica consiste en estimular el habla con el habla, es decir, se intenta gatillar al entrevistado a partir de su propia habla, mediante intervenciones del entrevistador que recojan los propios enunciados del entrevistado y gatillen en la profundización de los temas que a juicio del entrevistado son los más importantes en relación al planteamiento inicial.

La entrevista en profundidad funciona como una conversación en que no se preestablecen las preguntas sino sólo una pauta temática que guíe el diálogo, su ventaja es que al dejar en libertad de preguntar al entrevistador se abre también la posibilidad de explorar los temas que el mismo entrevistado sugiera, lo que da mayor riqueza y profundidad al diálogo.

En el contexto de esta investigación, se ocupó la entrevista en profundidad en la primera sesión con algunas de las entrevistadas, trabajando en función de la

historia de vida de estas. Si bien la técnica elegida podría haber sido la “historia de vida”, no era pertinente del todo para este estudio, por cuanto interesa más los discursos asociados a diversos referentes -el pasado, presente y futuro, el entorno, las relaciones sociales, su rol en la familia, el trabajo, etc.- más que la individualidad del entrevistado. Es decir el punto de interés es su lugar en un espacio determinado, su “lugar en el mundo”.

Taylor y Bogdan señalan que el propio investigador es el instrumento de la investigación y no lo es un protocolo o formulario de entrevista. El rol de este implica no solamente observar, sino también aprender qué preguntas hacer y cómo hacerlas.

Pero, en investigaciones con objetivos muy claros y definidos, o de desarrollo breve en el tiempo, como en el caso de esta tesis específicamente, es muy difícil trabajar sin una estructuración previa de la entrevista que se va a realizar, a lo menos general.

Entonces, es aquí donde lo que finalmente se ocupa es una especie de híbrido entre la entrevista abierta y la entrevista semiestructurada (aún cuando en una segunda fase se trabajó de lleno con entrevistas semiestructuradas), ya que existe una cantidad de temas y puntos definidos a tratar, así como preguntas que el entrevistador sabe que no debe dejar de hacer, sin que exista una pauta fija y preparada de antemano. Otro aspecto importante es que existe flexibilidad en los temas y tiempos, considerando por sobre todo los que marca el entrevistado.

b.2) La entrevista semiestructurada

Es aquella que tiene una pauta que la estructura durante su desarrollo. Aquí el entrevistador se encarga de elaborar un cuestionario base con la operacionalización de los temas y dimensiones que desea tratar con el entrevistado (ver anexo con las pautas de entrevista semiestructurada diseñadas para esta investigación)

Estas entrevistas se llevaron a cabo aplicando un cuestionario con temas generales que no podían quedar fuera de la investigación. Sin embargo, este cuestionario se concibe sólo a modo de guía puesto que se deja fluir libremente el desarrollo de los diálogos que a partir de ello van dando. Además, esto sirve para la emergencia de nuevos tópicos que van conformándose como complemento fundamental del estudio, puesto que aparecen espontáneamente en las palabras de las mujeres, son los llamados “*discursos espontáneos*” (Ortí, 1993:195), que en ambos momentos (es decir durante los dos tipos de entrevistas) se tomarán en cuenta y harán parte fundamental de los resultados finales.

La peculiaridad de este tipo de entrevista es que si bien se tiene preparado el conjunto de preguntas que se van a formular, cada una de ellas tiene la calidad de una semientrevista abierta, ya que la idea es que el entrevistado se extienda en el tema a que corresponde la pregunta y que el entrevistador pueda introducir otras que considere pertinentes y ahonden en los aspectos que le resulten relevantes,

interesantes y/o novedosos a partir de las respuestas del entrevistado respecto de la pregunta primera.

Cabe mencionar que para aplicar este tipo de entrevista, el investigador debe tener claridad sobre cuáles son los aspectos que desea investigar, para poder así elaborar una pauta coherente y bien estructurada y estar en situación de discriminar la información que surja en el diálogo que no sean pertinentes con los temas que se desean abordar.

b.3) La entrevista grupal

La entrevista grupal es semiestructurada y, al igual que otras estrategias de investigación cualitativa, va enriqueciéndose y reorientándose conforme avanza el proceso investigativo. Desde el punto de vista metodológico, es adecuado emplearla, o bien como fuente básica de datos, o bien como medio de profundización en el análisis.

En este caso será entendida como una conversación colectiva que permite recoger opiniones, percepciones, discursos y subjetividades de un colectivo que realiza un mismo tipo de trabajo, en este caso fruticultura. Entonces, aquí se desarrolla una conversación que requiere, necesariamente, de una pauta ordenadora o guía temática, que se aplicará al grupo seleccionado.

En la medida que se comparten ciertas características, en este caso sexo, rubro y condiciones de trabajo en regímenes especiales, se puede acceder a la construcción de un imaginario colectivo, que se contrasta y retroalimenta automática y linealmente en el propio ejercicio de la entrevista.

6.3 Perspectiva de análisis de la información

El análisis de la información se llevará a cabo teniendo en cuenta la propuesta metodológica planteada anteriormente, por lo tanto, es coherente con ella analizar los datos desde una perspectiva hermenéutico-interpretativa. A través de esta, es posible acceder a los aspectos simbólicos y subjetivos del dato, encaminándose a una proyección comprensiva de la vida de las mujeres temporeras de la fruta.

Atendiendo a ello, el trabajo de revisión de los datos contemplará dos fases consecutivas, una de carácter analítico y otra de carácter interpretativo que se expresan en un texto que las conjuga, entrelazando citas con análisis e interpretaciones.

En la primera parte, de carácter analítico, se trabajarán por separado los datos de cada entrevista identificando unidades parciales de sentido, tales como acontecimientos vitales significativos, relaciones interpersonales, afectos, acciones, ámbitos de acciones, etc. Estas unidades parciales se reconstruyen relacionadamente en la segunda fase, es decir consecutivamente.

Entonces, en la segunda fase, que es la de carácter interpretativo, se hará una lectura interpretativa de los datos analizados en la primera. Se tomarán las unidades identificadas reconstruyendo los discursos sobre la familia y el trabajo fundamentalmente. Aquí se interpretan, relacionan y comparan los discursos de los sujetos entrevistados, esto se va tamizando paralela y permanentemente con el marco teórico propuesto, generando con ello una imagen de conjunto posible de verter en un texto final.

Para esta investigación se utilizó el Análisis de Contenido (AC) como estrategia de análisis de información, que aunque surge en el área del Periodismo a principios del siglo XX, se fue incorporando y adaptando a las Ciencias Sociales en general, sobre todo para las aplicaciones cualitativas. El AC, según Navarro y Díaz (1995) es un método de interpretación que se centra en el carácter expresivo de las acciones humanas, entendiendo, a su vez, que los diversos modos de la expresividad humana se organizan como lenguajes. Es importante señalar que no sólo se considera el lenguaje verbal, sino también los peculiares sistemas de gestos que desarrolla cada cultura, los estilos artísticos, las formas de vestir, los espacios lúdicos, etc. Estas expresiones son el mecanismo por el que la subjetividad del agente se manifiesta - ante sí mismo y ante los demás. Las expresiones constituyen el tejido propio de la vida social.

"Las expresiones (...) pueden recopilarse, compararse, clasificarse..., con vistas a establecer su virtualidad como tales expresiones en relación con el sistema expresivo al que pertenecen. Esta tarea es la que hace suya el AC" (Navarro y Díaz, 1995:178). Como hemos visto la expresividad humana adopta distintos modos, siendo el más importante, desde el punto de vista de su capacidad para organizar la interacción social, el representado por el lenguaje verbal.

Por otro lado, si nos preguntamos a qué se refiere ese contenido al que se hace referencia en la denominación de análisis de contenido, podemos señalar que se está aludiendo en realidad, de forma un tanto paradójica, no al texto mismo, sino a algo en relación con lo cual el texto funciona, en cierto modo, como instrumento. "Desde este punto de vista, el 'contenido' de un texto no es algo que estaría localizado dentro del texto en cuanto tal, sino fuera de él, en un plano distinto en relación con el cual ese texto define y revela su sentido" (Navarro y Díaz, 1995:179).

Morris distingue tres niveles en esta disciplina: el sintáctico, el semántico y el pragmático. El nivel sintáctico implica las estructuras, formas, sonidos de los textos (verbales o escritos). La conjugación de todos estos planos en ese nivel sintáctico, constituirá la forma o superficie del texto. Por otra parte, el nivel semántico y pragmático va a considerar el sentido de ese texto, lo cual constituirá justamente el contenido. A la luz de esta distinción, el AC tendría la misión de establecer las conexiones existentes entre el nivel sintáctico de ese texto y sus referencias semánticas y pragmáticas (Citado por Navarro, Díaz, 1995: 180).

El AC puede concebirse como un conjunto de procedimientos que tienen como objetivo la producción de un meta texto analítico en el que se representa el corpus textual de manera transformada.

La técnica que utiliza el AC es la denominada codificación. La fase de análisis propiamente dicha comienza por establecer las unidades básicas de relevancia, una vez recopilados los textos, que el investigador se propone extraer del corpus. Estas unidades, que reciben el nombre de unidades de registro, que pueden ser palabras, oraciones, tendrán unas características y una amplitud que será mayor o menor según los objetivos de la investigación y el método específico de tratamiento de las mismas que se pretenden utilizar. Cada tipo de unidades de registro debe cubrir un cierto aspecto del corpus, considerado relevante en la investigación; a su vez ciertos tipos de unidades de registro pueden relacionarse, constituyendo una estructura más compleja.

Navarro y Díaz refieren que la unidad de registro más utilizada posiblemente sea la palabra- término. Esta clase de palabras suelen condensar un contenido semántico que puede resultar clave en el proceso de análisis, y por otra parte son unidades de registro claramente delimitadas y fáciles de detectar, sobre todo por medios informáticos.

No obstante, la sola detección de los ejemplares de las unidades de registro en el conjunto del corpus reportaría una información muy pobre acerca del aspecto de significado que se considera relevante. "Para que este significado se muestre realmente, es preciso que las 'unidades de registro' puedan referirse a los lugares concretos del texto en los que aparecen, con vistas a determinar sus concurrencias con otras unidades, o bien su relación con información extratextual específica acerca de sus condiciones de producción (autores, circunstancias, etc.)" (Navarro y Díaz, 1995: 193). De esta forma, una unidad de contexto es un marco interpretativo - más restringido- que el del corpus en su totalidad.

Las unidades de contexto pueden definirse siguiendo, básicamente, dos criterios: un criterio textual o un criterio extratextual. El criterio textual consiste en definir la unidad de contexto por alguna característica sintáctica, semántica o pragmática, del entorno de cada unidad de registro. En el caso más simple es posible delimitar ese entorno definiéndolo por ejemplo, como el segmento de texto delimitado por un determinado número de palabras contiguas a la unidad de registro. El segundo criterio utiliza la información del investigador acerca de las condiciones de producción del texto (edad, sexo, estudios del autor, etc.)

Una vez determinado los tipos de registro y de contexto sobre las que se van a estructurar el análisis, se pasa a la fase llamada de codificación de los datos. Esta fase consiste en la "adscripción de todas y cada una de las unidades de registro detectadas en el corpus a sus respectivas unidades de contexto. Una vez así codificadas, las unidades de registro pueden ser contabilizadas y relacionadas. Para extraer algún significado del reencuentro de unidades de registro, se hace uso de ciertas reglas de enumeración, que establece la presencia (o la ausencia)

de determinadas unidades concretas, la frecuencia de las mismas (o su frecuencia ponderada), la intensidad y la dirección con que se manifiesta" (Navarro y Díaz: 1995:194).

El siguiente paso es de la categorización, en palabras de Navarro y Díaz esta fase consiste en efectuar una clasificación de las unidades de registro- previamente codificadas e interpretadas en sus correspondientes unidades de contexto-, según las similitudes y diferencias que en ellas es posible apreciar de acuerdo con ciertos criterios. Estos criterios de clasificación pueden ser de naturaleza sintáctica (distinción entre nombres, verbos, adjetivos, etc...), semántica (distinción entre temas, áreas conceptuales, etc...) o pragmáticas (distinción entre actitudes proposicionales, formas de uso de lenguaje, etc...). Las similitudes y diferencias entre las unidades deben determinarse, en todo caso, según un criterio homogéneo. (Navarro y Díaz: 1995:194).

Así, en una fase final, se encuentra la interpretativa, en donde es posible abordar los contenidos subyacentes de las narraciones de los entrevistados.

VII LA EXPERIENCIA DE SER JÓVEN, MUJER, MADRE Y TEMPORERA.

7.1 La familia cronotopo de identidad.

Se definió anteriormente que cronotopar en la investigación nos permite dar una mirada “dinámica de lo dinámico”, en este caso la familia. Nos permite además, comprender los fenómenos contextualmente, es decir en forma sincrónica, proporcionalmente con la propia experiencia dialógica entre la realidad y el investigador. La realidad y los relatos aquí expuestos son consistentes y responden a un hoy, cuentan con una mirada de pasado y con una proyección futura que seguro, bajo otro prisma y en otro momento, contendrán nuevos elementos de caracterización.

En esta experiencia y en esta realidad, co-construida en un tiempo y en un espacio, es donde se desentrañan las identidades de sus protagonistas. Esta consideración es ideal, sobre todo considerando la edad de las entrevistadas, jóvenes que a pesar de estar asumiendo labores de adultas, se encuentran en pleno desarrollo de su identidad. Por lo tanto, el tema se aborda a través de una convivencia biográfica, en la que confluyen distintas vidas que serán entrelazadas en este documento.

La familia, así como otras instituciones sociales, es dinámica, tanto en su formación como en su funcionamiento. Los cambios que suceden en ella, son el reflejo de nuevos valores donde emergen elementos de autonomización y reivindicación de derechos individuales. Esto es sobre todo identificable al trazar una línea de tiempo de observación, comparando género y generaciones. En la actualidad, la familia comprendida desde la autoridad patriarcal ya no es tal, el hombre proveedor ha ido perdiendo su irreprochable lugar, con los consecuentes cuestionamientos identitarios y tensiones familiares que ello significa. El modelo patriarcal se ha ido transformando en un modelo inviable en la sociedad actual, en la medida que la autoridad masculina ya no es la única e incuestionable, hoy coexisten distintas formas de autoridad y de organización de las relaciones, que van dejando atrás el patriarcado. Ya constataba Durkheim, al analizar la pérdida de autoridad del padre en las familias occidentales, que la familia patriarcal había dado paso a la familia conyugal. Es decir el giro va de la relevancia de la figura paterna, hacia la relevancia de la figura familiar y hacia las relaciones afectivas de pareja.

A pesar de esta constatación, en algunas culturas pervive la autoridad masculina mucho más evidentemente (pervive, se adapta y convive con y en la familia). A sabiendas que ya no es lo mismo, el hombre pugna por mantener su lugar en la familia y la sociedad. Uno de los principales apoyos que recibe el hombre para la mantención de su rol protagónico en la sociedad, lo recibe de las mujeres. Es en este escenario donde se verifica una contradicción entre lo que las mujeres dicen y lo que hacen, pues se apropian de los discursos modernos sobre la reivindicación de derechos, se los encuentran en la escuela, en la televisión, en los grupos de base, pero pareciera ser que cuando llegan a la casa, los vuelven a

guardar en sus carteras o en un cajoncito aislado, para mantener aquel equilibrio aprendido desde siempre.

H: Por el machismo, si po' el machismo generalmente... hasta que haya una revolución de la mujer. Aunque a la mujer ahora se le respeta más, porque tiene un poco de miedo el hombre de actuar de maneras... por ponerle ser más machista o creerse machista... pero ahora se cambian más los roles...(Entrevista Grupal Hombres)

Aunque al hablar de familia, estamos ante un concepto universal, se entiende que se nutre de lo particular, he ahí el vínculo con las identidades individuales. Para hacer un poco de historia, en el mundo rural, para las generaciones mayores la hacienda y su consecuente régimen de dominación y servidumbre fue gravitante, como lo fue también para aquel campesinado independiente. La familia campesina estaba organizada considerando en primer término la autoridad del hombre mayor. Existe un tránsito histórico campesino, desde la producción, consumo y reproducción familiar hacia la producción para el mercado y el sostenimiento de la familia, considerando que por mucho tiempo esta se mantuvo como unidad campesina por excelencia, ya sea al interior de fundos o haciendas o en forma independiente. Esto también lo vivieron los inquilinos que enfrentaban una doble condición de campesinos y asalariados.

En las últimas décadas, se han dado cambios demográficos, sociales, económicos y culturales, que han tenido importantes consecuencias en las instituciones sociales tal como las conocemos o como queremos que se mantengan. Estos cambios han afectado a las familias y sus dinámicas, desde lo interno y desde lo externo. Gustos, preferencias orientaciones y oportunidades han ido entretejiéndose, pero no siempre en equilibrio o paridad. Un fenómeno sucede, se repite y se instala, luego el efecto de este genera una respuesta, social o política, que muchas veces por presentarse en forma desfasada no aporta a la comprensión y aceptación del mismo.

Sobre su familia, nos cuenta Gladis, temporera de 48 años, quien vive en San Clemente y es madre de cuatro hijos, tres mujeres y un hombre. Dos de sus hijas han sido madres adolescentes, una de ellas, Lilian, aún vive en casa de sus padres, con su hijo pequeño. Con la idea de tener el contrapunto de opiniones dentro de un mismo grupo, Lilian y su madre fueron entrevistadas para esta investigación, en la selección de una familia extendida.

“Yo también fui mamá joven, ella a veces quiere permiso, quiere salir y yo le digo que nunca salí, les digo yo también fui mamá joven y también estuve así y nadie me ayudó, yo no tenía mi mamá para salir a carretear como lo llaman ahora, yo estaba sola y sin el apoyo de mi esposo tampoco, porque es poco lo que ayudaba, al consultorio iba sola, tenía que correr en la mañanita, después correr a la casa a

buscar la guagua...y sola, en cambio ella tiene ayuda mía, tiene permiso para salir a alguna fiesta, con un amigo que tiene por ahí y yo le digo “yo no salía, me dediqué de lleno a ustedes, no le pedí ayuda a nadie, sola los cuidé a los cuatro” (Gladis)

Gladis es casada con el padre de sus cuatro hijos, con quien ha vivido desde que quedó embarazada de su primera hija hasta la actualidad, sin embargo si analizamos lo que ella dice, aparece una sobrerresponsabilidad en el cuidado de la familia, “sola los cuidé a los cuatro”. Por otra parte, cuando piensa en quién podría ser un apoyo para el cuidado de los hijos y el desarrollo de actividades recreativas, y seguramente laborales, aparece otra mujer: la madre, que dado que en su caso no actuó como apoyo, fue una falta evidente pues el padre no ayudaba.

“Si yo trabajo ella no puede trabajar, porque los niños no pueden quedar solos, y si ella trabaja yo tampoco puedo trabajar, porque tengo que yo cuidar a los niños, es la única manera porque en otro lado no tiene quien se los cuide...” (Gladis)

Jaqueline, fue quien me ayudó a conformar la red de entrevistadas para esta investigación. Ella es temporera, dirigente, madre y abuela. Su hija, madre soltera de dos niñas, tiene 20 años estudia y trabaja, por lo que Jaqueline se hace cargo de las dos nietas. Cuando no puede, porque “le sale un trabajo en el campo”, las niñas quedan al cuidado de la abuela paterna, quien no trabaja por problemas de salud. Aquí se evidencia que es un fenómeno reiterativo el de la responsabilidad de las madres para con sus hijas, pues aquí se observan dos generaciones que perviven a partir de la existencia de las mujeres en la familia, linaje que puede llegar incluso a una tercera generación: la abuela, la madre y la hija-madre. A pesar de esta constatación, para las entrevistadas el hombre es siempre una figura ausente y su presencia deseable.

“Un hijo no es malo, no porque ella haya sido jovencita, lo único que ella está sola con su hijo, y no tiene el apoyo del papá y todo eso, pero un hijo es un hijo, ella tampoco tiene la culpa, si ya está hecho, qué va a hacer uno...La mayor se casó y se fue con su esposo y están bien ellos gracias a dios, lamentablemente no todos vienen con la misma suerte, uno quisiera que todos los hijos vinieran con la misma suerte, tengan una buena oportunidad, vivan bien.” (Gladis)

Cuando el hombre, pareja o esposo, está presente, la suerte cambia. Su sola presencia basta para que la vida parezca funcionar bien, para que “vivan bien”. El fenómeno del cambio en la estructura familiar ya está, pero no parece ser asumido. Las separaciones, hijos fuera del matrimonio, abandonos, cambios de pareja, etc. son vistos como situaciones de tránsito, siempre en busca de la consecución del anhelado núcleo familiar en su más puro estado patriarcal. Es como si la realidad se empeñara en quitar el piso semántico, como si nos dejara el significado sin significante.

“Yo creo que igual es importante tener una persona, porque por ejemplo, aquí puede que no participe en una reunión, a veces no hace na’ aquí en la casa, pero cuando él está aquí es un reflejo de autoridad más que cuando una está sola” (Gladis)

En América Latina, las transformaciones demográficas, sociales y culturales, han dado lugar a nuevas formas de vida, lo que también conlleva a nuevas organizaciones de la familia. La heterogeneidad de las familias, que se verifica actualmente a todo nivel, tiene su raíz en un crecimiento económico desigual, que ha obligado a desestructurar los modelos concebidos originalmente, adaptándolos según necesidades de mercado. Los hombres y las mujeres se integran al mercado del trabajo (formal o informal), sin embargo los discursos perviven, los hombres pueden hacerlo, las mujeres deben hacerlo. La instalación en el mundo del trabajo es permanente y natural para unos, transitoria y obligada para otros.

El dinamismo de la definición de familia, se da a partir de un motor exógeno que obliga a la adaptación. Pamela tiene 26 años, convive con su pareja en forma estable, en una casa que comparten junto a sus dos hijos y en la que ella cumple las labores domésticas. Sin embargo, cuando le pregunto por su estado civil, me expone lo siguiente:

“Es que mi situación con él no es como una situación, digamos, estable así... vivimos juntos y no vivimos juntos... una cosa así. Es que por ejemplo él trabaja pa’ afuera, o a veces peleamos, y él lo que hace: se va. Se va y vuelve. Algo así, o sea, así es mi situación. O sea, igual en ese sentido tener dos hijos con él en cuanto papá de los niños nunca he tenido ningún problema, en ese sentido es súper preocupado como papá, no tengo nada que decir” (Pamela)

En los complejos tradicionales⁷, según exponen Valdés y Araujo, existe una tendencia por dar por sentadas las cosas, los argumentos radican en “lo dado”. Esto es así por tradición o prescripción de algún discurso sancionado socialmente en el que se deposita autoridad del saber ser y hacer, generalmente la iglesia.

Sucede esto con aspectos muy personales, pero que a la vez se convierten en espacios de sanción pública

- El cuerpo (sometido a la voluntad de fuerzas más allá de uno mismo): la maternidad es expresión de una voluntad superior, independiente de la

⁷ Las autoras citadas proponen una línea base desde la cual se observan estos cambios. Le denominan “complejo tradicional”, donde se usará “complejo, menos en el sentido de unidad y más, en el de una serie compleja de elementos que se presentan en una cierta relación estructural que los identifica. De esta manera, entendemos por complejo tradicional a una serie de representaciones y prácticas diversas, pero que tienen como característica común responder a un modo particular de organización del vínculo social: un vínculo prescrito por una discursividad que suele identificarse como premoderna.” (Valdés y Araujo, 1999: 129)

existencia de instancias asociadas a la modernidad (institución hospitalaria).

- La sexualidad (deber conyugal): el cuerpo vinculado a las ideas de deber, obligación y sanción (el cuerpo femenino cumple, el cuerpo masculino debe mostrarse como potente).
- Modos de organización de las relaciones al interior de la unidad doméstica: la autoridad masculina es natural. El hombre se encarga de la provisión y del mantenimiento del honor familiar. Respeto y autoridad, ligados a lo masculino. Las mujeres están ligadas a la reproducción (de mano de obra y labores domésticas asociadas a la manutención familiar).
- Territorialidad: esto en cuando a la construcción y adjudicación de los espacios (afuera/masculino, adentro/femenino). La geografía que se configura hace que aun habiendo traslados o traslapes de unos y otras, a nivel representacional, siguen manteniendo sus características de proveedor o reproductor (mujer sale, pero sus tareas se mantienen al nivel de la subordinación o reproducción y viceversa). (Valdés y Araujo, 1999: 129)

Es así que los hombres, cuando trabajan, se ausentan por “derecho propio”. Ellos pueden asumir labores externas, desarrollar actividades sociales, planificar estudios o traslados momentáneos.

“Es que el trabajo de él es esporádico; puede estar tres meses trabajando en una empresa y después está un mes cesante y en ese mes que está cesante se va a trabajar al campo, es así, o en lo que venga” (Pamela)

Sin embargo las mujeres, se encuentran atadas a su familia y lugar de origen, también por “derecho propio”. Sus ausencias son por extrema necesidad, por espacios de tiempo definidos y siempre bajo una lógica de la “situación momentánea”, pues si de ellas dependiera, no “saldrían de la casa”. En los casos que han tenido que migrar, por temas laborales o de estudios, ha sido casi una condena, por lo que en la mayoría de los casos el retorno es inminente y el espacio-tiempo durante el que se ausentaron, no queda como una experiencia o un aprendizaje. A Gladis le ofrecieron un trabajo en casa particular, el cual no aceptó por las características del mismo:

“En todo caso yo no trabajo en ninguna casa limpiando puertas adentro, aparte a mi esposo no me deja hacer eso, incluso ya me había dicho que yo no fuera a irme para allá, porque esto quedaría en San Jorge, para adentro pa’ allá, es lejos” (Gladis)

La familia nuclear, como la conocemos en su definición más pura, hoy no es más que uno de tantos modelos, es una realidad más y muchas veces una imagen que se construye con retazos del pasado y del presente, un cronotopo para comprender por qué insistimos en culpar y culparnos del derrumbe de un concepto ordenador. Familia es familia, pero debemos valernos de la cronotipicidad para

poder entender que esta se desarrolla en un tiempo y un lugar, con formas y características particulares.

Al consultar sobre en quién recae la responsabilidad de que la familia se mantenga, en su estructura formal, Pamela me dice:

“La mujer, yo creo que es la mujer... Porque la mujer es la que está en la casa po’, es como la que la lleva, es que la mujer siempre va a intentar de que todo trate de salir bien, si uno lo hace es para que sea un bien de todos en común en lo familiar”

Ya... y cuando hay trabajo, cuando vas a trabajar ¿crees que está más expuesta la familia a problemas?

“Sí, porque como que se desorganiza toda la casa, si po’ eso pasa, por ejemplo yo gracias a dios no tengo la necesidad muy grande de trabajar, no, o sea si tengo pero básicas” (Pamela)

Geraldine, tiene 18 años. Convive con su pareja, con quien tiene una hija de tres años. Viven en la casa del padre de su conviviente, pero están instalados en una pieza independiente que hace las veces de cocina-estar-comedor-dormitorio. Aquí desarrolla su vida de pareja y la crianza, allí conocí a su pareja y a su pequeña, en un espacio que esperan sea transitorio, pero por el que deambula su cotidiano hacer familia, con lo dulce y lo agraz de volver del trabajo y tener que reconstruir ese espacio que simboliza su hogar.

“Todas las tardes llego a ordenar; están las camas desordenadas, la loza cochina, llego a hacer todo, igual no me demoro nada, como es chica la pieza aquí no me demoro nada... estamos esperando que nos salga la casa, estamos esperando todavía” (Geraldine)

Cuando le pregunto qué es la familia para ella y de quién es la responsabilidad de su mantención, me dice:

“Mi hija. Mi hija es más que nada la familia porque es lo único que a uno le va quedando... Yo creo que es la mujer más que nada la que se preocupa de eso de mantener la familia, porque más que nada es el hombre el que siempre trabaja, siempre está afuera y la mujer es la que se queda en la casa y tiene que mantener todo, sino se va quebrando la relación de familia de a poco” (Geraldine)

Lilian, que vive con sus padres y sus hermanos señala algo similar, pues, una vez que tienen hijos, comienzan pensar en una familia compuesta por su descendencia, más que por quienes conforman su ascendencia.

“Para mí, mi familia soy yo y mis hijos, después vienen los otros pero mi familia directa soy yo y mis hijos. Para que la familia se mantenga hay que tener afecto para sacarlos adelante más que nada”

Es absolutamente compartido, por todas las entrevistadas y entrevistados, que la responsabilidad de la mantención de la familia es de las mujeres, incluso cuando éstas trabajan en horarios y lugares similares a los que de sus parejas. Si algún miembro de la familia tiene problemas, la “culpa” es de la mujer, sin mediar discusión. Esto se ve reforzado a la hora de evaluar la presencia de éstas en el trabajo, en ese contexto se producen celos, enojos porque la casa está desordenada, desconfianza y sobre todo molestia por que ellas trabajan, no existe ningún caso en que la opinión positiva del trabajo de la mujer, ni siquiera al hacer una evaluación económica a partir del aporte de dinero que ello significa.

“El descuido de los niños, los han dejado solos y ahí se ha visto que hay hartos niños que tienen problemas, es que no tienen quien cuidarlos tampoco...y ahí suceden los problemas también...”(Entrevista Grupal Hombres)

Paralelamente, como hemos visto, las temporeras cumplen sus labores en casa con la misma carga de responsabilidades que si no trabajaran, lo que las tensiona asignándoles una doble carga de trabajo. Al preguntarles por el apoyo de los maridos o parejas en estas labores, comentan:

“No, en la casa pocazo, poco, incluso el otro sábado por que el estuvo aquí la otra semana, le dije yo le hable de esto, y ahí yo algo le dije y él me dijo; “bueno yo trabajo”, “y yo también” le dije yo... él dice que él trabaja y que trae la plata y yo le digo, “también trabajo y también apporto” y yo igual tengo que llegar hacer las cosas, pero no, él no hace nada” (Gladis)

“Es como relativo... yo estoy trabajando y el no está trabajando; él a mi me ayuda; siempre los va a dejar y si puede tender la cama el siempre lo hace o como a veces tampoco la hace, es como relativo, no es una rutina, el no toma la iniciativa... y yo tampoco lo obligo... así que eso...” (Pamela)

Es necesario relevar aquí, la presencia de una importante contradicción para las jóvenes entrevistadas, lo que a modo de corolario será abordado como una paradoja identitaria. Al preguntarles si son dueñas de casa o trabajadoras, se definen como dueñas de casa. Al preguntarles si les gusta trabajar, en general dicen que sí, no sólo por lo económico sino también como un elemento de valoración y distracción. Terminar los estudios, es un deseo siempre presente, para poder “trabajar en otra cosa”, dicen. Pero si se les pregunta que preferirían, de tener estabilidad económica, no dudan en señalar que les gustaría estar en la casa, con los niños.

“Yo creo que preferiría igual trabajar porque uno se distrae harto, se dedica a trabajar y se despeja un poco, no está tan preocupada de que esto falta en la casa, de que eso así que esto asá... Este año voy a

trabajar en la temporada y ya este otro año seguir mis estudios para buscar una pega más estable, eso es lo que quiero yo” (Geraldine)

Entonces, deambulan sin proyección cierta, entre una valoración inestable de lo que es el trabajo y lo que es “quedarse” en la casa. En lo que se refiere al trabajo, existe sin duda un elemento a sopesar para entender el compromiso que se establece con este ámbito y esto tiene que ver con las condiciones laborales (sobre todo para las temporeras), que no son en ningún caso las adecuadas. Esto se reafirma con el escaso apoyo de la familia en la inserción de las jóvenes al mundo laboral. Se les induce a trabajar, en la medida que es necesario su aporte monetario, pero se les desincentiva con discursos de familia que no conciben la equidad entre los sexos.

“Me gustaría que mi pareja me apoye no más, que no sea tan desconfiado porque es el más desconfiado del mundo...celoso, desconfía de uno y yo por lo menos no... trabajan mujeres y hombres donde trabajo.” (Geraldine)

Valdés y Araujo exponen que los sistemas de representaciones simbólicas que conforman las culturas (y las identidades) son los resultantes de modos específicos de apropiarse la naturaleza, de ubicarse en ella y de relacionarse con ella. La incorporación de mujeres al trabajo asalariado se caracteriza por una serie de situaciones que refuerzan los cambios sociales y culturales en este escenario específico: *“el contacto de mujeres de origen rural con mujeres urbanas; el contacto entre varias generaciones de mujeres; la llegada de hombres jóvenes urbanos a localidades rurales y la interacción de éstos con jóvenes temporeras de origen campesino y cambios en las conductas sexuales de los jóvenes de ambos sexos; la feminización de los espacios laborales en verano y la erotización de las relaciones de trabajo por las mujeres como respuesta al asedio sexual masculino; la autopercepción de las temporeras como “profesionales de la fruta” dada su inserción, año a año, en las actividades frutícolas”* (Valdés y Araujo, 199: 119-120). Esto sin duda ha permeado hacia el interior de los hogares, con diversas consecuencias, tal como se observa en la cita anterior.

En el transcurso de este capítulo, se ha podido constatar que, efectivamente estamos ante un abanico de relaciones y familias, cual cronotopo entran en nuestra experiencia para su comprensión, tomando formas comprensibles para nosotros, pero que deben alinearse para ser comprendidas más ampliamente. Si las distintas formas de familia ya integran nuestro universo experiencial, se convierten entonces en señales, en signos visibles y audibles. La cronotipicidad planteada, es decir la instalación de un fenómeno de la realidad temporoespacialmente, nos sitúa en un campo de análisis concreto.

En la retórica concreción de la definición de familia, se encuentra el desafío. Los discursos “situados” de los entrevistados/as imponen retos objetivos a las políticas públicas dirigidas hacia las mujeres, familia y trabajo, es decir los planes y

programas deben actualizarse y contextualizarse. Más adelante abordaremos este desafío, para instalarlo como parte de las conclusiones de esta tesis.

7.2 La transmisión del saber-hacer.

En general las jóvenes temporeras han aprendido su trabajo observando, acompañando e imitando. El modelo, en este caso, son las madres, que desde muy pequeñas las llevan como compañeras de labor. Algunas veces por insistencia de las propias niñas, otras veces para tener otras manos que aporten a la eficiencia de la labor y en algunos casos por no tener dónde dejarlas, por no contar con un espacio de cuidados confiable para sus hijas.

“Mi mama salía a trabajar, y ahí yo también salía de repente a trabajar con ella, agarraba porotos cuando era más chica, pero no era mucho tampoco y después me fui acostumbrando e iba sola a trabajar po”
(Entrevista Grupal)

De los relatos recogidos, se extrae que el inicio laboral es en promedio a los 10 años y la mayoría de las veces comienza como un juego, las hijas se convierten en compañeras de viaje, dadas las extensas jornadas durante las que sus madres debían ausentarse y las distancias que para ello debían recorrer.

“No sé cuando, pero era chica igual, es que mi mamá salía a trabajar en el campo, a la amarra del poroto, cosas así, yo siempre la molestaba que quería ir, que quería ir y se levantaban a las cuatro de la mañana, cuatro y media de la mañana para salir y mi mamá me decía”.
(Lilian)

Con el tiempo las niñas van perfeccionando la técnica e inician un camino laboral independiente al de sus madres. Aunque esto no siempre es por una decisión autónoma, sino que también tiene que ver con el inicio de la vida conyugal o de la maternidad, es el momento en que salir a trabajar deja de ser una opción y se torna una obligación o una necesidad.

“Si yo empecé a trabajar antes de los trece años, a los trece años fue cuando dejé de ir al colegio y ya no quise seguir estudiando y ahí empecé a tomar el trabajo para vivir... pero antes siempre salí a trabajar con mi mamá; fui a los porotos, fui a los tomates...” (Pamela)

Al inicio, es la madre la que comparte su ganancia con la hija, le da una propina o le paga por lo logrado, una vez que “le toman el gusto” a ganar su propia plata, comienzan a buscar sus propios espacios laborales, a especializarse y, en la medida que viven en el hogar de sus padres, pueden invertir sus ganancias en “gustos” como ropa, colonias o salir. Poco a poco, las ganancias, aunque mínimas, se convierten en un atractivo adicional. *“Acá hay un aprendizaje, que fui mirando las primeras veces, fue muy raro... fue raro y después no me ganaba nadie po”* (Entrevista Grupal). Esto ocasiona en muchos casos el distanciamiento de la

escuela o la sensación momentánea de independencia que las anima a salir de sus casas, tomando decisiones que marcaran su futuro. Entonces se internan en un espacio que distorsiona los énfasis marcando la importancia en el consumo, en corto plazo, por sobre la educación, que a la larga podría proporcionar herramientas para “consumir” pero que requiere de una inversión mayor.

“Llegué hasta octavo, porque me puse a trabajar, a ganar mis monedas y después ya no quise seguir estudiando; mi mamá y mi papá querían que yo siguiera estudiando y yo no quise, yo tenía mis necesidades básicas como toda Lola y no me las podían dar todas mis viejos, entonces por eso tenía que salir a trabajar, y salí a los trece años a trabajar, chiquitita, y después estuve un año trabajando en Santiago” (Pamela)

El trabajo temporal en el campo las dota de una imagen de seguridad y autosuficiencia que apoya sus decisiones y distorsiona personalidades. Sin embargo, a la larga, esta seguridad se diluye en la realidad. Lo que parecía un piso de independencia se hace insuficiente y el futuro promisorio se convierte en una vida tensionada entre lo que pudo ser y lo que es.

“Supongámosle salí en octubre del colegio, después terminé como alumna libre, de ahí me puse a trabajar en el campo; después llegó marzo y abril y me fui a trabajar a Santiago y ahí estuve trabajando más o menos hasta septiembre, una cosa así, y de ahí me vine para acá otra vez, porque pretendía yo seguir mis estudios y... no po’; seguí trabajando en el campo, seguí trabajando y me puse con la idea de juntar plata porque yo quería postular a Gendarmería y logré juntarla pero no cumplí, no cumplí lo que quería, no me acuerdo por qué no lo hice pero no pude seguir con mis estudios” (Pamela)

Otro es el panorama cuando tienen hijos, pues sus ganancias deben repartirse entre quien los cuida (para que puedan trabajar) y en las necesidades de los niños. En tales casos, el resto que queda para sí mismas es marginal, si no, nulo pues sumando y restando no hay ganancias. El acto está más bien asociado a cambiar tareas del hogar por tareas remuneradas, pero sin rédito económico. Esta situación se verifica tanto para las jóvenes que viven con sus padres como para las que han dejado el hogar y viven con un conviviente o esposo.

“Es que para vivir de pareja económicamente bien, más o menos, hay que trabajar los dos, mi marido también trabaja, entonces la obligación es de que se necesita para vivir más o menos” (Entrevista Grupal Mujeres)

El marido de Gladis trabaja en Santiago, en régimen 10X5 y es, según ella, “quien deja la plata para pagar las deudas e incluso le deja para el chaqueo del día”. Al consultarle por la plata que ella gana, es para “ayudar un poco en la casa y para comprar cosas que de repente faltan”. Estas dos visiones sobre el aporte de cada

uno a la casa, demuestran el lugar que se otorga a la labor de cada uno y a la ganancia que de ello se genera. Evidentemente, el imaginario instala que es el marido el sostén de la casa, aunque esté ausente y la plata igual no alcance.

“... yo trato de ni siquiera la plata mía ocuparla en cosas, porque eso mismo yo conversaba con la Hilda, que fui a una reunión de ella, y le decía yo; que me moría de ganas de tomarme un helado, de pasarme a servir un completo, un poco de pollo con papitas, y por no dejar otras cosas de la casa no lo puedo hacer” (Gladis)

El modelo de la mujer trabajadora e independiente, que muestran los medios de comunicación, pugna con el de la mujer ama de casa dependiente, sin importar cuál sea el rol económico o de sostén que ésta aporte al hogar. Esto se verifica en distintos discursos, por ejemplo, a pesar de ser las madres las transmisoras de un modelo de mujer trabajadora, las jóvenes entrevistadas, pondrán en valor, siempre en primer lugar el trabajo de los padres o los esposos, incluso por sobre sus propios esfuerzos. Cuando se les pregunta por sus referentes o a quién admiran, no dudan en nombrar a sus papás, a pesar que muchos fueron golpeadores y en gran medida ausentes. Luego, aparecen las madres, siempre definidas desde los afectos son cariñosas, preocupadas, esforzadas, pero en general no son caracterizadas por su trabajo, aún cuando son los modelos iniciáticos en el rubro.

“[Yo admiro] a mi papá más que nada de la familia, porque él desde que yo era guagüita se fue a trabajar para afuera para mantener la casa, y hasta el día de hoy trabaja para afuera, el ha hecho hartos esfuerzos y... igual dice que él quiere salirse porque quiere conocer a su nieta, porque adonde no nos vio crecer a nosotros quiere conocer a su nieta, verla crecer...” (Geraldine)

Esto no es más que el imperativo de la buena madre, ella cumple con lo que debe cumplir esforzada y afectiva, para dar paso natural al modelo del padre que lo da todo por la familia.

7.3 El trabajo

Al hablar del trabajo, se parte de la constatación que éste no es sólo el remunerado, también lo son las labores denominadas domésticas. En nuestra sociedad, no hace mucho tiempo se reconoce que este tipo de labor también es fundamental pues asegura el funcionamiento y la reproducción social, anteriormente se le consideraba como una tarea de segundo orden, que formaba parte de las obligaciones que debía desarrollar el sexo femenino, depositario de esta responsabilidad en forma naturalizada. De este modo, el trabajo doméstico fue, y en cierto modo es, un elemento que marca la identidad de hombres y mujeres, situándolos en lugares específicos dentro de la familia, en su comunidad, en su país, en el mundo.

Para el caso de las mujeres, aún pesan etiquetas tales como “la buena ama de casa” o “la buena madre”, pesan como modelos a seguir e incluso, se puede encontrar que se convierten en algunos casos en ideal de vida. Se agudiza el problema, cuando la responsabilidad o carga, se convierte en exigencia social, deseo de los hombres y obsesión de las mujeres, en estos casos estas etiquetas se convierten más bien en estigmas identitarios. He aquí una forma de tensión, pues si no se cumple con estos ideales o idearios de lo que debe hacer la mujer en la sociedad, si por el contrario, la mujer sale de casa, busca trabajo y además le gusta, el orden identitario existente hasta el momento se diluye y genera conflicto, tanto en la definición de quiénes somos como en la comprensión de ello. Durante las entrevistas se les preguntó qué son ellas ¿amas de casa o trabajadoras?

“1 Las dos cosas

12 Es que es difícil identificarse porque estamos ahí como al medio de las dos, como mujer no te queda tiempo como mujer, tiempo pa’ti, no te queda ni tiempo para bañarte tranquila

13 [Estar] En la casa... te estresa mucho estar en la casa, tal vez por el hecho de que los niños son muy inquietos yo prefiero estar trabajando... no para estar lejos de mis hijos, no

14 Pero a lo mejor si tuvieras tu marido en la casa y tuvieras tu propia casa, tus propias cosas sería diferente

15 ¡No!, ahí está mal ella porque yo tuve mi marido; él me tenía todo en la casa, nada que decir, pero a mí no me gustó eso de tener que decirle siempre “Oye, préstame tres lucas para comprar este cosito, o préstame lo que me falta pa’ comprar mis cigarritos”, entonces en vez de estar mirándole la cara ¿por qué no salgo mejor a trabajar? Así que eso del marido no, no tiene nada que ver

16 Yo también, pero si a mí me dieran a elegir diría que un trabajo, pero un trabajo bien remunerado porque aquí por la mitad del sueldo... o sea, yo quiero a mi casa, me gusta estar en mi casa, me gustaría tener un taller ahí.” (Entrevista Grupal Mujeres, opinan 6 informantes)

Entonces la construcción de identidad, según lugar que se ocupa en la sociedad, se convierte en un dato distorsionador. No soy lo que hago, no hago lo que soy. A estas mujeres, en general les gusta hacer lo que hacen, fundamentalmente les gusta trabajar fuera de la casa, aunque cabe mencionar, siempre podría ser mejor el lugar en el que se desempeñan (sobre todo si pensamos en las condiciones en las que trabajan las temporeras). Hacen su trabajo remunerado con mucho esfuerzo, e incluso ganas, aunque ello a la larga signifique mayor carga de trabajo.

“Hay que hacer aseo, hay que bañarse, hay que volver a hacer la comida para el otro día, hay que dejar un poquito más ordenado, lavar la ropa de los niños, igual uno tiene su trabajo en el campo, y más encima después tiene su trabajo en la casa” (Entrevista Grupal Mujeres)

Es como una pugna constante entre el deber ser y lo que se es. Los medios de comunicación muestran a una mujer en casa, incluso hay personas (autoridades morales y políticas) que propugnan los beneficios de ello, sin embargo la realidad hace necesario que ellas aporten económicamente al hogar. Entonces, se contradicen permanentemente al tratar de definir su lugar en el mundo, pues en el fondo de su imaginario está ese bálsamo, aquella imagen que se ve allá a lo lejos, que dice que en el hogar está el lugar dado, el idílico espacio para hacer lo que me corresponde sin problemas económicos y con tranquilidad. Surge esa frase que dice “yo no necesito trabajar” y que está ligada meramente a lo económico, como si trabajar es sólo por necesidad y no por querer.

“No me gustaría trabajar, me gustaría tener un ingreso en mi casa para dedicarme solamente a los hijos, porque las mamás hacen falta mucho en la casa... para poder dedicarme a ellos y que ellos tengan todo el apoyo mío cuando lo necesiten, no pedir apoyo en otras personas cuando te necesiten” (Lilian)

Por otra parte, los hombres reafirman que el aporte de la mujer es secundario, por lo tanto menos se pone en valor el trabajo femenino. *“No se observan condiciones para que en el campo se constituya el padre proveedor exclusivo. Sin embargo, y pese a ello, los patrones simbólicos del hogar continúan fijos (las mujeres “ayudan” mientras los hombres “trabajan”), sin que logren romperse los modelos culturales heredados de la hacienda, independientemente de los cambios que se producen en la estructura social”* (Valdés, 2007: 242). Entonces al preguntar si prefieren que la mujer esté en la casa, coinciden inmediatamente.

“H1: Porque no es todo el año que trabaja la mujer así po, son dos meses que trabaja la mujer

H2: Mi mujer también trabajaba antes, pero ahora que está enferma... siempre trabajaba de temporera también, y ahora no puede por su enfermedad... y es un aporte para uno porque puede comprar cositas para la casa” (Entrevista Grupal Hombres)

Cuando las mujeres trabajan, buscan de alguna manera la aprobación si no explícita, por lo menos implícita del hombre. Cuando esto ocurre, es generalmente porque se piensa que el trabajo fuera del hogar será momentáneo, algo esporádico. Los hombres “aprueban” que trabajen, pero comparten en forma generalizada que la mujer aporta más estando en la casa, es decir, trabajando sin remuneración. Vemos como, en cualquier caso, el trabajo es un aspecto ineludible, pues aunque no reciban aporte económico por ello, las mujeres trabajan siempre.

Cuando el trabajo es en la temporada, los momentos de esparcimiento o descanso, los días libres que podrían significar los fines de semana, no existen. Aunque incorporadas en el lenguaje habitual, estas palabras están vacías en cuanto a representación en la realidad cotidiana. Vacaciones, días libres, fin de semana, son espacios consagrados a la familia, pero no a la distracción con la

familia, sino más bien a ponerse al día con las tareas que no se pudieron desarrollar mientras se estaba en el trabajo.

“En la semana se hacen horas para no trabajar el día sábado, yo trabajo hasta más tarde de lunes a viernes para el sábado y domingo estar libre

Entrevistadora: Ya, ¿y el sábado y domingo que hacen?

T: Trabajamos en la casa

T: Aquí la mujer temporera no tiene descanso; esa es la realidad; no es como el hombre que trabaja de lunes a viernes y el sábado y domingo se las tira en la casa... ¡pero si es verdad po’!... ¡Si ellos se las llevan pelás po’!” (Entrevista Grupal Mujeres)

A diferencia de los hombres, que trabajan igualmente duro en el campo, ellas además atenderán de su familia (maridos o parejas e hijos) en forma obligatoria. Ellos en cambio ayudan en la casa como un caso anecdótico, pues en realidad “no les corresponde”. Si llevan a los hijos al jardín o ayudan en algún encargo u otro quehacer del hogar, es una ayuda “entre comillas”, porque no es su responsabilidad. Entonces pueden hacerlo o no, hacerlo y dejar de hacerlo y nadie cobrará por ello.

“Entrevistadora: Sobre la distribución de tareas en la casa ¿qué hacen los hombres?

T: Nada... es que no saca nada uno con... plantear eso en la casa... ¡Es como estar pelando a un gato! ¡¿Cuándo po’?!... es que no es así po’, de repente por ejemplo a mí mi esposo me ayuda, bien poco pero me ayuda, ¡pero después uno anda limpiando lo mismo pero de nuevo po’!” (Entrevista Grupal Mujeres)

Queda demostrado con las respuestas de los hombres, que opinan sobre lo mismo, ¿qué hacen ustedes en la casa? Les pregunto:

“Yo salgo a trabajar y después llego y aquí la mujer lava, cuida los hijos... los dos tienen un rol importante en la familia” (Entrevista Grupal Hombres)

Avanzando en los roles, en la entrevista grupal de mujeres surgieron dos opiniones que cabe mencionar. En las pocas ocasiones en que aparece el yo, es cuando una de las entrevistadas habla sobre “El tiempo como mujer”, muy vinculado al tema de los tiempos libres, que es escaso o inexistente, ni para bañarte alcanza dice una de las entrevistadas. Esto se verifica también al escuchar en qué gastan sus ganancias, son contadas las veces en que destinan plata para “darse un gusto”, lo que le hace ir acumulando rabia y frustración. En el campo nadie se preocupa de los horarios de comida, de seguridad o de descanso, el límite lo ponen ellas mismas y según eso ganan más plata (trabajo a trato); en la casa nadie se preocupa si están cansadas o comieron. Entonces, se

desenvuelven en un círculo en el que nadie se preocupa por sus tiempos personales y no son ellas quienes los hacen valer, pues las consecuencias son perder el trabajo o perder al marido, según corresponda. Lilian, no tiene pareja actualmente, sus padres le dicen que se busque un hombre que sea correcto, para que se case con él, que la quiera y que quiera a sus dos hijos, sin embargo ella dice:

“...de repente igual me dicen “búscate una pareja”... y no es que uno quiera o no quiera, de repente no alcanza el tiempo pa’ preocuparse de una pareja, para uno primero están los hijos po’ entonces primero los hijos, segundo los hijos, tercero los hijos, después el trabajo, uno y...no queda tiempo pa’ buscar pareja po’” (Lilian)

Otro tema tiene que ver con la denominada flexibilización del trabajo. Cuando una de las entrevistadas dice que para poder seguir trabajando, lo ideal sería tener un taller en la casa. En ese caso se muestra claramente la tensión, pues ella opinaba que elegiría el trabajo, pero que a la vez le gusta estar en su casa. Entonces quiere trabajar, necesita trabajar. Esta es una de las alternativas por las que optan muchas mujeres que buscan conciliar las labores del hogar con el trabajo remunerado, esto es el trabajo a domicilio.

Dado que la labor de temporeras está concentrada estacionalmente (primavera y verano), las jornadas laborales femeninas se concentran en seis meses (temporeras). Para algunos, esto permite la unidad familiar pues las mujeres no consideran la época de invierno como desempleo, pues es el período en el que desarrollan el papel de dueñas de casa o estudiantes (según edad). “...fuerza de trabajo que se autocalifica como secundaria, a pesar de jugar un papel económico central en la supervivencia familiar” (Valdés y Araujo, 1999:111). Ellas han trabajado desde niñas en la temporada, sin embargo, por no “dar vuelta el año”, es decir por no mantener el trabajo durante todo el año (dadas las características del mismo), consideran que “no trabajan”, sino más bien han trabajado como algo circunstancial. En el mismo caso, pero para los hombres, la percepción es de que ellos trabajan, pero están cesantes. Una de las entrevistadas, decía que ella nunca había trabajado, que ahora recién había empezado a trabajar porque sus hijas están más grandes. Sin embargo, todo su relato de vida, está marcado por entradas y salidas al mundo del trabajo. Ya sea como trabajadora de casa particular, ayudando a su madre en la temporada o ya de lleno como temporera. Independiente de aquello, su discurso es de familia. De madre y esposa.

“También salía con mi mamá a trabajar, mi mamá también es temporera... y toda la familia trabaja, y después salía con amigas a trabajar... en el maíz, en la manzana, en los porotos en los olivos también... llevo en hartas partes trabajando” (Entrevista Grupal Mujeres)

Para que las mujeres puedan trabajar se genera una especie de círculo vicioso, la denominada cultura del cuidado, que tiene que ver con las condiciones que se

tienen que dar para que la mujer desempeñe labores fuera del hogar. Si hay hijos, es muy difícil poder desplazarse a trabajar al campo, considerando las distancias y las jornadas. Por lo tanto, si no existe alguien, una mujer, en la familia que pueda reemplazarlas en sus labores de cuidado de los niños, es muy difícil que puedan desarrollar labores remuneradas. En los casos en que se debe pagar a “otras” para poder trabajar, la conveniencia se vuelve casi cero. El bien que se está transando en este caso es el mismo, cuidados por cuidados. Es como veíamos anteriormente, en estos casos, en que el rédito económico es casi nulo, la ganancia se convierte en simbólica. Trabajar es distracción, es vida social, es una herramienta de desarrollo y de construcción de identidad.

“Ahora desde que tuve a mi hijo es poco lo que trabajo, por el tema complicado de ellos ¿Quién me los ve? He podido trabajar en el maíz... ¿Quién me los cuida mientras yo trabajo? porque la plata que uno gana ahí, tengo que pagarles a las personas a quien les deja el cuidado de sus hijos entonces, es poco lo que he podido trabajar de que tuve a mi hijo pero, antes trabajaba siempre en el campo”
(Entrevista Grupal)

El cuidado infantil es el mayor escollo que enfrentan estas mujeres, pues en sus lugares de trabajo no existen espacios asignados a ello, por lo que deben recurrir a redes parentales para suplir su ausencia (mujeres de la familia o barrio que suplen a mujeres que trabajan remuneradamente). Existe un programa denominado Programa de Atención a Hijos de Temporeras, el cual no tiene cobertura suficiente y se instala en espacios urbanos. Por lo tanto la alternativa más viable es la de conformar redes de cuidado al interior de la familia o barrio.

“Si yo trabajo mi hermana no puede trabajar, por mi sobrina, estamos viviendo yo, mi hermana, mi sobrina y mi hija, las cuatro, somos cuatro en total en la casa, con la guagua chica de mi hermana, trabaja una o trabaja la otra, ella se va a trabajar a Santiago...” (Entrevista Grupal)

Es tan así, que cuando parece que la mujer accede justamente al empleo, se enfrenta en el país un proceso de devaluación del trabajo: flexibilización, desregulación, racionalización de la empresa, rol difuso del Estado; esta situación la resitúa en un espacio tensionado entre lo público y lo privado, pues el valor-trabajo está en crisis y salir del hogar, no siempre es un garante de aporte a la superación de la pobreza. Esta mirada debe poner “de relieve el problema de la vulnerabilidad social, en tanto retrata bien esta situación que está a medio camino entre integración y exclusión social, de la cual son testigos, las temporeras. (Valdés y Araujo, 1999: 124)

“O sea en general el mayor problema que enfrentamos pa’ poder ir a trabajar es los niños, entonces ahí uno recurre a familiares o a alguien que pueda y uno le paga por ejemplo dos lucas, o tres lucas el día pa’ que no se, los cuide sino ¿Cómo? No sale a cuenta tampoco, claro porque a veces, claro al menos yo, por la chiquitita pagaba dos lucas, y

me la iban a dejar al jardín y me la retiraban en la tarde, y al final estaba ganando siete lucas al día entonces después sacaba la cuenta y decía “no po’ esta ganado más la persona que me está cobrando”, que a pesar que mi hija está todo el día en el jardín po’, entonces solamente el hecho de que ella me la fuera a dejar al jardín y después que la fuera a buscar, estaba pagando luca porque me la fuera a dejar y a buscar, entonces tuve que ver por otro lado, hacia un tanto mensual y ahí me salía más a cuenta” (Entrevista Grupal)

Ser buena ama de casa, es un referente tan anclado en el imaginario de las mujeres, que es algo que se reproduce en los lugares en los que se desenvuelven. Por esta razón, nos encontramos con la reproducción o emulación del hogar o de las relaciones de familia en todos aquellos otros espacios que ocupan en la sociedad, buen ejemplo de ello es la lógica que se da sus lugares de trabajo o de esparcimiento. En estos, construyen micro entornos donde cuidan de sus pares varones y reproducen automáticamente los roles que han desarrollado siempre al interior de la familia. Así mismo, los hombres permiten que esto suceda, no percibiendo ningún tipo de tensión en ello, muy por el contrario esto es parte de una lógica de relación que no se rompe, pues se vive en el hogar y se mantiene en el trabajo. El hombre, y los niños, mantienen permanentemente el estatus de protegidos y atendidos. Las mujeres, cuidadoras por excelencia son las que proveen elementos físicos y simbólicos que son fundamentales para el desarrollo de la sociedad, brindan la protección y la seguridad, en lo privado y por extensión, en lo público.

Cuando se pregunta por qué trabajan y más específicamente por qué trabajan cómo temporeras las entrevistadas generalmente aluden a parámetros más bien estrechos, pues sus puntos de comparación son únicamente labores dependientes, de baja remuneración y preparación informal (esto es distinto cuando hablamos de las proyecciones o sueños, como se verá más adelante). Es el caso del trabajo en casa particular, que emerge como la alternativa más recurrente a la hora de pensar en hacer otra cosa. Sin embargo, al evaluar o valorar ambas labores, sin duda, prefieren la “independencia” que les da el trabajo como temporeras.

“Pero igual uno gana más en el campo, que en las casas particulares, por ser aquí pagan muy poco en las casas particulares, por ser aquí pueden pagar \$50.000 o \$40.000 medio día o el día entero en una casa particular y en el campo uno puede ganar mucho más, por eso yo trabajo en el campo” (Entrevista Grupal)

Algunas de ellas, y también sus madres, han probado el trabajo en casa particular y en todos los casos, han retomado el trabajo en el campo. En el primer caso sienten que trabajan más, que tienen que hacer de todo, que no hay límites y que luego deben realizar las mismas labores en sus propias casas. “...porque la mujer hace todo en la casa, la mujer es la que cocina, la que lava, la que ordena, entonces si no está la mujer en la casa, la casa como se dice esta...patas pa’

arriba” (Lilian). Considerando esto, el trabajo en el campo las saca de sus quehaceres domésticos acostumbrados y por ende, es preferible.

Las labores en el hogar y, según veíamos en el párrafo anterior, el trabajo en casa particular conlleva una carga muy pesada para las mujeres, lo que se ve expresado claramente en la siguiente cita *“El problema del trabajo doméstico es que es invisible, fluido y elástico. Es un trabajo físico, que pone en juego el cuerpo, es poco calificado y poco mecanizado a pesar de los cambios contemporáneos. El trazo, la pala, la escoba...siguen siendo los instrumentos preferidos. Parece intacto desde el origen de los tiempos...y, sin embargo, cambia en sus prácticas y en sus agentes”* (Perrot, 2008:145)

Las tareas domésticas son desarrolladas siempre, o casi siempre, por mujeres, en una naturalización de roles. Además, estas labores, tienen una doble dimensión, según dónde se desarrollan, si es al interior o fuera del hogar. Al interior, no producen ganancias directas, es decir no son productivas en términos económicos tradicionales. Sin embargo estas mismas tareas, al desarrollarse fuera, son remuneradas. Mientras Pamela trabajó en casa particular tuvo que desarrollar aquellas labores que luego haría en su propia casa:

“yo me preocupaba de los niños, yo me preocupaba de lavarle la ropa a los niños, de hacerles las cosas a los niños, es que habíamos dos empleadas en la casa...entonces la otra empleada se preocupaba de hacer el aseo y el almuerzo, y yo me preocupaba de todo lo que era los niños, de ayudarles a hacer las tareas, de lavarles su ropa, de ir a acostarlos en la noche y de todo eso” (Pamela)

Dado que estas tareas las realizan siempre, o casi, las mujeres, son también reflejo de las relaciones de poder en la sociedad, porque a través del análisis de ello podemos ver quién recibe y quién entrega.

7.4 Cuánto pesa lo económico a la hora de optar por la labor de temporeras.

Tal como se ha visto, las entrevistadas, mantienen sus labores en la fruticultura, en primer lugar por una necesidad económica. Aunque también existe el deseo o el gusto por trabajar, no es este el espacio que ellas visualizan para desarrollarse laboralmente, en caso que así fuera. Se mantiene presente la idea de poder completar estudios o perfeccionarse en otras áreas para poder trabajar en otro tipo de labores como secretariado y ventas como lo más nombrado. Sin embargo, cuando sopesan las oportunidades laborales que tienen a la mano, más allá de lo que esperan, el trabajo por temporada es siempre el que implica está disponible, no requiere de una alta especialización y proporciona mayores ganancias económicas.

“Entrevistadora ¿por qué te gusta trabajar más en la fruta?”

Porque se gana más plata po', sólo por la plata, porque igual es cansador, agotador, estresante" (Pamela)

Ellas sienten que ganan más trabajando en el campo pues no ponen en la balanza los costos físicos y emocionales que ello significa. En lo que se refiere a plata fresca, la ganancia se percibe como más alta y eso hace que se sobre exijan, dado que el trabajo a trato permitirá ganar más, no así, si trabajasen en otro rubro, donde aunque se esforzaran más, el sueldo al final siempre será el mismo.

"Yo trabajo en el campo porque uno gana más, y a veces cuando van a trato uno gana más, cuando trabajan al día uno gana un poquito menos." (Entrevista Grupal Mujeres)

La historia de Pamela es ejemplificadora, cuando le pregunto cómo aprendió y por qué trabaja en esto me relata lo siguiente:

"[aprendí] Por mi mamá; mi mamá me decía "Esto es así", iba moviendo las manos, mi mamá ahí me dijo "Estuviste bien pa' ser tu primera vez", así que ahí nos fuimos a "ganchar". Después nos metimos al maíz, así todos esos meses de corrido trabajando, así de corrido. Pero yo iba más que nada los fines de semana cuando no iba al colegio, íbamos los fines de semana...porque teníamos que ir a trabajar por aquí cerca no más, iba después de ir al colegio, iba ahí a ayudarlo, eso hacía, entonces por lo menos para mí no fue una mala experiencia, porque por ejemplo yo me acuerdo en esa navidad gracias a eso tuvimos todos regalos. Fue una bonita navidad y un bonito año nuevo a pesar de que mi papá estaba enfermo... después salí del colegio y nos fuimos a trabajar las dos juntas al maíz con mi mamá, las dos juntas, y nos fue bien po'" (Pamela)

Entonces, desde pequeña le quedó la idea que trabajando en la fruta podía ganar dinero para suplir algunas faltas en la casa

"...porque como regalo yo le decía "Como regalo mamá dame quinientos pesos" o "Dame mil pesos", pa' comprarse uno sus dulces, sus chicles pa' andar con monedas po', era más que nada pa' eso pero después cuando uno ya crece va teniendo su plata y eso como que quiere más... ¿cómo es la palabra? cuando uno quiere tener más sus cosas, más independencia económica, eso es lo que yo quería lograr con lo mío porque después como que me acostumbré a tener lo mío y a comprarme las cosas a gusto mío y que no me lo dieras mis viejos en el sentido de que ellos me iban a comprar lo que les alcanzara el bolsillo, entonces yo me lo compraba a la pinta mía" (Pamela)

Valdés y Araujo exponen que aunque temporal, el salario de la fruta que aportan las mujeres al hogar, según cifras, se convierte en una parte importante de los ingresos anuales (otras alternativas laborales para las mujeres son el empleo

doméstico remunerado y de jornaleras agrícolas). Existe un amplio contingente de mujeres (hombres en menor porcentaje) que se vinculan en forma estable a este tipo de empleo cada año, pues permite ser combinado con otros empleos. Este es el estrato autónomo de asalariados temporales en la agricultura (como categoría ocupacional)

“Es que cuando te pagan al día es el mínimo, cuando te pagan a trato ganai’ más, doscientas y tantas, hasta cuatrocientas podí ganar”
(Entrevista Grupal Mujeres)

“Es que uno se pone un mínimo de plata, si no no parai’ no más, si no hay sacado por lo menos tus lucas no te vay, te quedai’ unas horas más pa’ agarrarte diez lucas, doce lucas” (Entrevista Grupal Mujeres)

Aunque el trabajo como temporeras es una alternativa altamente valorada por las mujeres rurales e incluso urbanas que cumplen con el perfil socioeconómico específico, los problemas que aparece no son menores: “no existen sistemas de protección social adecuados; las condiciones de trabajo son deficientes; las estructuras familiares tienen gran dificultad para adaptarse a la salida de las mujeres a trabajar y para modificar la división del trabajo en la esfera doméstica; las normativas laborales no favorecen el logro de mejores condiciones de trabajo y limitan a este sector, la posibilidad de negociar colectivamente, derecho que si tienen los trabajadores permanentes, los que son mayoritariamente hombres” (Valdés y Araujo, 1999, 122)

“Yo he estado de hecho toda una temporada, cuatro meses así, dándome duro, salía a comer como a las seis y media de la tarde... complicado, porque uno no para, pueden ser las tres de la mañana...”
(Entrevista Grupal Mujeres)

Al abordar la valoración económica que se hace de esta labor, nos encontramos con otra contradicción básica, pero protagonizada fundamentalmente por los hombres. En todos los casos, padres, esposos o parejas, querrían que la mujer “esté en la casa”, no les gusta que ellas trabajen e intentan por todos los medios de mantener el modelo patriarcal. Sin embargo, las necesidades económicas los obligan a ceder en ese aspecto, asumiendo que si los dos trabajan, existen más posibilidades para que la plata “alcance”.

“Entrevistadora: La relación de ustedes ¿se ha hecho más fuerte porque los dos trabajan o se ha ido empeorando?”

-Se ha ido empeorando yo creo. Porque a él no le gusta que yo trabaje...a él le gustaría que yo estuviera en la pura casa. Es que la pega que él tiene es diaria, entonces alcanzaría como para lo del día no más, entonces no le llega a hacer la plata mensual... igual como en la temporada a uno le dan quincena y a fin de mes, entonces con eso va alcanzando.

Entrevistadora: ¿Pero tú quieres seguir trabajando?

Claro, porque no está de más tener una plata más, hace harta falta ahora en estos tiempos.” (Geraldine)

Esta situación hace que todo el tiempo la actividad remunerada de la mujer sea vista como transitoria, hasta que las cosas se afirmen y eso permea los discursos de ambos sexos en lo que respecta a sus identidades de género. Ellas, que tienen que lidiar con una identidad difusa, con un estado de liminalidad permanente⁸, entre ser ama de casa o trabajadora. Ellos que se debaten entre el varón proveedor o el hombre que no puede hacerse cargo económicamente de las necesidades de su familia. Sin duda, ambos casos generan frustración y también marcan la forma en que se desarrolla la vida en pareja.

En la entrevista grupal que se llevó a cabo con hombres para esta investigación, fue muy difícil abordar temas de familia o personales, el ambiente fue de bromas y burlas entre ellos, pues cuando alguno se disponía a contar alguna anécdota o su experiencia, los demás se burlaban de él. Aún así, se pudo desarrollar una entrevista de la que se concluyen algunos elementos importantes para el análisis.

Cuando se les consulta sobre sus responsabilidades, en el hogar o fuera de este, en general los hombres eluden o ni siquiera conciben otro tipo de aporte que no sea el económico.

“Entrevistadora: ¿qué tipo de responsabilidades tienen ustedes en la casa?

H1: por lo menos yo lo que pasa es que mi señora no trabaja, entonces soy yo quien corre con todo lo económico.

H2: yo tengo que trabajar para darles de comer

H3: En mi caso igual po’, yo trabajo no más, yo apporto todo pa’ la casa, son tres hijos y mi señora, mi señora tampoco trabaja, porque mi señora no puede trabajar por el problema de que tiene un niño chico y tiene que cuidarlo y no puede trabajar. Entonces soy yo el que apporto con todo para la casa, lo que trabajo se va todo para la casa no más”
(Entrevista Grupal Hombres)

7.5 Identidad(es)

7.5.1 Referentes en la construcción de la identidad

⁸ Según Victor Turner, quien adopta y profundiza en la definición de liminalidad en su vasta investigación sobre procesos rituales, este concepto se refiere a aquel estado en el que culturalmente no se es ni de aquí ni de allá, sin embargo se está en camino de ser “otro”, es aquella ambigüedad en la que los sujetos se sitúan al transitar de un estado a otro, de una fase a otra, de un momento a otro. Cabe mencionar que, para Turner esto dice relación con un tiempo y un espacio tripartito, donde la liminalidad es el espacio intermedio entre lo que se es y lo que se va a ser.

La configuración de la identidad personal es un fenómeno muy complejo en el que intervienen muy diversos factores, desde predisposiciones individuales hasta el desarrollo de diversas habilidades suscitadas en el proceso de educación/socialización. Esto que hoy aparece como un sustrato básico, tiene su origen en el avance de la mirada y comprensión de que el factor biológico de los sexos, no era determinante de las diferencias identitarias pues no se ha encontrado nada que esté universal y transculturalmente asociado a lo femenino y lo masculino a partir de las diferencias anatómicas sino, que se ha verificado que las diferencias pertenecen al ámbito social y cultural. Los individuos no nacen determinados genéricamente. Hombres y mujeres se hacen y esto se verifica, en el vivir. *“Cuando acepté que mi condición de hombre estaba determinada por mi corporalidad, de alguna manera me escapé de la búsqueda de la esencia masculina, no inmediatamente por supuesto. Pero si yo aceptaba que cualquier cosa que yo hiciese, por el sólo hecho de yo ser hombre, era de hombre, no había una esencia que yo tenía que satisfacer o buscar, es decir, me liberé de la búsqueda de lo que es lo masculino, o lo que es lo femenino, y acepté sin conflicto que lo masculino y lo femenino, o lo de hombre y lo de mujer, iba a surgir meramente en el vivir”* (Maturana en Barattini Ed., 1993: 198)

Una de las líneas teórico conceptuales, adoptada para abordar este tema, ha sido la que se propone desde el concepto de hibridación, el cual es acuñado para entender los procesos de construcción de identidad en Latinoamérica, por García Canclini, quien señala que “...Hibridación ha colaborado para salir de los discursos biologicistas y esencialistas de la identidad, la autenticidad y la pureza cultural. Contribuye a identificar y explicar múltiples alianzas fecundas.” (García Canclini, 2001: 16) La hibridación surge de la creatividad individual y colectiva, a través de este ejercicio, se genera una reconversión de los procesos tradicionales y se da lugar a las identidades particulares, teñidas de lo uno y de lo otro. Evidentemente este no es un proceso consciente, sino más bien está al nivel de lo cultural. Se ha escogido esta definición de lo híbrido, de las culturas híbridas, como una de las perspectivas posibles para analizar la construcción de identidad de las mujeres sujeto de esta investigación, pues la tensión y las constantes paradojas que estas enfrentan, las sitúa en un espacio de definición y autodefinición más bien difuso, que se va dibujando según interacciones y lugares en que estas se desarrollen.

Otra forma de abordar la construcción de identidad de las mujeres, tiene que ver con que muchas veces, estas se comportan según lo que los otros (personas o instituciones) esperan de ellas, cumpliendo expectativas marcadas por los diversos roles que desempeñan cotidianamente. Es una identidad que se construye bidimensionalmente: desde lo interno y desde lo externo, simbólica y socialmente, si se quiere.

Esto se puede reflejar por ejemplo al abordar el tema educacional. Cuando se le pregunta por sus estudios, las expectativas también son bastante limitadas Aunque en muchos casos se relacionan con poder optar a mejores oportunidades laborales, a pesar que terminar la educación secundaria no asegura el ingreso a labores con mayor estatus y por ende mejor remuneradas, también se piensa en

avanzar con los años de estudios para cumplir con lo que los demás esperan o por lo que para los demás significa aquello, pues terminar ciclos de estudios (sea educación primaria o secundaria) representa la promesa de un futuro mejor, aunque sea en el discurso. Sin embargo, al hacer un análisis más profundo, se puede observar que también, las expectativas al respecto redundan en una misma dimensión aspiracional y con horizontes cercanos (en el ámbito de la familia), es así que mayores grados de educación pueden aprovecharse para fomentar el mantenimiento de la familia y de la descendencia.

“...si mi mamá... igual ella hasta el día de hoy me dice que todavía puedo seguir con mis estudios, pero yo digo “Para qué”, y ella dice que para ayudar a mis hijos, porque por ejemplo mi hijo de siete años tiene súper buenas notas, entonces ella dice “Para que le enseñí” a tus hijos...” (Pamela)

Cuando hablamos de construcción de identidad desde lo interno, Nieves Rico, quien entre otros temas ha desarrollado un análisis sobre la cultura del cuidado, plantea que por parte de las mujeres, existe una “donación de sí mismas”, el ser para otros, donde los criterios de análisis no son económicos sino puramente culturales, pues el circulante es más bien simbólico. Tomando este análisis, podemos pensar que un elemento de construcción de identidad tiene que ver con lo que las mujeres hacen por otros, entonces se puede entender como un “verse en el otro” o lo que esperan otros de mí. Este es un lado más íntimo de la identidad, que se explica desde la individualidad.

Luego, desde el lado de lo social o público, existe otro factor que interviene en la construcción de identidades, este es el lugar que cada uno ocupa, o debe desempeñar, en los distintos espacios en los que se desenvuelve. Los roles, reconocidos y múltiples por los que deambulan los sujetos, son como los “trajes” de identidad que se ponen y se sacan. Madre, mujer, joven, esposa, temporera. ¿Cuál de ellos es la piel? Es aquí, en la piel, donde se encuentran los dos enfoques propuestos, el de la hibridación y el de la construcción de identidad a partir de lo individual y de los roles.

En las relaciones intergeneracionales, lo dado se asienta en la identidad de cada uno, a nivel social y personal, pues aquellos preceptos o roles que han sido naturalizados desde siempre y que definen y diferencian a cada sexo, se socializan, se internalizan y se asumen como propios e ineludibles. Estos además, están mediados por otras variables de peso como son la división del trabajo, estrato social de pertenencia, religión y contexto en el que se desarrolla la vida (urbano o rural por ejemplo). Estas variables básicas, o de caracterización inicial, se ven complejizadas cuando el sujeto interactúa y transita en diferentes espacios, acumulando vivencias y tensionando el espacio natural o dado. Es así que las identidades de género son muy complejas y multidimensionales, sin embargo, deconstruirlas para poder reorganizarlas en pos de una mejor distribución de responsabilidades es una labor de sumo complicada, pues no sólo requiere de la identificación de la problemática y luego de la voluntad de cambiar, sino requiere

de una resignificación, es decir nos adentramos al entramado social y cultural del concepto, espacio mucho más complejo que no sólo requiere de la instalación de dispositivos de cambio sino de la concientización de los individuos al respecto. En la medida que las problemáticas no se hacen suyas y las soluciones no se hacen necesarias, es decir no se pone en valor el tema, difícilmente se podrá aportar a la equidad.

Si la mujer no toma conciencia de lo que vive, dado que culturalmente ya tiene definido su lugar en la sociedad y supervivencia de la misma, no puede construirse una imagen nueva de sí misma.

Sobre la necesidad de cuidados de los miembros de la familia y el rol que la mujer tiene en ello, existe un fenómeno bastante generalizado e instalado fuertemente en el discurso de las entrevistadas cuando además de señalar que deben cuidar de los hijos también deben cuidar de los hombres, ubicándolos en un rol de dependencia afectiva e incluso maternal (esposa-madre). En estos casos, se habla del hombre como un niño, como una especie de ser dependiente pero al que las mujeres se deben. Es paradójico entonces, que en el discurso y en los actos cotidianos, el hombre sea un niño más que cuidar, pero a quien hay que respetar.

“Mi mamá me dice que yo estoy bien, porque mi mamá ha sufrido mucho con mi papá, a mi papá siempre le gustaba tomar, la vida bohemia, a donde el ganaba plata, no dar pa’ la casa, entonces mi mamá me dice que yo estoy bien de no aguantar cosas que ella sí aguantó, en ese sentido ella me apoya. Mi suegra ya no está, pero mis cuñadas por ejemplo, ellas también me apoyan y están con migo, ellas son mayores que yo, una tiene treinta y seis y la otra tiene cuarenta, pero ellas siempre me dicen “Tienes que tirarle las orejas al Marcelo, sino él se porta mal” (Pamela)

7.5.2 La tensión entre el ser y el hacer.

La vida privada, se ha dicho, tiene un doble mérito pues implica una distinción pero a la vez una relación con el espacio público. Esto conduce a una circularidad, pues las personas actúan, según dónde estén situadas, relacionándose además con este entorno o lugar, según sus actos. La forma en que se organiza la vida privada tiene un interés propio, pero también es indisociable de la relación que los individuos establecen con la sociedad y de la que experimentan de su parte.

Pues bien, al adentrarnos en aquellos espacios privados de la vida de las jóvenes protagonistas de este estudio, lo que se intenta es acotar aquellos elementos constituyentes de sus identidades. Un primer hallazgo tiene que ver con que nos encontramos ante sujetos liminales, pues a la hora de definirse a sí mismas, se entranpan en una constante interrogación, en un espacio de indeterminación que las mantiene en una tensión permanente entre lo que hacen, lo que les dictan

hacer y lo que realmente quieren hacer. Es decir, entre lo que hacen y lo que socialmente se espera que hagan.

Un elemento importante a considerar en este análisis es que por la edad de las entrevistadas, un referente importante son los padres. La mayoría de sus opiniones están marcadas por lo que dice o dijo su papá y su mamá y por ende por sus preceptos.

En resumidas cuentas, si ser necesariamente un problema pero si una tensión, existe una distancia entre el discurso y los actos objetivos que realizan cotidianamente. Esto sin duda está mediado por las expectativas y las autoexpectativas que las mujeres se forman sobre la vida y su rol en de desarrollo de ésta.

Lilian, mamá de dos hijos, soltera, vive con sus padres y tiene 22 años. Inició sus labores en el campo cerca de los 12 años, pero en forma esporádica. Su inserción formal, es decir cuando comienza a ir al campo independientemente de su madre, está marcada por el nacimiento de su primer hijo, cuando ella tenía 17 años. Dado que hasta el momento su vida se desarrolla en la casa de sus padres, ella sueña con independizarse: *“tener mi casa, tener mis cosas, tener mi familia yo en mi propia casa, no estar dependiendo de mis papas”*

Una forma de alcanzar sus aspiraciones tiene que ver con identificarlas, es decir reconocerlas, nombrarlas y, en la medida que se pueda, alcanzarlas. Tal vez el primer paso para lograr las expectativas de vida nombrarlas, es decir, intentar hacerlas reales.

A diferencia, tal vez, de muchas mujeres urbanas, las entrevistadas, mujeres “rurales modernas” están más sometidas a las definiciones tradicionales del rol de la mujer en el hogar, sin embargo son protagonistas también, de los cambios culturales de la sociedad occidental y viven las mismas interrogantes y cuestionamientos que cualquier otra joven. Aunque son parte del denominado Complejo Tradicional por Valdés y Araujo, sus referentes transitan entre lo moderno y tradicional, a diario.

“Por ser, mi papá decía que para que la hija de él saliera de noche tenía que salir casada, pero para mí no es así po’, porque de repente uno en el pololeo lo ve todo bonito, y uno tiene que vivir con la persona para saber si realmente funciona o no funcionan las cosas... ahí ya hay una diferencia de pensamiento... mis papás son como más derechos así, como que les gusta todo derecho, y uno de repente va descarriándose... a lo mejor es por llevarle la contraria a los papás de repente que uno hace las cosas” (Lilian)

La división universal del trabajo ha hecho su parte, pues marca o signa, cultural y socialmente la imagen que las mujeres tienen de sí mismas, estereotipando en gran medida esta configuración de identidades. Entonces estamos ante el rol

asignado por otros/as y el rol ideal, que tiene que ver con aspiraciones y expectativas de las propias mujeres.

Aquellos roles sociales asignados consuetudinariamente a la mujer, los cuales determinan transversalmente sus comportamientos, se plasman en ellas implícita y explícitamente a través de discursos externos sobre lo que la mujer debe ser o hacer para ser tal y satisfacer las aspiraciones de los demás. Esto se demuestra cuando las mujeres, aún en la actualidad se piensan a sí mismas en función de otros, hombres e hijos fundamentalmente, es así que siguen siendo “el segundo sexo” como diría Simone de Beauvoir hace tanto tiempo.

En los casos en que las mujeres han demostrado no ser simples sujetos pasivos o víctimas de estereotipos y roles asignados y naturalizados, ha significado una crisis tanto en lo social como de identidad. Ha significado lidiar con lo que otros esperan de ellas y con lo que ellas esperan ser para los otros (retóricamente, pues esperan ser lo que otros esperan que sean). Se contraponen aquellos aspectos de valoración de sus obligaciones como reproductora (normativamente hablando) con aquellas aspiraciones y cualificaciones personales.

“por ejemplo ayer tuvimos una discusión, porque a mí me habían invitado a salir; y yo no salgo, no salgo si no es con mis hijos, o si es en la noche muy tarde no salgo, prefiero estar en la casa, entonces yo le dije “Yo no puedo salir, sin embargo tu estay en fiesta con tus amigos en el trabajo, y yo tengo que estar siempre siendo la dueña de casa, tengo que estar con los niños, no puedo salir a trabajar”, y todo eso le dije yo, “Y bueno ¿tú qué pones de tu parte?” (Pamela)

Hay una inconsistencia entre lo que realmente son, o pueden ser, y lo que se espera de las mujeres al interior de la familia y en el trabajo, que son los dos espacios centrales para esta investigación. En ese intersticio, surgen las interrogantes identitarias pues muchas mujeres se ven enfrentadas a elegir qué rol desarrollar mejor o cual abandonar llegado el momento de máxima tensión. En este último caso, las señales sociales aparecen nítidas para la decisión de cual será el rol a abandonar. ¿cuál es mi papel en la familia o en la sociedad? ¿qué quiero para el futuro? ¿para qué estoy aquí?

Cabe mencionar, que el rol de trabajadoras es siempre el que se encuentra en entredicho y que su cuestionamiento se vive tanto en casos de crisis como en casos de bonanza, pues ellas deberán replantearse tanto cuando la familia está bien (dejo de trabajar pues ya no se necesita que salga de la casa) o cuando la familia está en crisis (dejo de trabajar pues mi familia me necesita); siempre el parámetro de medida es lo que sucede con la familia. En los casos en que una mujer decide ser la mejor en su trabajo, es muy común que desplace o postergue la maternidad o la vida en pareja e incluso, posiblemente se niegue a esa posibilidad, lo cual es socialmente “extraño” y generalmente se da en estratos sociales más acomodados. En los casos en que además de formar una familia, deciden ser las mejores en su trabajo, el desgaste y equilibrio físico y psicológico se

convierten en una bomba de tiempo. Enfrentadas a esta tensión, puede ser tanto o más doloroso que a una mujer le digan mala madre como que la despidan del trabajo por incumplimiento de tareas.

En los casos en que la mujer, conscientemente, decide cuál será su rol, o como en la mayoría de los casos, asume ambos roles simultáneamente, inicia un proceso de deconstrucción de las concepciones tradicionales que existen sobre ella en la sociedad, se deconstruye “lo dado”. En tal caso, y es lo que ocurre sobre todo en las generaciones actuales, las mujeres se convierten en protagonistas de sus cambios y logran destacarse en diversos espacios: en lo comunitario, en lo laboral, en lo familiar, etc. Esto se verificó al revisar las entrevistas realizadas para esta investigación, pues estas mujeres jóvenes se cuestionan, se preguntan, se imaginan en otros lugares o haciendo otras cosas. Imaginarse de otra manera o haciendo otras cosas no es poco, pues eso significa que los actos de cambio son conscientes. La identidad no es estática, por eso hablamos de construcción de identidad, pues es un fenómeno dinámico que tiene arraigo fundamental en las relaciones. La identidad puede cambiar o tomar nuevos significados conforme las condiciones históricas, la experiencia personal, el contexto o la posición que ocupan las personas dentro de una red de relaciones económicas, políticas, sociales y simbólicas.

7.6 El futuro

Es muy importante entender que las labores que desarrollan las mujeres tanto al interior de la familia como fuera de ella, tienen una dimensión de futuro, es decir sus actos y decisiones actuales, son transgeneracionales, lo que ellas hacen hoy, marcará el destino del mañana. Bien lo exponen las propias entrevistadas, cuando relatan las experiencias con sus madres. Lo que iniciaron como un juego de niñas, se instaló como un saber hacer y es hoy su sustento económico.

Sin embargo, cuando piensan el futuro de sus hijos, lo primero que piensan es en diferenciarlos de la vida que a ellas mismas les ha tocado protagonizar. Esperan que no repliquen su experiencia y por lo tanto, depositan sus esfuerzos en lo que ellas creen que es aportar a “una vida mejor” para sus hijos/as. Esto tiene que ver con dos elementos fundamentales, primero se encuentra lo sacrificado, pero a la vez devaluado social y económicamente, que se ubica el trabajo en el campo; en segundo lugar, se encuentra la subvaloración que las mujeres hacen de sus labores, remuneradas y no remuneradas.

“Que sean grandes personas en la vida, que todo el esfuerzo que uno hace por ellos lo tomen en cuenta, y que no sean un problemas que no estén haciendo desordenes en las calles... cosas así, que sepan valorar lo que uno se ha esforzado por ellos

Entrevistadora: ¿Qué es ser una gran persona en la vida?

Tener una profesión, un trabajo con buena situación económica, para que no tengan que pasar lo mismo que uno de estar trabajando en el

campo, que tengan sus estudios, que saquen su cuarto medio, que tengan universidad...” (Lilian)

Cuando los hijos son hombres, se reproduce el discurso, es por eso que se ha mencionado que las mujeres, en gran medida, son las que refuerzan o sustentan algunas costumbres patriarcales. Son quienes, a pesar de lidiar con ello, ubican el lugar de hombres y mujeres en la sociedad. Arquitectas del futuro, temen alterar los cimientos de lo ya conocido y cifran sus esfuerzos en que sus hijos logren lo que ellas no pudieron, en el centro siempre, la familia y orbitando a su alrededor, aquellos aspectos que le dan vida. Entonces esperan que sus hijos puedan estudiar, tener trabajo y sostener a su familia y que sus hijas puedan tener una familia.

“yo espero lo mejor para mis hijos, que terminen sus estudios, por ejemplo el más chiquitito, o sea no, el más grande, el sabe de todo, yo le digo “Mira, tú eres hombre, si tu no estudias tu vas a tener un trabajo en el que te vas a tener que sacar la mierda; vai’ a tener familia, vai’ a tener una mujer, vai’ a tener hijos, vai’ a tener que darle lo mejor a tus hijos, a tu mujer, vai’ a tener que comprenderla y todo eso”, entonces usted le pregunta al Diego; “Diego, ¿qué es lo que tú querís ser cuando grande?” –“Quiero estudiar primero y después ver lo que quiero hacer, porque no sé si quiero tener hijos”, entonces, espero que ellos terminen sus estudios, que tengan una profesión y que formen una linda familia, eso es lo que espero de ellos.” (Pamela)

Sus sueños y expectativas, tal como se vio antes, están cifrados en primer término en el futuro de los hijos, incluso pensando en que una vez que estén grandes, ellas puedan seguir con la red de protección que hasta el momento han tenido para sí mismas.

¿Qué sueño yo pa’ mi vida? Uff... yo tengo tantos sueños que no sabría cómo empezar, pero lo que más sueño es sacar mis hijos adelante y que no tengan ninguna enfermedad, yo digo “No importa que yo sea pobre” pero quiero que mis hijos no tengan ningún tipo de enfermedad

Entrevistadora: ¿Y cuando crezcan y estén sanos?

P. Que tengan su profesión y yo estar ahí pa’ apoyarlos. (Pamela)

Siembre tratando de indagar en las imágenes de futuro de las mujeres entrevistadas, también se consultó a hombres, esposos o parejas sobre ¿qué esperan de ellas?, con esta información se pueden complementar discursos y descubrir referentes. En general, a opinión de los hombres, el futuro de las mujeres se remite al desarrollo de la familia e incluso a los propios logros masculinos o mantención del rol masculino. Es decir, lo que pudiese lograr la mujer, a la larga, fortalecería el rol del hombre en la familia y a la familia misma.

H1: Bueno, ella es un aporte para mi po', es un apoyo que yo tengo, porque prácticamente es ella quien la lleva en la casa por lo menos... tengo un apoyo grande, ella sabe que estoy trabajando, y es un apoyo grande que este al lado mío, el pilar fundamental...

H2: Que tenga la oportunidad más adelante de seguir estudiando, yo siempre le he dicho que eso yo se lo voy a dar, y ahí estamos, que llegue la oportunidad, si puede seguir estudiando sería bueno yo creo, porque el trabajo en el campo no es fácil, uno llega de repente a la casa enojado, es que el trabajo a uno lo cansa, no es que lo aburra, y uno no puede, por lo menos yo no tengo los estudios pa' buscar otro trabajo, solo queda trabajar en el campo, por eso uno está aquí, por eso uno espera sólo un poco de comprensión..." (Entrevista Grupal Hombres)

Sin duda existe un reconocimiento e incluso hay quienes esperarían que sus esposas o parejas puedan desarrollar otras áreas a futuro, sin embargo al pedirles que piensen en ellas, resurge el valor de lo masculino y la importancia de lo que ellos hacen es recursivo. Inician sus discursos hablando de ellas, para terminar hablando siempre de ellos mismos (autorreferentes). Las reconocen como un apoyo, en tanto están ahí, pero no en tanto son. Y no es extraño constatar que, en el caso contrario, ellas comienzan hablando de sí mismas, para terminar hablando siempre de ellos (o de sus hijos).

El referente de lo que son y lo que hacen los hombres, marcará lo que se espera que ellas sean y hagan, tal como lo hemos visto anteriormente. Entonces, lo que las mujeres sueñan para sus vidas, también estará limitado por lo que sus parejas esperan, que aunque sin mala intención, se constituye en una barrera para el desarrollo personal de las mujeres (madres, esposas e hijas).

7.7 El Estado

Para este apartado se analizará cuál es el rol del Estado y la incidencia que sus instituciones pueden tener para la vida de estas mujeres (que es y que debiera ser).

En primer lugar se debe asumir que el Estado tiene un rol fundamental en la consolidación de un régimen de bienestar y en la redefinición de conceptos tales como familia, trabajo, cuidados y protección social. Todos estos, elementos marcan el desenvolvimiento de las mujeres en la sociedad y sin duda de las mujeres que protagonizan esta investigación. En estas áreas especialmente, el Estado debe ser capaz de atender a los arreglos particulares, en contraste con las estrategias colectivas, es decir debe ser capaz de normar la articulación y conciliación entre familia y trabajo. Debe propugnar leyes de reconocimiento que incentiven la redistribución de las responsabilidades y los acuerdos cooperativos en la sociedad. Además, está llamado a brindar cuidados y protección social a sus miembros.

En la actualidad, y cualificando el concepto y la aplicación de la "seguridad social", se instala y se refuerza el concepto de protección social. *"La multiplicación de las*

desigualdades y de las incertidumbres económicas, demográficas, ambientales y sociales a escala global ha dado lugar a la reafirmación reciente de la noción más inclusiva de protección social” (Martner, 2006: 7), esto por sobre la de seguridad social, compartiendo con el autor.

Siguiendo a Martner, protección social alude no sólo al rol del estado como trasmisor de ingresos o bienes (sociales y económicos), sino también incorpora las redes basadas en la reciprocidad (ayuda familiar, voluntariado e iniciativas comunitarias entre otras), en este caso entendido como la “protección de lo social”. Es esto lo que otros autores llaman el bienestar social, que es visto como el giro que toma el estado de bienestar. Así expresado, es decir, en una linealidad de tiempo, no parece más que una secuencialidad de roles del Estado. Sin embargo, revisando las consecuencias sociales que esto ha significado, vemos que la retirada estatal (tránsito desde la seguridad social hacia el bienestar social) ha ido aparejada de un mayor protagonismo del mercado, lo que para algunos sectores ha implicado el acceso a una oferta de bienes y servicios diversificados, acorde a los estándares de una economía globalizada. Pero, para otros sectores, los más numerosos, las transformaciones vinieron acompañadas por un empobrecimiento de la oferta y calidad de servicios públicos y de apoyo institucional sobre todo en los contextos familiares. Esta situación los condenó a un estado de carencia y desprotección con pocas posibilidades de movilidad y progreso. Entonces, la creciente vulnerabilidad de vastos sectores poblacionales impactó sin duda, en la capacidad de las familias de brindar protección, contención y cuidado en el sentido más amplio. En este escenario de necesidad, surgen estrategias de protección y cuidado alternativas, incluyendo la familiarización de la protección social. Este fenómeno traspasa muchas responsabilidades que cumplía el Estado para con los ciudadanos a la propia familia, generando desequilibrios sociales importantes, además de los desequilibrios de género, pues en su mayoría las responsabilidades las cubren las mujeres en la familia.

Sobre lo mismo, de Sousa Santos propone el paso de Estado-Providencia a lo que él designa sociedad-providencia, diciendo: *“El retroceso en las políticas sociales asumió varias formas: recortes en los programas sociales; esquemas de coparticipación en los costos de los servicios prestados por parte de los usuarios; privatización capitalista de ciertos sectores de la providencia estatal en el campo de la salud, pensiones, vivienda, educación, transporte y subsidios; transferencia de servicios y prestaciones hacia el sector privado de solidaridad social mediante convenio con el Estado; movilización de la familia y de las redes de interconocimiento y de ayuda mutua-lo que en general podemos designar como sociedad-providencia- para el desempeño de funciones de seguridad social hasta ahora desempeñadas por el Estado” (de Sousa Santos, 310: 1998).*

Durante el siglo XX las políticas sociales en Chile habían surcado un camino relativamente exitoso, sin embargo durante la Dictadura Militar, los macro cambios en lo político y en lo económico, significaron que el neoliberalismo se instalara con la consecuente campaña de privatización y disolución del Estado, de Sousa dirá

“Asistimos a la colonización del principio de Estado por parte del principio de mercado”.

En este contexto, las familias tuvieron que enfrentar y adecuarse a las nuevas circunstancias en función de los recursos y los activos disponibles. Para muchas estos cambios vinieron acompañados por un empobrecimiento de la oferta y calidad de servicios públicos y de apoyo institucional de los que hacían uso.

Aquello que fue responsabilidad del Estado pasó a ser responsabilidad (si se le puede llamar así) del sector privado, he ahí el origen de la desprotección ante la que reaccionan los gobiernos que asumen una vez derrocado el gobierno militar. Así las cosas, se instalan los cimientos del actual Sistema de Protección Social que se encuentra en pleno funcionamiento en Chile, pero que sin embargo aún requiere de ajustes y desajustes, en pos de un equilibrio y una adecuada articulación con las necesidades reales de la sociedad, considerando las particularidades del escenario político-cultural sobre el que se erige.

Hoy en día, y siguiendo a Filgueira (2007), los nuevos riesgos sociales generan una serie de “trampas” intergeneracionales, intrageneracionales y de situaciones catastróficas, que llevan a repensar y redefinir la arquitectura del Estado social en América Latina. Particularmente, el Estado chileno se debate entre la instalación de un Sistema de Protección que debiese garantizar la reproducción social, y el contradictorio, pero creciente, reforzamiento del mercado por sobre los beneficios de los individuos, los principios del mercado por sobre los principios del Estado.

En lo concreto, y en una pugna por instalar el Sistema, se realizan algunos esfuerzos para que a través de sus distintas instituciones, servicios, programas y proyectos, el Estado provea de alternativas de apoyo para las personas. En adelante se detallan algunas de estas, que indistintamente han conformado la red de apoyo para las mujeres temporeras en Chile. Insuficientes, pero presentes.

Existen programas y proyectos que se presentan como alternativas laborales o de apoyo para desarrollar labores fuera del hogar, lo que también puede ser percibido como un apoyo económico directo (subsidios o bonos). Las mujeres entrevistadas, participan indistintamente en proyectos laborales o en actividades comunitarias convocadas por el Estado a través de sus gobiernos locales. En cuanto a subsidios, las que pertenecen al Programa Puente, reciben los denominados bonos de protección para familias Chile Solidario, reciben el SUF (Subsidio Único Familiar) por hijos a su cuidado y en algunos casos por hijos con discapacidad. La mayoría de ellas están inscritas en la OMIL (Oficina Municipal de Inserción Laboral) desde donde las reclutan para trabajos esporádicos durante el año, labores alternativas al trabajo en la temporada más fuerte de la fruta.

“Yo estoy trabajando en los proyectos de la muni pero, me dieron por un mes. Son proyectos que le dan a las personas... por ser para ir a barrer la calle, para regar la plaza o a instituciones... la mandan a liceos, jardines” (Entrevista Grupal Mujeres)

En lo que se refiere a lo laboral, es necesario detenerse pues, paulatinamente hemos asistido a la instalación velada de la precarización laboral de los individuos en Chile. Su nombre, flexibilización del trabajo. Sus consecuencias ocultas: *“disminución de los contratos de trabajo por tiempo indeterminado, substituidos por contratos a término fijo y de trabajo temporal, por el trabajo falsamente independiente y por la subcontratación, por el trabajo a domicilio y por la feminización de la fuerza de trabajo (asociada en general a una mayor degradación de la relación salarial)”* (de Sousa Santos, 309: 1998). En este caso, vemos como los proyectos de apoyo a para las mujeres trabajadoras retroalimentan este sistema, poniéndolo en valor y encubriendo, muchas veces en buenas intenciones, una lógica más bien aciaga. En este punto, la red no ha sido lo suficientemente protectora, pues se ha quedado atrás en la regulación y más bien ha actuado como mitigadora.

Avanzando en la oferta del Sistema de Protección en Chile, aparecen las alternativas para el cuidado de los niños. Los hijos de las entrevistadas asisten durante el año a los Jardines Infantiles de JUNJI (Junta Nacional de Jardines Infantiles) y Fundación Integra. Para los meses de verano y en conjunto con estos actores, se pone en funcionamiento un Programa Centros de Atención de Hijos e Hijas de Madres Temporeras (CAHMT) coordinado por MIDEPLAN y que cuenta con la participación de la JUNJI, la JUNAEB (Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas), el Instituto Nacional del Deporte (IND) e Integra, y los municipios. Además, en el último período en algunas regiones se han incorporado las Direcciones Regionales del Trabajo. Este Programa se centra en el cuidado de los hijos de quienes trabajan en faenas de temporada agrícola, acogiendo a niños entre 3 meses y 12 años. Hasta el momento, se han instalado centros en 10 regiones del país, entre Atacama y Los Lagos, teniendo una cobertura importante en la región del Maule y de O’ Higgins, donde se concentra una alta cantidad de mujeres que se insertan en estas labores. Aún así, no siempre es accesible este servicio para todos o, cuando se trata de lugares más alejados, implica grandes traslados. Esto genera una desventaja a la hora de buscar alternativas de cuidado para que las madres puedan trabajar o hace necesario que estas los dejen y los recojan en las escuelas, restando un margen de tiempo insuficiente para desarrollar alguna labor remunerada fuera de la casa.

“H1: Aquí todos los guevones que estudian tienen que estudiar afuera, no hay jardín infantil, no hay guarderías, entonces por eso la mujer tienen que quedarse en la casa, tienen que preocuparse de llevar a los niños a la escuela, porque si hubiera una escuela aquí, ellos solitos irían a la escuela.

H2: Si po’ aquí la mujer no podría trabajar, porque a las cuatro llega el hijo, hay que salir a buscarlo a la carretera, cruzarlo, entonces igual es peligroso para los niños.” (Entrevista Grupal Hombres)

En lo que respecta a vivienda, en algunos casos, han postulado a un Subsidio Habitacional y están a la espera de ser seleccionadas con este beneficio. En

general, otras personas de su familia han obtenido una vivienda a través de este medio.

Sobre la red de Salud, retiran alimentos (leche y cereales) y atienden a sus hijos en los Consultorios de la comuna y en los Hospitales Regionales, según corresponda y en casos específicos utilizan el Plan Auge para atender enfermedades importantes de sus niños y de ellas mismas.

Tal como se describe, las mujeres entrevistadas hacen uso de la red de apoyo del Estado, específicamente de la Red de Protección Social “PROTEGE”, eso se verifica a partir de una rápida revisión. Sin embargo, en este acápite es importante reflexionar sobre aspectos más profundos, o que en definitiva van más allá de lo práctico.

7.7.1 Familia, Estado y mercado de trabajo. Una relación indisoluble.

Las leyes, que regulan la vida cotidiana y que se supone, deben ser espejo de la realidad social, en la actualidad no logran cristalizar con la realidad, que corre más rápido que la norma. Ante ello, es necesario configurar un stock de herramientas o mecanismos que permitan reducir las consecuencias de la falta de normas, que se verifican a raíz del dinamismo de las prácticas sociales. *“El asentamiento de una economía capitalista de nuevo cuño caracterizada por la flexibilidad, junto a modificaciones en las relaciones de género asociadas a una creciente inserción de las mujeres en el mercado laboral y matrimonios cada vez menos estables,...quedando sin protección –o con protección disminuida– grupos importantes de trabajadores, situación que se agrava en el caso de las mujeres.”* (Mauro y Yañez, 5: 2005)

Lo que sucede con la familia, abordada en este estudio como una institución dinámica y que por lo mismo, se ha ido reconfigurando de maneras tan particulares que han requerido de una revisión del aparato público y jurídico para su regulación (es decir para que se pueda incorporar como tal independiente de su configuración). Tarea que se encuentra inconclusa, como es de amplio consenso. Durante tanto tiempo se pensó que, dado que el espacio familiar era un ámbito privado, no procedía intervenir desde el exterior. Hoy, sin embargo, se habla de la regulación política de la familia para referirse a todo aquel conjunto de disposiciones, no sólo de derecho civil sino también de política social, que determinan el marco legal en el que se mueven las relaciones familiares (Comaille et Martin en Flaquer, 2004). Una buena batería de leyes puede fijar un sistema de derechos y obligaciones a los miembros de una sociedad o de un agregado social determinado, entregando a su vez prestaciones y servicios públicos que encaminan y orientan a sus miembros.

Otra buena ilustración de la desregulación, es el fenómeno de flexibilización del trabajo, anteriormente descrito, que hoy se instala a contrapelo de las necesidades reales de los y las trabajadores/as. Dicho fenómeno no es más que un mecanismo de adaptación y maximización de la ganancia del capital en el contexto de la

globalización y el mercado. Más aún, para Mauro y Yañez (2005:6), *“la flexibilización laboral y la creciente incorporación de mujeres a la fuerza de trabajo arrojan por la borda el supuesto base del sistema de seguridad social vigente, según el cual el mercado laboral genera ocupaciones estables y trayectorias laborales sin mayores discontinuidades, que permiten ahorros previsionales regulares y suficientes. Por el contrario, estos procesos aumentan en forma notoria la movilidad laboral en sus dos vertientes -en el empleo y en la condición de actividad-contribuyendo, de este modo, a la expansión de trayectorias laborales inestables y discontinuas, las que tan sólo en forma insuficiente permiten acceso al sistema de seguridad social.”*

La familia y el trabajo, en un escenario como el descrito, no hacen más que generar individuos dependientes. El problema está en quién se está haciendo cargo de ello, y cómo se evita su instalación en el tiempo. Para explicarlo, se proponen dos aristas de análisis que permiten visualizar espacios idóneos para el cambio. Haciendo visible el motor de éste, que para este caso es un bimotor. El concepto de dependencia, que aunque amplio, permite analizar de qué manera se puede apoyar el rol de las mujeres al respecto. La dependencia de ciertos agregados sociales o grupos dentro de nuestra sociedad tiene dos dimensiones, una inevitable y una social. Los niños, los ancianos y los enfermos, son inevitablemente dependientes y siempre habrá que hacerse cargo de ellos, para lo cual se deben crear dispositivos adecuados. Los hombres, en cambio, son socialmente dependientes y para que ello cambie, el cambio también es social.

Para el primer caso, el tema debe ser abordado a través de **una agenda pública**, pues hasta el minuto las estrategias generales le cargan la mano a las mujeres y no son un costo más que para ellas mismas. Se debe ampliar la oferta estatal de servicios, modificar la distribución de responsabilidades al interior del hogar e instalar programas de compatibilización familia-trabajo por parte del Estado (regulación de los espacios laborales, exigencias y flexibilización al respecto). En este espacio, se debe ser muy cuidadosos, pues es muy fácil caer en el refuerzo de la conciliación de labores, donde lo que se está haciendo fundamentalmente con las mujeres es sobrecargarlas, la conciliación es multidimensional y debe ser compartida entre los sexos y con el propio Estado, que debe revisar hasta qué punto está poniendo a disposición servicios que faciliten el cuidado de sus ascendencias y de sus descendencias sociales. En definitiva, este resumen de iniciativas o esta red de protección, analizada en detalle para considerar sus efectos a mediano y corto plazo, aparece como insuficiente, es sin duda un plexo para avanzar. Lo que se debe cautelar ahora, es que el retroceso no sea una alternativa.

Para el segundo caso el tema requiere de **una revisión cultural**, este es el segundo motor que aunque más profundo, se retroalimenta de los cambios y avances concretos en lo social. De manera circular y a través de una permanente retroalimentación, sociedad y cultura, constituirán el motor de cambio para que la dependencia deje de ser tal.

VIII CONCLUSIONES

El objetivo planteado para esta tesis se centró en la construcción de “identidades”, específicas y cronotopadas, es decir situadas en un tiempo y en un lugar. “En tanto cuerpos (e individuos biológicos), los seres humanos están, en el mismo concepto que las cosas, situados en un lugar (no están dotados de la ubicuidad que les permitiría estar en varios a la vez) y ocupan un sitio... ‘tienen lugar’, existen”... (Bourdieu, 1999: 119).

En lo específico, se buscó analizar si las variables de caracterización de las mujeres entrevistadas (sexo, edad, trabajo, maternidad) daban lugar a identidades particulares, y si esto era así, si estas son posibles de reconocer y por ende, de abordar, posibilitando la instalación o enriquecimiento de políticas públicas pertinentes.

El trabajo, como un elemento transversal, fue un importante articulador de la información, pues el foco para la observación tuvo que ver con la significancia de éste para la vida de las jóvenes. Por otra parte, el gran paraguas para analizar, fue la perspectiva de género, pues en la medida que ésta se incorpora en la explicación de lo social, se comienza a constatar que lo que ocurre en la esfera laboral no se entiende únicamente a partir de la división sexual del trabajo en la familia y el reparto del trabajo doméstico. Aunque es un punto de partida que aún permite situar la mirada, debemos revisar aquellas propuestas que piensan que *“el estudio de la familia, el trabajo y los géneros implican considerar no sólo articulaciones entre familia y trabajo sino relaciones de doble sentido: familia-trabajo y trabajo-familia* (Alonso, Angeloff y Maruani, 2005 en Valdés 2009). Es decir, comprender lo que sucede en la familia para comprender el trabajo y viceversa. Esto complejiza la mirada, pues se adentra en un mundo donde el mercado de trabajo se ubica como un productor de desigualdad, que construye disimetría y jerarquías sexuales en la esfera familiar, a raíz de la propia inserción en la esfera laboral. He aquí un problema, pues si el mercado de trabajo genera desigualdad, qué sucede con los referentes que esto constituye para las personas, más aún cuando vemos que los referentes tradicionales han ido dando lugar a nuevos patrones o modelos.

Los cambios en las relaciones de género nos han mostrado paulatinamente que los derechos individuales permean la vida privada, la familia deja de conformar un corpus único y se aleja de ser el referente identitario por excelencia. Valdés señala que en este aspecto, se ha traspasado aquella frontera originalmente inexpugnable con lo público y que la vida familiar ya no tiene el peso que antes tenía. Hoy las identidades de las mujeres no pasan únicamente por el rol que les es asignado tradicionalmente al interior de la familia sino que hoy también tienen un componente marcadamente social. Dada esta constatación, el interés público en lo privado pasa a tener consecuencias en la visibilización y protagonismo de nuevos actores sociales (según género y edad por ejemplo). Estamos aquí ante la configuración de sujetos de la modernidad. La vida privada desde lo público, es

decir, observamos cómo se va generando control de la vida privada, desde nuevos escenarios.

En este punto, es clave el concepto de modernización, Valdés y Araujo ya plantearon que existe un vacío en la producción de conocimientos sobre las consecuencias en la vida privada de la masiva asalarización temporal de las mujeres, y se podría agregar por la masiva incorporación de éstas al mundo laboral. Sobre el tema, y en una mirada sincrónica, Tironi expondrá que “...*Chile experimentó un impulso modernizador muy diferente al que se venía desarrollando antes de 1973, pero que corresponde muy de cerca a las tendencias que toma la modernización a escala internacional: reducción del rol del Estado; flexibilización, especialización e internacionalización de las estructuras productivas; renuncia al objetivo del pleno empleo; privatización de las empresas y servicios públicos; multiplicación del empleo atípico y reducción de la masa asalariada; asistencia estatal del tipo minimalista y discrecional (en oposición al Estado de bienestar) liberalización y flexibilización del mercado de trabajo.*” (Tironi, 1990: 34) Esto tuvo consecuencias directas en lo que respecta al lugar que ocuparán los distintos sujetos en la sociedad chilena, y si lo vemos en lo que respecta a las mujeres específicamente, se observa una redefinición de los roles de género en la división sexual del trabajo doméstico. Sin embargo, el enfoque ha sido restrictivo, pues no se ha abordado a cabalidad cómo se sitúan los sujetos de ambos sexos frente a situaciones cambiantes, que son características de los procesos de modernización. Es por esto que al iniciar este capítulo de reflexiones finales, se habla de identidades y no de identidad, pues dado el dinamismo de los procesos y las diferencias de los sujetos que los protagonizan, no podemos hablar de una “única” realidad, esta debe ser reobservada permanentemente, en un afán de actualización y revisión que conduzca a la pertinencia de los análisis.

En la actualidad, las interacciones, entre pares, con personas que vienen de fuera, con la ciudad, con los medios de comunicación, con el aparato público, etc. generan una variante en las definiciones de cultura e identidad. Ya no existen espacios cohesionados con características únicas o invariables y de homogeneidad interna, sino espacios que se construyen y deconstruyen en la interacción. Es en este contexto donde García Canclini intercepta el discurso aportando con el concepto de “Culturas Híbridas”⁹, en tanto la hibridación habría modificado la forma en que podemos hablar de cultura, identidad, diferencia, desigualdad, multiculturalidad y “*sobre parejas organizadoras de los conflictos en las ciencias sociales: tradición/modernidad, norte/sur, local/global*” (García Canclini, 2001: 13). Instrumentalmente, este concepto nos permite salir del encasillamiento de las polaridades o definiciones univocas, para incorporar lo inter

⁹ Cuando García Canclini hace una nota a su nueva edición del libro “Culturas Híbridas” se detiene en definir muy bien lo híbrido, para distanciarse de la biología y justificar su extrapolación a las ciencias sociales. Dice “*Parto de una primera definición: entiendo por hibridación procesos socioculturales en los que estructuras o prácticas discretas, que existían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas*” (2001:14). Y más adelante expondrá, “sostengo que el objeto de estudio no es la hibridez, sino los procesos de hibridación” (2001:17)

en el debate. Esto, sin duda nos conduce a una concepción diferente de los hechos sociales y culturales, que sin caer en el relativismo extremo, nos sitúa en la emergencia de lo particular y, lo más importante de todo, en el darnos cuenta de que lo singular se construye diariamente, combinado con aquellos ya conocidos elementos universales.

A través del análisis de la información, o de los contenidos de los discursos de las y los entrevistadas/os (para ser consistente con la metodología propuesta, AC) se verifica esta doble relación planteada (entre el trabajo y la familia). Para abordarla, el análisis se ha centrado en la identificación y revisión de un sinnúmero de paradojas estructurales, que marcan sin duda la construcción de identidad de género en el mundo rural, organizado en torno al trabajo asalariado de hombres y mujeres.

El primer elemento que se puede relevar es la presencia de una importante contradicción para las jóvenes entrevistadas, lo que a modo de corolario será abordado como una paradoja identitaria. Esto es que al preguntarles si son dueñas de casa o trabajadoras, se definen como dueñas de casa. Sin embargo, al preguntarles si les gusta trabajar, en general dicen que sí, y no sólo por lo económico (que pesa mucho) sino también como un elemento de valoración y distracción. Terminar los estudios, es un deseo siempre presente, para poder “trabajar en otra cosa”, dicen. Pero si se les pregunta que preferirían, de tener estabilidad económica, no dudan en señalar que les gustaría estar en la casa, con los niños. *“Yo creo que preferiría igual trabajar porque uno se distrae harto, se dedica a trabajar y se despeja un poco, no está tan preocupada de que esto falta en la casa, de que eso así que esto así... Este año voy a trabajar en la temporada y ya este otro año seguir mis estudios para buscar una pega más estable, eso es lo que quiero yo” (Geraldine)*

Entonces, el circuito es así: se definen como dueñas de casa, aunque trabajen. Valoran la posibilidad de trabajar e incluso, valoran el trabajo y el trabajo en sí mismo, pero a la hora de pensarse o proyectarse, vuelven una vez más la mirada hacia la tradición y hacia lo privado (con un único escape al futuro vía concretización de estudios). La misma Geraldine, quien muestra valoración por el trabajo, responde a la pregunta de sobre quién recae la responsabilidad de que la familia se mantenga como tal, diciendo *“yo creo que es la mujer más que nada la que se preocupa de eso, porque más que nada es el hombre el que siempre trabaja, siempre está afuera y la mujer es la que se queda en la casa y tiene que mantener todo, sino, se va quebrando la relación de familia de a poco”*. Ellas vuelven a pensar que idealmente se quedarían en casa, “cuidando a la familia”.

Puesto que en gran parte, su trabajo en el campo lo desarrollan por necesidad económica, pues por ello han debido dejar estudios y postergar proyectos, la pregunta es si, efectivamente esto sería así en caso de presentarse oportunidades de estabilizar su situación económica. Es decir, cuántas de ellas mantendrían sus trabajos aún si su situación económica se estabilizara. Por el momento, el discurso es paradójal.

Deambulan sin proyección cierta, entre una valoración inestable de lo que es el trabajo y lo que es “quedarse” en la casa. En lo que se refiere al trabajo, existe sin duda un elemento a sopesar para entender qué nivel de compromiso es el que se establece con este ámbito, este tiene que ver, fundamentalmente con las condiciones laborales (sobre todo para las temporeras) que no son en ningún caso las adecuadas. Esto se reafirma con el escaso apoyo simbólico (en el discurso) de la familia en la inserción de las jóvenes al mundo laboral. Se les induce a trabajar, en la medida que es necesario su aporte monetario, pero se les desincentiva con discursos de familia que no conciben la equidad entre los sexos. Esto también es paradójico pues, les indican que su lugar es en la casa, las sobrerresponsabilizan al respecto, pero no existe oposición tajante cuando las niñas salen a trabajar desde la infancia. Lo mismo ocurre cuando piensan en sus estudios, las incentivan a terminar “su cuarto medio”, pero proyectan en ellas grandes sueños de familia, matrimonio, hijos y hogar.

Existe otro tema que se hace necesario relevar y que está directamente relacionado con las trayectorias laborales. Este se ha denominado aquí la “paradoja de la cesantía”, y se ejemplifica cuando las entrevistadas señalan “yo no trabajo” o yo “no trabajaba”, a modo de negación de sus trayectorias. Ellas han trabajado desde pequeñas en la temporada, incluso inician su edad laboral al mismo tiempo que los niños, pues su rol de compañeros/as de labores de los padres es casi una costumbre en el mundo rural. Sin embargo ellas, y aquí es donde aparece el contrasentido, por no mantener el trabajo durante todo el año o “año corrido” (dadas las condiciones laborales de las temporeras), consideran que “no trabajan”, sino más bien han trabajado como algo circunstancial, como un hecho episódico. En el mismo caso, para los hombres, estos “trabajan” y en caso de estar en un período de búsqueda o de espera de inicio de temporada, están cesantes. Una de las entrevistadas, decía que ella nunca había trabajado, que ahora recién había empezado a trabajar porque sus hijas están más grandes. Sin embargo, todo su relato de vida, está marcado por entradas y salidas al mundo del trabajo. Ya sea como trabajadora de casa particular, ayudando a su madre en la temporada o ya de lleno como temporera. Independiente de aquello, su discurso es de familia. De madre y esposa.

La mujer, madre-esposa, tiene una responsabilidad signada socialmente. Es así que cuando logra tener tiempo libre o logra salir a trabajar remuneradamente, es porque alguien la reemplazará en sus tareas del hogar, pero sólo en las tareas. Es decir, no se está liberando de responsabilidades sino de labores. Entonces, es liberación de tiempo cronológico, pero no de tiempo simbólico. Otra paradoja.

Si seguimos avanzando sobre la identidad de género, las imágenes de las mujeres, muchas veces, nos hablan sobre el imaginario de los hombres. Sobre quiénes son o deben ser, sobre cómo son o deben ser. Ellas viven en una pugna constante entre el deber ser y lo que realmente son. Los medios de comunicación muestran a una mujer en casa, incluso hay personas (autoridades morales y políticas) que propugnan los beneficios de ello, sin embargo la realidad hace

necesario que ellas aporten económicamente al hogar y que “salgan” a vivir social y comunitariamente. Entonces, se contradicen permanentemente al tratar de definir su lugar en el mundo, pues en el fondo de su imaginario está ese bálsamo, aquella imagen que se ve allá a lo lejos, que dice que en el hogar está el lugar dado, el idílico espacio para hacer lo que les corresponde, sin problemas económicos y con tranquilidad. Surge entonces aquella frase ideal que dice “yo no necesito trabajar”, pero que en su origen está ligada meramente a lo económico, como si trabajar fuese sólo por necesidad y no por querer hacerlo.

Como se menciona en el texto, podemos hablar de sujetos liminales, pues a la hora de definirse están en una constante interrogante entre lo que hacen y lo que quieren hacer. Entre lo que hacen y lo que socialmente se espera que hagan. A diferencia, tal vez, de muchas mujeres urbanas, las entrevistadas, mujeres “rurales modernas” están más sometidas a las definiciones tradicionales del rol de la mujer en el hogar, sin embargo son protagonistas también, de los cambios culturales de la sociedad occidental. Aunque son parte del denominado Complejo Tradicional por Valdés y Araujo, sus referentes transitan entre lo moderno y tradicional, a diario.

La división universal del trabajo ha hecho su parte, pues marca o signa, cultural y socialmente la imagen que las mujeres tienen de sí mismas, estereotipando en gran medida esta configuración de identidades. Entonces estamos ante el rol asignado, por otros/as y el rol ideal, que tiene que ver con aspiraciones y expectativas de las propias mujeres. Sobre esto podemos ahondar a través de sus discursos sobre lo que hacen y quieren hacer las mujeres entrevistadas. Las tareas domésticas son desarrolladas siempre, o casi siempre por mujeres, en una naturalización de roles. Además, estas labores, tienen una doble dimensión, según dónde se desarrollan, si es al interior o fuera del hogar. Al interior, no producen ganancias directas, es decir no son productivas en términos económicos tradicionales. Sin embargo estas mismas tareas, al desarrollarse fuera, son remuneradas. Al fin, estas son reflejo de las relaciones de poder en una sociedad, porque a través del análisis de ello podemos ver quién recibe y quién entrega, en palabras de Nieves Rico, podemos reconocer quiénes “se dan para otros”.

Hay otro discurso contradictorio, este aparece a la hora de hablar de la educación. Que la niña estudie, que “termine sus estudios” es una frase casi reiterativa, como también lo es que logre tener una familia, una bonita familia. Entonces, en forma casi irreflexiva se unen estos dos elementos, que obviamente no son excluyentes, pero que en los discursos se interceptan para dar lugar a un sinsentido. Las madres y padres de las entrevistadas, según ellas mismas relatan, esperaban que estudiaran, lo mismo que ellas aspiran para sus hijos pequeños. Pero en la visión de futuro, se espera que estudien para que logren tener una bonita familia ¿Por qué estudiar va a ser sine qua non de tener una familia?, ¿es que mientras más letrada, más posibilidades de encontrar marido tiene la niña? El caso de los niños, aunque con matices, también gira hacia esa esfera, pues la idea es que estudien para mantener bien a su familia, para mantener a su futura esposa e hijos. Discursos que retroalimentan los lugares que ocupan los sujetos en la sociedad y

que una vez más, ponen el valor en la familia y no en el desarrollo de los individuos.

Se planteará otra paradoja que se desprende del análisis realizado, esta es la que habla del “modelo de mujer”. Que mi hija no sea como yo, que no le pase lo mismo que a mí. Efectivamente, existe en forma generalizada y transversal en la sociedad, incluso traspasando las barreras socioeconómicas, aquel deseo de que los hijos superen lo alcanzado por los padres, educacional o económicamente hablando. El problema es cuando se cruza sexo y estrato social, en tal caso, las mujeres que son quienes se supone velan por el futuro de la familia y los hijos, es decir deben ser preceptoras y a la vez constituir un modelo a seguir, sienten que su ejemplo es casi una condena. El futuro será tal, en la medida que las hijas o hijos logren “no ser” lo que ellas han sido. Esto tiene relación con la escasa valoración que se le da a las labores que desarrollan las mujeres en todo ámbito, son secundarias, son menores, son prescindibles. El único momento en que una mujer se echa en falta es a la hora de poner responsabilidad en alguien cuando la familia se separa o vive algún problema a causa del comportamiento de alguno de sus miembros. Alcoholismo, delincuencia, embarazos adolescentes, abandono escolar, serán culpa de la madre, que algo hizo mal, que tal vez se dedicó al trabajo y descuidó a la familia. Entonces, no es menos que un contrasentido que alguien con tanta responsabilidad sobre la vida de otros, sea un modelo desdeñado y peor aún, que así se lo crea.

No cabe duda, que esto también tiene un dejo de reclamo, implícito, pues en el fondo son ellas mejor que nadie quienes saben lo que significa trabajar doble jornada, casi desde siempre. No quieren que sus hijas lo vivan así, que deban esforzarse tanto para tan poco. Sin embargo, para que eso ocurra, la única respuesta, incluso sobre las posibilidades educacionales, es tener un buen marido y una buena familia, lo que si analizamos, no es más que el inicio de las responsabilidades y deberes económicos y afectivos de la mujer. El problema no es la familia, sino las responsabilidades que recaen en la mujer para que la familia exista y las que recaen también sobre ella si ésta se desarma.

“Es que la sociedad culpa a la mujer, en el caso de que haya un jefe de hogar y un hijo con problemas siempre se le va a culpar a la mujer, entonces la mujer es la responsable de todo y ¿por qué el hombre no? –“No, porque el hombre trabaja”, pero resulta que nosotras también trabajamos, yo toda mi vida he trabajado, pero también tengo las responsabilidades de la casa, pero resulta que yo expongo a mis hijos, y el hombre cuando llega a la casa... resulta que cuando es una familia constituida con hijos, padre y madre, y hay hijos con problemas siempre se le echa la culpa a la mamá de todo, de repente hasta el psicólogo a uno le pregunta “¿Y tú donde estabai” cuando tu hijo...?, ¿y cómo no te dabai’ cuenta de que tu hijo estaba en eso?”... siempre la responsabilidad es de la mujer...” (Grupal Mujeres)

También se identificó una paradoja del lenguaje, que se hace patente cuando se aborda el concepto de “conciliación”. Se ha instalado en el imaginario actual que las mujeres son capaces de conciliar sus responsabilidades sociales, familiares y laborales. Es como una profecía autocumplida, pues no existe espacio para detenerse y pensar si son tanto o más capaces de hacerlo que los hombres o es que simplemente han sido socializadas para ello y por ende cargan con una responsabilidad ineludible, lo que sin duda conlleva a presiones y tensiones en caso de “fallar” (como acabamos de ver). Cotidianamente, esta sobrecarga de responsabilidades se disfraza tras el discurso de lo capaces que son las mujeres de conciliar, pero no se tiene en cuenta que al hacerlo están cumpliendo con un designio, con una naturalización desnaturalizada, pues en qué momento se pasó de las obligaciones del hogar a la doble o triple jornada y responsabilidad. Si se refuerza el concepto de conciliación, desprejuiciadamente, no hacemos más que recargar a las mujeres de responsabilidades, alejándonos de la superación del efecto actual. La paradoja entonces es que al instalar un concepto que reconoce un hecho, el acto mismo se ve reforzado y se convierte en una condena. La propuesta: corresponsabilidad en lo interno y en lo externo a la familia. Hombres y mujeres, padres y madres; familia y Estado. Es decir, liberación de responsabilidad de unos para beneficio de otros, pero en equilibrio.

Hacia el final del análisis de la información en esta investigación, se dedicó un espacio a la dimensión de futuro. Es muy importante entender que las labores que desarrollan las mujeres al interior de la familia tienen una dimensión de futuro, es decir sus actos hoy, son transgeneracionales, lo que ellas hacen hoy, marcará el destino del mañana. Lo dejan claro las propias entrevistadas, cuando relatan las experiencias de trabajo o las anécdotas compartidas con sus madres y sin duda cuando se proyectan y cuando proyectan el futuro de sus hijos/as.

Aún existe una distancia entre la teoría y la práctica. Aunque las fronteras entre lo masculino y lo femenino tienden a moverse, en general son las mujeres las que se mueven hacia lo masculino y no viceversa, se mantiene una importante jerarquía de los sexos. En este caso, las conquistas son frágiles y los retrocesos, siempre posibles (dependencia fundamentalmente, con todas las consecuencias que ello acarrea en lo social, físico y emocional). Lamentablemente, la globalización fragiliza a los más débiles, eso está confirmado y entre los más débiles, se encuentran las mujeres *“expuestas a la pauperización, al hambre, a las guerras nacionales y étnicas que afectan más que nada a los civiles, a un sida galopante, sobre todo en África, a la prostitución cuyas redes se extienden, contradiciendo la visión triunfante de una sexualidad liberada. La historia de las mujeres es tan trágica como la de los hombres”* (Perrot, 2008: 217), pero quisiera agregar, se vive desde la diferencia y, lamentablemente, aún desde la desigualdad.

La equidad de género tiene relación con hacer fluir los caminos hacia la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, teniendo en cuenta las diferencias entre los sexos. *“Más recursos a quien más lo requiere, según sus necesidades específicas, permite la igualdad de oportunidades. Una política de equidad social debe necesariamente tener incorporada la dimensión de equidad de género ya*

que en condición de pobreza las mujeres tienen problemas determinados, debido a la posición de subordinación que ocupan en las relaciones entre los géneros” (Vidal en Montecino, 2008: 382), esto, aunque claro en el discurso, no ha sido bien implementado, entendido, asumido y si se quiere, creído por los actores responsables de las políticas públicas con equidad.

La mayor paradoja, la madre de todas las madres, está hoy en un contexto político cultural, pues por un lado se refuerza una red de protección social desde el Estado, sin embargo seguimos siendo testigos de la completa disolución de los estados de bienestar, protección o providencia para dar paso y reforzar al mercado y la individualidad como articuladores de las prácticas sociales. La propuesta es convertirse en hábiles usuarios de las oportunidades, en la medida que diagnosticamos o identificamos, cuando conocemos u observamos, en definitiva debemos incidir en los cambios necesarios.

Al ir cerrando, algunas preguntas y un esbozo de respuestas: ¿debe el estado hacerse cargo de quienes están a cargo de la reproducción social, ¿quién cuida de quienes por generaciones nos han cuidado? Definitivamente si, el Estado se debe y les debe a las mujeres, cuidado y protección, para lo que se debe avanzar en la formulación de leyes, planes y programas, además de una concientización que apele a la comprensión del rol de las mujeres en la sociedad y del por qué, requieren de apoyos adicionales para desarrollar su vida cotidiana. ¿si el Estado de Bienestar construyó a la “madre”, por qué este Estado post bienestar no construye al sujeto mujer?

El estado puede concretar su hacer a través de cinco dimensiones multivariadas: colectivizando, transfiriendo, incentivando, normando y regulando. Entender desde ahora, que esto es un asunto público pero que parte desde la visibilización, atención y valoración de lo que es privado es asumir, al mismo tiempo, una responsabilidad pública. Ya se ha dicho, la vida privada es hoy pública. Definitivamente, ya se traspasó una barrera y no hay vuelta atrás.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre Baztán, Ángel (Editor), 1995: Etnografía: Metodología cualitativa en la investigación sociocultural. Editorial Marcombo, España.

Alonso, L. E., 1995: "Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa", en Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales. Coordinadores: Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. Ed. Síntesis Psicología, España

Bajtín, Mijaíl, 1989: "*Teoría y Estética de la novela.*" Taurus. Madrid, España

Barattini, Claudia (Editora), 1993: Educación y Género: Una propuesta pedagógica. Ediciones La Morada. Ministerio de Educación. Santiago, Chile.

Bohannan, Paul y Glazer, Mark (Editores), 2001: "Antropología. Lecturas" Mc Graw Hill. Madrid, España.

Bourdieu, Pierre, 1999: "La Miseria del mundo", Ediciones AKAL, S.A., Madrid, España.

Caro, Pamela y de la Cruz, Catalina, 2005: Contratistas e intermediación laboral en la agricultura de exportación. CEDEM. Santiago, Chile

Castel, Robert, 1997: Metamorfosis de la Cuestión Social. Una crónica del salariado. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina.

CEPAL, Unidad Mujer y Desarrollo, 1997: Las mujeres en América Latina y el Caribe en los años noventa: elementos de diagnóstico y propuestas. Naciones Unidas. Santiago, Chile.

Cerutti, Marcela y Binstock, Georgina, 2009: Familias latinoamericanas en transformación: desafíos y demandas para la acción pública. Serie Políticas Sociales. División de Desarrollo Social. Naciones Unidas. CEPAL. Santiago, Chile.

Chow, Esther and Catherine W. Berheide, 1994: Women, the Family and Policy: a Global Perspective. SUNY Press: New York.
www.paho.org/English/HDP/HDW/femicidio.pdf

Cobo, Rosa, 1999: Multiculturalismo, democracia paritaria y participación política. Universidad de la Coruña. Publicado en Política y Sociedad N° 32, Madrid, España.

De Beauvoir, Simone, 1949: El Segundo Sexo. Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, Argentina

De Sousa Santos, Bonaventura, 1998: “De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad”. Siglo del Hombre Editores. Ediciones Uniandes. Universidad de Los Andes. Bogotá.

Flaquer, Lluís, 2004: “Ley Catalana de Apoyo a las Familias ¿Una oportunidad perdida?” Departamento de Sociología, Universitat Autònoma de Barcelona. Working Paper de Dret Català nº.: 12 Barcelona. www.indret.com

García Canclini, Nestor, 1990: “*Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*”. Editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina

García Canclini, Nestor, 2004: Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la Interculturalidad. Gedisa Editores. Barcelona, España

Geertz, C, Clifford, J y otros. Compilación Carlos Reynoso, 1998: *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Gedisa Editorial, Barcelona, España.

Godoy, Lorena, Stecher, Antonio y Díaz, Ximena, 2007: “Trabajo e identidades: continuidades y rupturas en un contexto de flexibilización laboral.” Capítulo 3. En Rocío Guadarrama y José Luis Torres (Coords.) 2007. Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Cuadernos A, 27, Temas de innovación social. (ANTHROPOS y Universidad Autónoma Metropolitana, México: España). Pp. 81-100.

Gomezjara, Francisco y otros, 1982: *El Diseño de la investigación Social*. Distribuciones Fontamara, S.A. Ediciones Nueva Sociología, México.

Guzmán, Virginia, 1997: La equidad de género como tema de debate y de política públicas. Feminismo en Transición. Transición con Feminismo. Memoria del Foro Internacional sobre Ciudadanía, Género y Reforma del Estado. México. Grupo de Educación Popular con Mujeres, A.C.

Filgueira, Fernando, 2007: Régimen de Bienestar, transformación social y desigualdad.

www.eclac.org/dds/noticias/paginas/0/.../presentacion-FernandoFilgueira.pdf

FOSIS. III Evento Temático 2009: El Sistema de Protección Social Chileno. Documentos Complementarios. Ministerio de Planificación, Santiago, Chile.

Ibañez, Jesús, 1986: “Perspectivas de la Investigación social: el diseño en las tres perspectivas”, en El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación. Compilación de García Ferrando, M; Ibañez, J y Alvira, F. Alianza Editorial, Madrid, España.

Iglesias, Margarita, Sepúlveda, Luis, Halimi, Gisèle y otros, 2004: Mujeres. Género y globalización. Feminismo, paridad, discriminación, violencia, sexismo.

Selección de artículos de Le Monde Diplomatique. Editorial Aún creemos en los sueños. Santiago, Chile.

Martner, Gonzalo, Ed., 2006: La protección social en un mundo incierto. Seminario Internacional. Ediciones Chile Veintiuno. Santiago de Chile

Mauro, Amalia y Yañez Sonia, 2005: “Trayectorias laborales y previsión social en Chile en un contexto de flexibilidad. Resultados de una investigación longitudinal. Centro de estudios de la Mujer, CEM. Santiago, Chile

Mege, Pedro, 1998: “La delación fotográfica en la correcta historia de vida del Profesor Miranda-Brown” LOM Ediciones, Santiago de Chile.

Montecino, Sonia (compiladora), 2008: Mujeres Chilenas. Fragmentos de una historia. Editorial Catalonia, Santiago de Chile.

Montecino, Sonia; Rebolledo, Loreto, 1996: Conceptos de género y desarrollo. Serie apuntes docentes. Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, PIEG. Santiago Chile.

Navarro, P. y Díaz, C., 1995: “Análisis de Contenido”, en Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales. Coordinadores: Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. Ed. Síntesis Psicología, España

Navarrete Linares, Federico, 2001: Diálogo con M. Bajtin sobre el cronotopo.
www.estudiosecologistas.org/docs/reflexion/indigenas/bajtin.pdf

Ortí, Alfonso, 1993. La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo. En El análisis de la realidad social. Métodos y Técnicas de Investigación. Manuel García Fernando, Jesús Ibáñez, Francisco Alvira. Alianza Universidad Textos, Madrid.

Perez-Taylor, Rafael (compilador), 2002: Antropología y complejidad. Editorial Gedisa, S.A. Barcelona, España

Perrot, Michelle, 2008: “Mi historia de las mujeres” Fondo de Cultura Económica de Argentina. Buenos Aires, Argentina.

Porras, Carmen, 2009: ¿Conciliación o contradicción en el cuidado infantil? Relación de Género entre las temporeras y los temporeros de la región del Maule. Tesis presentada para obtener el grado de Magíster en Género y Cultura, Mención Ciencias Sociales. Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, CIEG. Santiago, Chile

Rosaldo, Renato, 1989: “Cultura y Verdad. Nueva propuesta de análisis social”. Editorial Grijalbo. México, D.F.

Tinsman, Heidi, 2009: “La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria Chilena. LOM Ediciones. Santiago, Chile.

Tironi, Eugenio, 1990: Autoritarismo Modernización y Marginalidad. El caso de Chile 1973-1989. Ediciones SUR, Santiago, Chile.

Salazar, Gabriel, 1999: Ciudadanía e historia oral: vida, muerte y resurrección. En Propositiones N° 29. Historias y Relatos de Vida: investigación y práctica en las Ciencias Sociales. Sur Ediciones. Santiago, Chile.

Sandoval Casilimas, Carlos, 2002: Programa de Especialización en teoría, métodos y Técnicas de investigación social. Investigación Cualitativa. Instituto Colombiano para el fomento de la Educación Superior, ICFES. Bogotá, Colombia

Todaro, Rosalba y Yañez, Sonia (eds), 2004: “*El trabajo se transforma. Relaciones de producción y relaciones de género.*” Ediciones CEM, Santiago, Chile.

Valdés, Ximena, 2009: “El lugar que habita el padre en Chile contemporáneo. Estudio de las representaciones sobre la paternidad en distintos grupos sociales.” Polis, Revista de la Universidad Bolivariana, Vol. 8, Núm. 23, sin mes, 2009, pp.385-410. Universidad Bolivariana, Santiago, Chile.

<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=30511379017>

Valdés, Ximena, 2007: “*La vida en común. Familia y vida privada en Chile y el medio rural en la segunda mitad del siglo XX.*” Ediciones LOM, Santiago, Chile.

Valdés, Ximena y Araujo, Kathya, 1999: “*Vida privada, modernización agraria y modernidad.*” Ediciones CEDEM, Santiago, Chile.